

THOMAS QUINN MILLER

LA CUNA DE LOS DIOSSES

LIBRO UNO DE LA PROFECÍA DE LA PIEDRA ESPIRITUAL

La Cuna de los Dioses
Thomas Quinn Miller

Traducido por Nora Lacrouts

“La Cuna de los Dioses”

Escrito por Thomas Quinn Miller

Copyright © 2017 Thomas Quinn Miller

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Nora Lacrouts

Diseño de portada © 2017 The Cover Collection

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenidos

[Página de Titulo](#)

[Página de Copyright](#)

[La Cuna de los Dioses](#)

[Agradecimientos](#)

[1 Las simples lecciones de la vida](#)

[2 Visitantes bienvenidos](#)

[3 Un banquete de atardecer](#)

[4 Entre amigos](#)

[5 Visitante inesperado](#)

[6 El Sacrificador](#)

[7 Preocupaciones de viejos](#)

[8 Regreso a casa](#)

[9 El costo de la disonancia](#)

[10 El pueblo de Bosque Rojo](#)

[11 Tres Flechas](#)

[12 Entre las piedras y la oscuridad](#)

[13 Las ruinas](#)

[14 El sueño](#)

[15 Despierto](#)

[16 Por las montañas](#)

[17 Hay más](#)

[18 Un peso pesado](#)

[19 Viaje a Ciudad Lago](#)

[20 En el Cuerno](#)

[21 Por el bien común](#)

[22 El Festival](#)

[23 La Bienvenida](#)

[24 Las pruebas de madurez](#)

[25 Descubrimientos](#)

[26 Aliados inesperados](#)

[27 Todo cambia](#)

[28 Ceremonia de Atrición](#)

[29 Obligación sagrada](#)

[30 El rescate](#)
[31 Su palabra es la ley](#)
[32 Sacrificio](#)
[33 Decisiones](#)
[34 Los mejores planes](#)
[35 Al filo](#)
[36 La cueva](#)
[37 Fuerza interior](#)
[38 Encuentro de mentes](#)
[39 Invitados inesperados](#)
[40 Los seres queridos](#)
[41 Está escrito](#)
[42 Para ser elegido](#)
[43 Adioses](#)
[Pronunciación de nombres & guía de razas](#)
[Sobre el autor](#)

La Cuna de los Dioses

Learn more about the world of Allwyn and the author at
<http://thomasquinnmiller.com>

*To my loving wife and children.
Because of all of you, I'm a better person.*

Agradecimientos

Una historia comienza siendo una idea propia y va creciendo cuando se comparte con los demás. Como muchas otras novelas de fantasía, esta historia comenzó en una mesa con amigos, entre dados, papeles y alguna que otra mancha de refrescos. Fueron los mejores momentos.

Le agradezco enormemente a mi amigo íntimo, Clane, por estar presente desde los inicios. Tu aliento y apoyo me ayudaron a seguir adelante. Eres de los mejores, amigo. Gracias a los lectores de prueba, les agradezco el tiempo que se pasaron leyendo y releendo los capítulos. Ustedes encontraron los errores que se le pasaron por alto a estos ojos cansados.

1

Las simples lecciones de la vida

Ahora sí voy a morir.

Vio el destello de unos dientes y el músculo cubierto de pelos que lo aprisionaba. Se cubrió el rostro y se dio vuelta para protegerse. Percibió el aliento caliente. Sus labios soltaron un grito, lo que no hizo más que excitar a las bestias. Sintió que las costuras de la túnica se le aflojaban y que los últimos bocados de carne seca se le caían por las costuras rotas del bolsillo. Ahí estaba, acostado, olvidado. Los dos sabuesos se abalanzaron sobre los premios que acababan de liberarse.

—Si fueras un lobo, te habría servido de una buena lección—exclamó su padre—. ¡Ast! ¡Cuz! ¡Vengan acá!

Ghile se ocultó la cara entre los pastos mientras los dos Sabuesos del Valle se acercaban trotando al padre. Vaciló por un instante antes de recomponerse. Finalmente, se puso de pie y se limpió la cara con una manga sucia, con la esperanza de quitarse el barro y también algunas lágrimas.

—Lo siento—dijo con un gesto de dolor; tenía un corte en la boca. Ast y Cuz alcanzaron al padre y se sentaron obedientes a su lado. Ghile los miró con odio.

Había muchas más cosas que Ghile quería decir. Esos perros siempre hacían todo lo posible para avergonzarlo, era como si quisieran probar que él nunca sería tan bueno como Adon. ¡Cómo extrañaba a su hermano mayor! Sabía que era mejor no mencionarlo. A su padre todavía le pesaba la pérdida de Adon, Ghile podía sentir la tensión que había entre ellos, sobre todo durante las lecciones.

—No te quedes ahí parado mirándolos como si fuera culpa de ellos. Junta los pedazos de carne y vuelve a intentarlo—ordenó Ecrec.

El padre clavó la punta de la lanza en el suelo, extendió una mano y palmeó a los perros. Incluso sentados, las cabezas de los Sabuesos del Valle sobrepasaban en altura la cintura de un hombre. Los Sabuesos del Valle eran una raza grande, las habitantes de la Cuna los usaban para proteger sus rebaños y hogares. Sin ellos, los lobos de las montañas lindantes harían su trabajo con mucha facilidad.

—Ecrec, maestro de tareas. Al chico casi lo devoran las bestias. Me parece que con esa batalla se ganó un descanso—dijo Toren guiñándole un ojo a Ghile.

Su tío tenía la sonrisa fácil y le encontraba el humor a todo. El tío Toren era la luz; su padre, la oscuridad. Ecrec siempre parecía serio, detrás de la

barba negra siempre se escondía un ceño fruncido. A veces a Ghile le costaba creer que fueran hermanos. Pero más allá de las distintas expresiones, tenían la misma nariz fina y puntiaguda, y los pómulos prominentes.

Ghile agradeció que su tío hubiera bajado de las montañas para visitarlos. La presencia del tío Toren lograba disipar un poco la furia de Ecrec.

—Tiene que aprender, hermanito—replicó Ecrec. Cruzó los brazos sobre su amplio pecho y con ese acto puso en duda el hipotético descanso de Ghile. —Ha vivido catorce años, ya está en edad. No es más un niño. Esta temporada va a hacer la prueba. ¿Cómo le va a ir? Ni siquiera puede imponer respeto sobre los perros. Tiene que estar preparado—agregó Ecrec. Mientras hablaba no miró nunca a su hermano, sino que le clavó la vista a Ghile.

Evitando los ojos de su padre, Ghile miraba a lo lejos, por encima de la pared sobre la que se apoyaba su tío. El rebaño pastaba estoico del otro lado de la empalizada, apenas se les veía la piel rosada producto de la esquilada de comienzos de primavera. Los corderos color blanco nieve jugueteaban cerca de sus madres, moviendo las colas.

Como pastor de ovejas, los perros tenían que obedecer sus órdenes, no tirarlo al piso y sacarle los premios a la fuerza. Esa era una de las muchas tareas en las que fracasaba todos los días. Su hermano hacía que todo pareciera tan fácil.

Cuando la primavera llegara a su fin, su familia atravesaría el valle hasta llegar a Ciudad Lago donde Ghile y otros niños de la aldea tendrían que pasar las pruebas de madurez. Todos los habitantes de la Cuna se juntaban en Ciudad Lago para el festival y las pruebas.

En el pasado Ghile esperaba con ansias estos viajes, porque lo esperaban juegos y comida. Se acordaba de ser un niño y mirar junto a su madre cómo Adon tomaba la prueba. A la mañana siguiente, Adon había vuelto convertido en hombre.

Hasta lo podrían haber elegido Colmillo, un guerrero entrenado en la sabiduría del bosque y a cargo de proteger el valle, como el tío Toren. Eso habría pasado si los enanos no lo hubieran sacrificado. Ghile vio cómo se llevaron a su hermano al Bastión de Ciudad Lago; fue la última vez que lo vio.

Levantó del pasto los últimos pedazos de carne que quedaban y se los guardó en el bolsillo roto. Ghile suspiró. Su madre le había enmendado la túnica el día anterior, no le haría mucha gracia.

Con los pedazos de carne en las manos, Ghile empezó a caminar a paso

cansino por el campo para dejar cierta distancia entre él y los dos perros. En el valle soplaba un viento templado de primavera que le daba un empujón helado. Ghile inspiró el aire fresco con ganas. Cuando el viento estaba calmo, las nubes se agrupaban delante de las montañas y depositaban las lluvias en el valle. Por suerte, hoy no había ese tipo de nubes.

El cielo estaba despejado, se llegaban a ver las cimas nevadas de las montañas, que perforaban el cielo en las cercanías del Valle Superior. El pico más alto se erguía como un guardián negro por encima del resto, parecía que sobresalía como si fuera demasiado importante para conformarse con rodear el valle, como las demás montañas. Ese pico desgastado y lleno de cicatrices, conocido como el Cuerno, separaba el Valle Inferior del Superior.

Ghile observó el valle, posó la vista más allá de donde estaba su casa, en busca de algo más que la fealdad desnuda del Cuerno. Los marrones y amarillos de los techos de paja y de las empalizadas de la Última Aldea se asemejaban a maderas que flotan en la superficie de un lago verde. El viento ondulaba el pasto, lo que contribuía más a la ilusión acuática. El viento soplaba fuerte en dirección al valle, atravesando las colinas ondulantes y los dispersos afloramientos de piedras grises.

Su hogar, que era como un refugio, había sido apodado por su gente como la Cuna de los Dioses. Era extraño que una raza maldecida por los dioses viviera en un lugar cuyo nombre remitía al origen de los responsables de la maldición.

Ghile se detuvo y giró. Se paró en puntas de pie y miró a lo lejos. En un día despejado, se podía distinguir hasta el agua azul brillante del Lago Cristal.

Sabía que a su padre se le estaría agotando la paciencia, pero buscaba algún pretexto para demorar el reinicio de la lección. Entonces distinguió dos figuras que caminaban junto a una pared baja de piedra, acompañadas de una mula cargada de peso.

El que iba adelante era más viejo y andaba un poco inclinado. Desde lejos, se le distinguía el pelo totalmente blanco. El otro era joven y caminaba con aires de fanfarrón. Ghile los señaló y saltó con entusiasmo.

—¡Padre! ¡Tío! ¡Miren! Es el hechicero Almoriz—les gritó.

Ecrec y Toren se dieron vuelta y miraron hacia el valle. Ghile esperó mientras sus ojos se movían como dardos entre las dos figuras que se acercaban y su padre. Miró al tío Toren en busca de apoyo.

—Bueno, ¿le vas a dar un descanso al chico o vas a esperar a que explote?

—preguntó Toren. —Mejor que les diga a Elana y a los otros. Las mujeres van a poner el grito en el cielo si no les avisamos. —Sin esperar una respuesta, Toren se desprendió de la pared de un empujón y agarró el arco.

Erec se rascó la barba y miró a los dos perros que seguían a su lado. Les dijo:

—Al rebaño, chicos. Tenemos que buscar algunos viejos. Esta noche vamos a comer cordero.

No había terminado la oración cuando los perros ya habían salido disparados y saltado la pared, sus figuras blancas se recortaban entre el rebaño esquilado. Durante el invierno, era difícil que un depredador llegara a ver a tiempo a los guardianes del rebaño.

Ghile no esperó que se lo pidieran, corrió por el campo y pasó de largo a su padre y tío. Había querido que algo demorara las lecciones, pero no se imaginó que pasaría algo tan divertido como la visita del hechicero de la Piedra Susurrante.

2 Visitantes bienvenidos

—Saludos, joven Ghile—dijo el viejo hechicero y sonrió ante la vitalidad que mostraba Ghile.

Parecía que las arrugas le cubrían cada punto de la superficie de la piel, como enredaderas que se aferran al tronco de un árbol.

—¿Puedo preguntar que te pasó?—inquirió el hechicero.

Ghile se dio cuenta de que el viejo lo estaban mirando fijo.

Inmediatamente bajó la cabeza y extendió los brazos con las palmas apuntando hacia el cielo, como le habían enseñado a hacer para saludar a una persona mayor.

—Mis saludos, maestro Almoriz. Eh, estaba entrenando con los perros.

Almoriz movió la cabeza y miró a su aprendiz.

—Ya veo. Hay que aprender una lección, Riff. Erec de la Última Aldea educa bien a sus hijos. Hasta golpeado y maltratado, recuerda cómo se saluda a una persona mayor. Deberías aprender de su ejemplo. —Habiendo dicho esto y con un movimiento de cabeza, Almoriz se inclinó sobre su bastón y continuó el ascenso.

Riff se acomodó el saco.

—Lo haré, Maestro. —Esperó unos segundos antes de seguir y tironeó de las riendas para ordenarle a la mula, que estaba pastando, que se pusiera en marcha. Bajó la voz y dijo murmurando: —Como si quisiera aprender a arrear ovejas.

Ignorando la mofa, Ghile avanzó sonriendo. Le echó un vistazo a Riff y se maravilló con lo mucho que había cambiado desde la última vez que lo vio la primavera pasada. Ghile envidiaba su libertad: Riff acompañaba al viejo hechicero a todos los pueblos y aldeas de la Cuna. Le dijo:

—Las ovejas significarían un progreso para ti, Riff. Aunque tendrías que limpiarte la mugre del mentón. —Ghile avanzó algunos pasos y rodeó a Riff, tensando la cara para mirar con los ojos entrecerrados el rostro de Riff. —¿O es pelo eso?

Riff era una cabeza más bajo que Ghile, aunque era cinco años más grande. A diferencia de los rulos enmarañados color castaño de Ghile, Riff tenía el pelo lacio y largo.

Riff sonrió y lo empujó a un lado amistosamente.

—Haces bien en respetar a los mayores. ¿Cómo van las cosas en el fascinante Valle Superior?—preguntó Riff.

La sonrisa de Ghile se desdibujó.

—Igual que antes, igual que siempre.

—¿Haces la prueba esta temporada?

Ghile asintió con la cabeza:

—Sí, pero mi padre dejó en claro que el hijo que le queda va a ser pastor de ovejas.

Riff se tomó un tiempo para responder. Ghile supo que el silencio fue por haber dicho “el hijo que le queda”. Riff había sido muy amigo de su hermano Adon. Desde el sacrificio, Ghile nunca había vuelto a hablar sobre él con Riff, aunque cada vez iban ganando más confianza durante las visitas.

—¿Incluso si te eligen para ser Colmillo como tu tío?—preguntó Riff.

Ghile solo pudo sonreír engreído. Riff continuó:

—Estoy seguro de que las druidas se vuelven locas por nombrarte Colmillo. Seguro que te miran y piensan que ser Colmillo no basta: te van a nombrar Guardián de Escudo de alguna de ellas.

Ghile no respondió. Ya la idea de que lo eligieran para Colmillo era ridícula, pero solo los Colmillos más valientes lograban una unión tan cercana con las druidas y eran nombrados Guardianes de Escudo.

Las druidas eran las líderes espirituales de su pueblo y, junto con los Guardianes de Escudo y los Colmillos como el tío Toren, eran sus protectores. La Cuna quedaba muy lejos de los límites del reino de los enanos, lo que no justificaba más que un pequeño puesto de avanzada y alguna patrulla esporádica fuera de Ciudad Lago; los humanos tenían que defenderse solos. Si sobrevivía a la prueba ya podía considerarse afortunado, ni hablar de que las druidas le prestaran atención.

Los dos jóvenes siguieron en silencio a Almoriz durante un rato. Ghile no quería hablar de la prueba ni de las druidas. Ya era bastante malo tener que pasar por todo eso, sabiendo que no cambiaba en nada su futuro que se desplegaba claramente delante de él: una vida larga y aburrida en el Valle Superior sin más objetivos que pasar el tiempo.

—Veo que le agregaste algunos morrales al cinturón—comentó Ghile.

Riff usaba la típica túnica a la rodilla que vestían los hombres de la Cuna, pero a diferencia de ellos, llevaba el cinturón de cuero repleto de morrales y bolsitas. Ghile recordó que Riff le había explicado que esos morrales contenían todos los componentes que un hechicero puede llegar a necesitar por su oficio.

Riff asintió y tocó un morral.

—Estoy trabajando con metales ahora.

Ghile trajo a la memoria lo que Riff le había contado durante una de sus visitas anteriores. Eran pocos los humanos que tenían la habilidad innata para ejercer la magia. Almoriz y Riff eran los únicos hechiceros que Ghile había conocido en su vida, solamente conocía la existencia de otro más en todo el territorio de la Cuna.

En realidad, Ghile no entendía todo lo que Riff intentaba explicarle, lo que sí sabía era que los hechiceros nacían con la habilidad y que nadie podía convertirse en uno por más que le enseñaran el arte. La chispa magia, como le decía Riff, tenía que estar presente, luego era cuestión de cultivarla y fortalecerla.

El hechicero es capaz de aplicar su voluntad sobre el entorno y cambiarlo a gusto: puede crear fuegos que arden durante meses y nunca explotan; pueden pulir y afilar el metal, hasta endurecerlo, entre otras cosas. Lo que más le gustaba a Ghile era cuando Riff entretenía a su hermano menor, Tia, haciendo bailar al agua y dándole formas de animales.

Pero Riff también le contó que los hechiceros tenían que tocar una muestra de lo que fuera que afectaban. Riff la llamaba fuentes. Lo que más le sorprendía a Ghile era que la fuente se consumía durante el hechizo. Más allá de lo que Ghile entendía o no, así era cómo funcionaba la magia.

Por eso Riff llevaba varias “fuentes” en las bolsas y morrales. Según parecía, ahora también llevaba pequeños pedazos de metales.

—¿Dónde consigues el metal?—quiso saber Ghile.

El metal era un elemento extraño para la gente de la Cuna. Solo los jefes enanos sabían cómo extraerlo del suelo y era un secreto que guardaban con celo.

Ghile sabía que algunos metales valían más que otros, pero en realidad no entendía bien las diferencias. Sabía que las monedas que usaban los enanos para comerciar, las puntas de las lanzas y los filos de los cuchillos que

compraba su padre estaban hechos de distintos tipos de metal. Pero para un hechicero sería muy costoso hacer magia con los metales, si para hacerlo tenía que consumir parte del metal.

Riff sonrió y levantó las cejas con aire de superioridad.

—Los hechiceros nos la ingeniamos.

—Hablas como las druidas—se burló Ghile, que sabía lo que opinaba Riff sobre ellas.

Riff mordió el anzuelo.

—Un hechicero no se parece en nada a una druida. Nosotros no le suplicamos ayuda a la Madre Superior por medio de bailes y canciones. Un hechicero cambia lo que desea, no se lo pide a la Madre de los dioses como un chico que quiere una galletita.

—¡Riff! ¡Ya basta!

Los dos se asustaron por el tono del viejo hechicero. Ghile no se había dado cuenta de que Almoriz los había estado escuchando. La mula aprovechó el descanso y empezó a pastar de nuevo.

—Ya te advertí una vez sobre no faltarles el respeto a las hijas—regañó Almoriz, con una expresión seria—. Las druidas se merecen el respeto que reciben. ¿Cuántas veces tengo que recordarte que gracias a sus rezos, como les llamas, los enanos nos permiten vivir? ¿Acaso no te enseñé historia?

Riff bajó la mirada.

—Sí, maestro Almoriz, sí me la enseñó.

—Entonces recuérdala cuando estés aprendiendo otras cosas y cuida esa lengua. —Almoriz los miró fijo durante unos minutos más antes de darse vuelta y seguir caminando.

Lo siguieron sin hablar.

3

Un banquete de atardecer

El tío Toren no se había equivocado: la madre de Ghile, Elana, recibió la noticia con una de esas sonrisas contagiosas y muy pronto hizo correr la voz por la Última Aldea.

El Valle Inferior y la aldea de la Piedra Susurrante quedaban valle abajo, del otro lado del Cuerno, a dos días de viaje. La visita del hechicero no solo le permitía al viejo nómada usar su magia para arreglar ollas y afilar el acero mejor que ningún martillo o yunque, sino también llevar noticias del resto del resto de la Cuna.

El alboroto de actividad con el que se encontraron, le recordó a Ghile los días de festividades. Pasaron por debajo de la robusta puerta de madera que marcaba el ingreso a la Última Aldea y el sonido del viento fue reemplazado por las risas alegres y los gritos de los habitantes.

Ghile no pudo evitar caminar más erguido cuando entró a la aldea. No solo iba acompañado de su tío, un Colmillo del Valle Superior y de su padre, el jefe del clan, sino también del hechicero de la Piedra Susurrante y su joven aprendiz. Se imaginó como un héroe que volvía a casa después de una gran aventura.

Sus fantasías se hicieron añicos cuando apareció su madre, que le dio un beso y le despeinó los pelos. Después protestó por la túnica rota y lo mandó a hacer la primera de las muchas tareas que le encargó para ayudar a preparar el banquete de bienvenida que su padre iba a querer ofrecer.

El primo de Ghile, Gar, y su sombra eterna, Bralf, estaban recostados sobre un redil cercano. Gar era uno de esos chicos que eran buenos en todo y lo sabía. Bralf, con esa mirada terca, era el tipo de chicos que se pegaban a los chicos que eran buenos en todo. Ghile no entendía cómo podía estar emparentado con alguien como Gar. Lo vieron acercarse y sus intenciones eran obvias.

De niños, Adon lo había protegido de los acosos de Gar. Desde que su hermano fue sacrificado, Gar había recuperado el tiempo perdido. Ghile

decidió cambiar de dirección y tomar el camino más largo a casa. En el apuro por evitar a los bravucones, se tropezó con un pie y trastabilló. De fondo, escuchó las risas de los chicos, pero por suerte no lo siguieron.

El tío Toren postergó su regreso a las patrullas del Valle Superior para disfrutar un día más de las celebraciones. Por lo general, no se quedaba mucho tiempo. Erec golpeó un tonel y los hombres más viejos se reunieron alrededor y le pidieron a Toren que relatara el famoso cuento del wyrm de las nieves del Cuerno. Habían escuchado la historia tantas veces que podían contarla ellos mismos. Los jóvenes que estaban cerca, cortando y preparando la carne para la comida, dejaron de charlar para escuchar mejor.

Las mujeres llegaron a la casa redonda de Erec con los brazos cargados de las cosas que Elana necesitaba para preparar el hogar. Las nenas barrían el polvo suelto del piso compacto, mientras otras las seguían sembrando paja fresca y comentando entre dientes lo lindo que era Riff.

Alrededor del hogar central, se dispusieron las alfombras de lanas de todos los colores, dejando bastante espacio de separación entre ellas para que las mujeres pudieran pasar bien mientras servían. Trajeron más cuencos y tazas, después se juntaron en el hogar para hornear el pan y chismorrear.

Cuando los últimos rayos del día cayeron sobre la Última Aldea y se deslizaron por la empalizada castigada por el viento, los hombres se sentaron alrededor del hogar central de la casa redonda, mientras las llamas del fuego iluminaban las paredes rojas de quincha y el techo de paja inclinado. Todas las alfombras alrededor del hogar estaban ocupadas. Las jóvenes se movían entre las alfombras, llenando cuencos y tazas, y regañando a los hombres que contaban historias demasiado atroces. Las viejas y los niños estaban sentados contra las paredes, compartiendo historias y risas.

Ghile y su hermanita, Tia, se aseguraron un lugar para sentarse cerca del horno para disfrutar del calor constante. A Ghile le sorprendió cómo brillaba el hogar de su padre con las antorchas que Almoriz había encantado con la llama eterna. Brillaban muchísimo pero no prendían fuego la paja, lo que era desconcertante. Esta vez Riff había encantado algunas antorchas él mismo, para el deleite de las niñas.

Ghile sacudía la cabeza ante los trajes festivos que vestían sus primas y el despliegue encandilante de las flores recogidas a las apuradas que llevaban entretejidas en los pelos. Ghile se preguntaba si Riff comprendía el peligro que corría en ese lugar.

—Seguro que mi Sabritha le llamó la atención. Desde este verano ya está en edad de casarse, saben. —escuchó decir a su tía Wirt.

—A mí no me gustaría que mi Tera se casara con un hechicero. No se sabe dónde terminará: en Ciudad Lago con esos enanos y sus casas de piedra; o peor, puede que la saque de la Cuna. Yo misma le arranqué todas las flores que tenía en el pelo esta tarde—agregó la tía Jilla.

Ghile le echó una mirada a Tera, que estaba ubicada en la otra pared: estaba sentada, taciturna. Para él, sería fascinante ver cómo era el mundo afuera de la Cuna.

Ghile saboreaba el potaje, que por lo general consistía en jugo de carne y tubérculos. Su padre se había asegurado de que el potaje de esa noche tuviera mucha carne. Ghile miró los últimos pedazos de su cuenco y entonces se topó con los grandes ojos expectantes de Tia.

Le mostró su cuenco vacío. ¿Cómo hacía alguien tan pequeño para comer tanto y mantener el mismo tamaño? Soltando un suspiro, le pasó el cuenco a su hermana y se inclinó hacia delante para escuchar mejor a los adultos.

—¿Cómo van tus estudios, Riff?—preguntó Toren, aceptando un cuenco de potaje que le ofreció Elana.

—Van bien, Colmillo Toren. Estoy trabajando con los metales ahora. Ecrec gruñó.

—Qué bien, tal vez la próxima vez que vengas negocio contigo para que me arregles unos potes de Elana, en lugar de tu Maestro, que come más del doble que todas las personas que conozco.

Los demás se rieron. Almoriz solamente sonrió y se llevó otro tanto de comida a la boca.

—No te burles, esposo—lo retó Elana—. El buen maestro Almoriz tiene un apetito saludable, eso es todo. —Se acercó al hechicero y le sirvió cerveza.

—Cuénteme, maestro Almoriz, ¿qué noticias trae de la Cuna?—preguntó Ecrec, sonriéndole a su esposa.

Maestro Almoriz levantó la taza para agradecerle a Elana.

—Ya les conté sobre la Piedra Susurrante, Brewsons y los toneles que están preparando para el festival de este año.

—Las noticias de Bosque Rojo son las mismas. Los Colmillos de Bosque Rojo dicen que los Vargan se infiltran cada vez más en las montañas. Vieron a algunos en los lagos de las Cascadas del Sur.

Hubo balbuceos entre los hombres, y las mujeres abrazaron con fuerza a

sus hijos.

—Me pregunto si les pedirán a algunos de los Colmillos del Valle que viajen al sur después del festival para ayudar, ¿no?—dijo Toren.

Almoriz asintió y continuó:

—Puede ser. Ya tienen bastante trabajo ocupándose de las Caídas. Todas las primaveras los hombres de las llanuras incursionan cada vez más lejos de las montañas. Aunque pienso que la Madre Brambles va a dejar algunas druidas y Guardianes de Escudo en la Cuna después del festival, para ayudar en el sur.

—¿Qué hay de Ciudad Lago?—preguntó Erec.

—No ha cambiado mucho desde el festival del año pasado. No me quedo ahí más de lo necesario. —Almoriz agitó una mano delante de la cara, como si hubiera percibido un olor feo.

Era bien sabido que el maestro Almoriz no tenía afecto por los señores enanos, cuya fortaleza estaba centralizada en Ciudad Lago, y mucho menos le gustaba el hechicero de esa ciudad. Ghile había escuchado que era más enano que humano. A cambio de sus servicios, aceptaba las monedas que los enanos usan en los trueques. Otros humanos de Ciudad Lago habían adoptado la práctica. Muchos creen que es muy típico de los enanos, que los hombres como el Hechicero de Ciudad Lago estaban olvidando las tradiciones.

Almoriz viajaba por los poblados periféricos ayudando con sus poderes y a cambio solo pedía la libertad de ir y venir a su antojo, un lugar cálido para descansar, comida suficiente durante su estadía y para el viaje hasta el próximo destino.

El hechicero movió la taza en dirección a Ghile.

—¿Tu hijo toma la prueba de madurez este año, Erec? Ya parece mayor de edad.

Cayó un silencio repentino. Ghile sintió que los ojos de su padre se posaban sobre él. Fingió estar mirando a su hermana, que lamía los últimos bocados del cuenco. Toren había mencionado este tema cuando regresaba a la Última Aldea y los gritos de la casa de Erec se escuchaban desde afuera de la empalizada.

—Va a hacer la prueba como es debido, para él y para todos los que son mayores de edad en la Última Aldea—dijo Erec con voz cansada.

—Seguro que le va a ir bien, es un buen muchacho—replicó Almoriz.

—¡Siempre que no se tropiece con sus pies!—comentó Gar.

Las risas se mezclaron con suspiros avergonzados cuando las cabezas se voltearon para ver la reacción de los demás. Gar y Bralf estaban sentados lejos de la pared para no estar entre los niños, pero bastante apartados de los hombres ya que ellos también tenían que pasar sus pruebas de madurez.

Ghile vio que su padre apretó las mandíbulas, luego las risotadas de Bralf quedaron ahogadas cuando la madre de Gar, la tía Jilla, se apuró a darle un buen coscorrón en la cabeza.

—¡Cuidado con lo que dices, muchachito! Deshonras al tío Ecrec cuando hablas así. Él nos compartió su hogar y comida.

El padre de Gar, Dargen, aprovechó la ocasión para vaciar su taza y evitar por completo la situación.

El incómodo silencio fue interrumpido por un fuerte de eructo propiciado por Toren.

—La comida estuvo buena, Elana. En ocasiones como estas, pienso que ojalá no me hubieran elegido Colmillo para tomarte a ti o alguna de estas hermosas mujeres.

Ecrec hizo un gesto de indignación y los demás se rieron cuando Elana tiró un pedazo de pan contra la cabeza de Toren.

Rota la tensión, Tia se trepó a la falda de su madre.

—¡Muéstrame los animales de agua, Riff!

Riff suspiró, con cierta reticencia a cumplir con los deseos de la niña. Pero después le sonrió con picardía a Tia y se levantó para ir a buscar un balde de agua que estaba cerca del hogar. Los niños y algunas otras niñas chillaron de alegría. Los adultos sacaron sus pipas y morrales, luego se acomodaron todos para mirar. Sin importar la edad, todos disfrutaban siempre de un buen espectáculo de magia.

Riff colocó el balde en frente de Tia y derramó un poco del contenido. Con la mano en forma de cuchara tomó una pequeña cantidad de agua, dio un paso atrás y sacudió la otra mano por encima de la que tenía el agua, mientras recitaba algo en voz baja. Ghile no pudo escuchar lo que decía, pero tenía ritmo y las palabras se parecían más a un murmullo que a palabras discernibles.

Tia se inclinó hacia delante, sin quitar los ojos de la superficie del agua. Ghile también fijó su atención sobre ese punto, y entonces los niños empezaron a aplaudir y gritar entusiasmados. Apareció la forma acuosa de un corderito, el agua le caía por el contorno de su figura. Pronto se unieron tres más y

empezaron a moverse todos dentro de los límites del balde. Pastaban sobre la superficie de agua y levantaban sus cabezas para balar en silencio.

Del lado opuesto a las ovejas, apareció un lobo grande, que arremetió contra ellas atravesando el agua. Uno de los niños gritó asustado. De repente, una de las ovejas sobresalió para revelarse como un Sabueso del Valle, como Ast y Cuz, que había estado escondido entre las ovejas esperando el momento para atacar al lobo. Los niños aclamaron este cambio de eventos y finalmente las figuras de agua terminaron derrumbándose en el balde.

Tia lo miró a Riff sorprendida. Riff encogió los hombros y le mostró las dos manos: estaban completamente secas.

—Todo salió del agua, pequeña.

Tia aplaudió y saltó sobre las piernas de su madre.

—¡Otra vez! ¡Otra vez!

—Tu control del agua va mejorando, aprendiz. —Almoriz sacó un palito del fuego para encender de nuevo su pipa. —Tu fuente te dura más ahora.

Ghile vio que Riff se ponía más derecho ante el halago.

—Gracias, maestro.

—¡Otra vez! ¡Otra vez!—pidieron los chicos.

—Está bien, pero después a la cama. Me parece que se hace tarde—sentenció Elana.

—Me gustaría que el maestro Almoriz y el maestro Riff vieran algunas más de mis lanzas antes de irse. También me gustaría saber qué pides por esa caldera que llevas en los sacos, maestro Almoriz—dijo Ecrec.

Almoriz inclinó la cabeza hacia Ecrec.

Toren palmeó las manos.

—Y yo quiero escuchar música. Hombres, vayan a buscar sus tambores y flautas. Mujeres, prepárense. Cuando los niños estén acostados, ¡quiero bailar!

4

Entre amigos

Ghile se quedó sentado en silencio, mirando la oscuridad. A los más pequeños se los habían llevado a dormir a las casas redondas más tranquilas. La música y el baile se extendieron hasta altas horas de la noche, pero de a poco, los bostezos fueron anticipando los saludos y finalmente las familias se retiraron y con ellas se llevaron el calor.

Ghile se tapó hasta el cuello con la manta de lana y se retorció sobre el colchón relleno de paja. Después lo olfateó. Iba a tener que rellenar el colchón a la mañana siguiente.

—Por las barbas de Daomur, ¡cómo pica esta paja! No voy a poder dormir—se quejó Riff en voz baja, con lo que rompió el silencio.

—Nadie va a dormir si te sigues quejando—lo regañó Ghile.

Ghile lo escuchó a Riff darse vueltas para buscar una posición cómoda, entre gruñidos guturales.

—¿Qué les pasa a estos perros? ¡Aléjense, bestias hediondas!—Riff empujó a Ast y Cuz, que al parecer estaban contentos con el nuevo visitante.

—Cuando viajo a Ciudad Lago, duermo en una posada. ¡Una posada!—comentó Riff, que ya se había rendido en su intento de mover a los corpulentos Sabuesos del Valle.

Ghile recordó los numerosos viajes que había hecho hasta Ciudad Lago, que se ubicaba a las afueras del valle. Solo pensar en esas casas apiñadas lo incomodaba. Según su padre, los habitantes de Ciudad Lago habían abandonado muchas de las viejas tradiciones para adoptar las costumbres de los enanos. Durante las festividades, la gente de la Última Aldea acampaba siempre afuera de las paredes de la ciudad.

—Ni siquiera sé por qué el maestro Almoriz quiere subir a esta parte de la Cuna. ¿Por qué viven tan alto? ¿Se dan cuenta de que hace mucho más frío acá?—se quejó Riff.

Ghile sonrió sin querer.

—Mi padre dice que el pasto de esta zona es más rico para los rebaños. No sé. Mi familia siempre ha vivido acá. La Última Aldea es nuestro hogar.

—El nombre lo dice todo, está claro—opinó Riff.

Ghile se dio vuelta para mirar hacia el hogar central, donde estaba acostado el viejo hechicero, envuelto entre las sábanas.

—Habla más alto y pregúntaselo a él—dijo Ghile.

Riff suspiró. Ghile continuó:

—No veo de qué te sirve quejarte. A veces hay que sacar lo mejor de lo que tenemos. —Ghile meneó la cabeza después de dar este consejo, que bien le haría seguir él mismo.

—¿Ese es tu consejo, prisionero de la Última Aldea?—preguntó Riff.

Ghile se apoyó sobre un codo y miró al otro lado, donde dormían sus padres. Antes de responder, se aseguró de escuchar el estruendo grave de los ronquidos de su padre.

—¿Te crees que yo quiero ser pastor de ovejas? Me cortaría el brazo derecho con tal de ser hechicero—afirmó Ghile.

—Te va a costar hacer hechizos manco—contestó Riff.

—Qué gracioso. No entiendes la suerte que tienes. Viví acá toda mi vida. Al menos antes, lo tenía a Adon.

Riff no respondió enseguida, Ghile se recostó.

—¿Cuánto hace?—dijo Riff al fin.

—¿Cuánto hace de qué?—preguntó Ghile.

—Desde que lo...sacrificaron. —La voz de Riff era baja, casi inaudible.

—Hace cuatro veranos—murmuró Ghile—. Las cosas cambiaron tanto.

Nunca me explicaron por qué los enanos lo sacrificaron.

—Los enanos hacen lo que tienen que hacer, Ghile. Conoces las historias. ¿Tus padres te las habrán contado o no?

—Algunas. A mi padre no le interesan los enanos o sus reglas—comentó Ghile.

Entonces recordó algunas de las historias sobre la guerra que se libró entre los dioses. En su pueblo creían que todos los dioses eran hijos de la Madre Superior, Allwyn, como la llaman ellos. Allwyn creó a los dioses y ellos a su vez crearon a las distintas especies.

—Somos una especie maldita, Ghile. Tienen la obligación de sacrificar a todos los humanos que muestren alguna señal del Hambriento, por miedo a que regrese por segunda vez—explicó Riff.

Haurtu, el Hambriento, fue el dios demente que trató de comerse a sus hermanos. Sin dudas, era una historia para asustar a los niños y para que obedezcan a sus padres.

—Escuché que los enanos de Ciudad Lago le pagan a los sacrificadores para que se lleven a los que no están a favor de ellos—agregó Ghile.

Cuando escuchó esta declaración, Riff se sentó.

—Tu gente tiene que cuidarse; decir ese tipo de cosas es peligroso.

—¿Quién va a escuchar? Vivimos en la punta de la nada, ¿o no?—dijo Ghile y continuó: —Además, Adon nunca mostró señales. ¿Qué señales? ¿Tú ves esas señales? ¿Sabes lo que son?

Ghile escuchó el arrastre de unos pasos y una tos que provenían de un lugar cercano. No se había dado cuenta de lo mucho que había levantado la voz.

Los dos muchachos se acostaron de nuevo y se quedaron en silencio durante un largo tiempo hasta que Riff respondió en un murmullo casi imperceptible:

—No, no lo sé. Pero eso no significa que los sacrificadores no lo sepan.

5

Visitante inesperado

El Magistrado Obudar caminó a paso apresurado a través de la sala abovedada. Cerró los ojos y exhaló, intentando controlar las emociones. Hacía mucho tiempo que vivía entre seres humanos. Se acomodó las hombreras encima de la sotana y subió por las escaleras hasta la terraza del Bastión.

Los otros miembros del clan ya estaban ahí.

—El sacrificador no ha llegado todavía, Magistrado Obudar—dijo Getchkin, inclinando la cabeza y retrocediendo lentamente a medida que Obudar avanzaba.

Obudar levantó la vista hacia el cielo, entrecerrando los ojos ante la poca luz que dejaban pasar sus tupidas cejas. Dijo:

—No uses esa palabra, Getchkin, hijo de Glern. Los Jueces Caballeros no aprecian el título que les dan los humanos.

Getchkin se inclinó de nuevo, esta vez más abajo.

Obudar oteó las fortificaciones de piedra que estaban ubicadas en una población humana cercana a Ciudad Lago. Los barcos pesqueros se apilaban sobre el Lago Cristal y rompían las filas uniformes de las casas de madera. Desde abajo ascendía una cacofonía de ruidos: los hombres se estaban preparando para el festival de verano.

Como la mayoría de los enanos, Obudar no entendía qué era lo que les gustaba tanto a los humanos de esas celebraciones interminables. Aunque si tuviera que comparar, era como el placer que le daba cerrar una transacción comercial exitosa en la que ambas partes quedaban satisfechas. Tenía que admitir que los festivales eran positivos para el comercio.

Repasó sus últimas dos décadas como magistrado de la contención humana en la Cuna. Los números de su gestión lo enorgullecían: bajo su mandato y las leyes de Daomur, había generado un suministro regular de bienes para el imperio. La lana de la Cuna era de la mejor calidad, y hasta las cervezas negras y rubias de los hombres estaban empezando a valer un precio comparable al de los licores de los enanos.

Tenía una confianza ciega en Daomur y pocas veces cuestionaba las leyes que bajaban del Concejo de Jueces en las lejanas tierras de Daomount. Entendía el peligro que, según ellos, representaban los humanos y la necesidad de contar con una Orden de Jueces Caballeros. No obstante, nunca esperaba con ansias sus visitas anuales.

El Juez Caballero llegaba, aguantaba las pruebas de madurez y las celebraciones humanas, y luego presidía la Ceremonia de Atrición para los solicitantes. Con suerte, no había que sacrificar a ninguno. Los humanos eran criaturas tan emocionales y nunca entendían la necesidad de la ceremonia, aunque se los explicaran. Perjudicaba el comercio.

Un chillido agudo anunció la llegada del Juez Caballero. Los enanos congregados observaron el enorme grifón y su jinete a medida que se acercaban. Volaron en círculos sobre la ciudad, tomando un recorrido amplio hasta aterrizar suavemente sobre la terraza de baldosas lisas del Bastión.

Los talones del grifón caían pesados sobre el granito liso, a diferencia de las patas leoninas traseras que estaba acolchadas y amortiguaban el ruido de los pasos. Las puntiagudas alas blancas se flexionaron convulsivamente hasta plegarse de manera prolija contra el cuerpo. Al bajarse de la montura, el Juez Caballero palmeó al grifón detrás del ala, justo donde las plumas teñidas de dorado enseñaban el pelo liso que cubría el resto del cuerpo. Los músculos que controlan las alas se tensaron al entrar en contacto con el guante del jinete, la única parte que no estaba cubierta de metal.

A Obudar siempre le llamaron la atención esos animales. Estaba fuera de su conocimiento por qué Daomur les concedía esas increíbles bestias a los Jueces Caballeros. Tal vez era una manera de compensarlos por la difícil tarea que les había tocado en la vida. No era para nada agradable pasarse la vida cazando a los descendientes del Dios Hambriento.

—Su palabra es la ley—clamó el Juez Caballero para saludar. Se soltó del arnés de jinete con un golpe practicado de puño, que estaba cubierto de cuero. Ante esta acción el grifón bajó la cabeza y con un movimiento ágil, el enano pasó la pierna por encima del lomo y se deslizó hasta bajarse del animal.

—Su palabra es la ley—respondieron los otros enanos.

—Gracias, Safu—dijo el Juez Caballero, acariciando el cuello musculoso del grifón—. Me has traído a mi destino con seguridad y comodidad. Te agradezco.

El Juez Caballero desató un martillo grande y lleno de detalles intrincados,

y un paquete de la montura del grifón.

—Ahora ve y caza. Vuelve cuando te llame.

Con estas palabras, el grifón voló, moviendo sus alas con enérgicos aleteos.

El enano con armadura se dio vuelta para dirigirse al público.

—Soy el Juez Caballero Finngyr—anunció.

Obudar avanzó para acercarse a Finngyr e inclinó la cabeza. Lo demás hicieron el mismo gesto, pero inclinando la cintura, tal como se esperaba de los enanos de rango inferior. Con los ojos fijos en el intrincado bajo relieve de las grebas del Juez Caballero, Obudar respondió:

—Soy el Magistrado Obudar, ellos son miembros del clan y del Concejo. Te damos la bienvenida, Juez Caballero.

El Juez Caballero gruñó y caminó por delante de los enanos que estaban en posición de saludo.

—Claro que sí. Llévenme al santuario. Debo de dar las gracias por llegar a salvo—dijo el Juez enano.

Se paró en la puerta de entrada e hizo una mueca.

—Este lugar apesta a humanos. ¿Cómo lo toleran?

Obudar le echó un vistazo a los de su clan y leyó la inquietud en los rostros barbudos. El Juez Caballero, que nunca esperó una respuesta, ya estaba desapareciendo por las escaleras.

Obudar se levantó para seguirlo, las arrugas del rostro se le profundizaron. Perjudicaba el comercio.

6

El Sacrificador

—Entra—ordenó Finngyr.

La puerta robusta y reforzada se abrió con un chirrido, y entró un enano joven que llevaba una barba que apenas transparentaba el mentón. Se inclinó casi por completo:

—Su palabra es la ley. Estoy para servir, Juez Caballero.

Finngyr inspeccionó al recién llegado: seguramente era un aprendiz de comerciante, un contador, a juzgar por las manchas de tinta en los dedos.

—Cierra la puerta y ayúdame a sacarme la armadura—ordenó Finngyr.

El joven enano obedeció inmediatamente.

—¿Cómo te llamas, civil?—Finngyr levantó los brazos para permitir el acceso a las hebillas de las correas.

—Bjurst, Juez Caballero.

—Comienza por las correas de las hombreras, Bjurst—aconsejó Finngyr—. También dile al Magistrado Obudar que no seré atendido por humanos.

En cuanto Finngyr descubrió que había un viejo sirviente humano en su alojamiento, no perdió el tiempo: sin decir más, lo agarró por la espalda de la túnica y lo arrojó al vestíbulo.

—Por supuesto, Juez Caballero. Eh, ¿las hombreras son...?—preguntó Bjurst, que estaba luchando entre tantas hebillas y correas.

—Los hombros, muchachito—afirmó Finngyr—. La advertencia vale para los cocineros también, dudo que pueden crear un veneno tan fuerte para afectarme, pero no me agradan las indigestiones.

Los ojos de Bjurst se agrandaron.

—Ningún paisano de la Cuna nos envenenaría. Ellos...

—¿Paisanos? Estás hablando de humanos, muchachito, de humanos—interrumpió Finngyr.

—Sí, claro, Juez Caballero. —Bjurst había logrado quitarle las hombreras y las colocó en una vitrina cerca de la cama.

—Has vivido mucho tiempo en los bordes del imperio, Bjurst. Nunca confíes en un humano. No son mejores que los duendes. Cualquiera de los dos sirve de instrumento para el regreso del Hambriento—dijo Finngyr con una sonrisa de superioridad.

Bjurst, que tragaba saliva con esfuerzo, removió la pechera con un poco de dificultad. El joven enano la colocó también en la vitrina junto a la cama, pero era evidente que tenía problemas para colgarla como correspondía.

Finngyr dejó que se avergonzara por un tiempo.

—¿Y bien?—dijo finalmente.

—Disculpe, Juez Caballero, estoy teniendo problemas para colgar la armadura—admitió Bjurst, era obvio que no estaba prestando atención a lo que decía.

Finngyr frunció el ceño.

—Déjala en la cama, yo la colgaré después. Como te decía, nunca confíes en un humano. Mucho menos en los humanos de las Llanuras de Nordlah, que se comportan como lo que son: verdaderos salvajes. Al menos se puede admirar su honestidad—dijo agitando las manos—. Estos humanos, paisanos como les dices tú, fingen ser serviciales. No sé por qué me asignaron para sacrificarlos.

Bjurst se limitó a bajar la cabeza y tragar saliva.

—¿Se refiere a la Ceremonia de Atrición, Juez Caballero?

—Me refiero a lo que dije, muchachito. No te atrevas a corregirme. Es un sacrificio, ponle el nombre que quieras, pero a mí no me da vergüenza usar esa palabra. Yo soy el sacrificador de humanos. —Finngyr flexionó los gruesos puños, que tenían el tamaño de un martillo de herrero y eran igual de sólidos. —Según tengo entendido, los humanos de esta zona aceptan la ley de Daomur sin objeciones.

Bjurst asintió moviendo la cabeza.

—Así es, Juez Caballero. Conocen y acatan las normas.

—Qué mal—opinó el sacrificador, sacándose un avambrazo. Se dirigió dando zancadas hasta la puerta arqueada que conducía al pequeño balcón de la habitación. Finngyr sintió que instintivamente apretaba las mandíbulas cuando fijó la vista en las casas alargadas y de ángulos cerrados de los humanos. Seguía sin entender por qué lo habían asignado a este lugar. Este era su primer encargo en un lugar distinto a las llanuras. Era una zona tan dócil que bastaba

con un solo sacrificador para aplicar la justicia del Legislador. Daomur no se dignó a dar explicaciones, aunque lo solicitara.

Se quitó el otro avambrazo y se lo entregó a Bjurst. Finngyr notó que todavía tenía las lustres iniciales que su orden había forjado en la ciudad capital de Daomount solo unos días antes.

Recordó cómo las placas de su armadura habían reflejado la luz brillante a través de los arcos blancos. La cámara principal del templo se ubicaba en la cima de la ciudad montaña, lo que brindaba una vista panorámica de las puestas del Sol sobre el océano. Los vientos con aroma dulce, teñidos de sal marina, ondulaban las numerosas banderas que llevaban el martillo y las balanzas de su deidad.

Finngyr usó su visión periférica para observar las filas de sus compañeros jueces caballeros. Podía sentir la presencia de los miles que no podía ver y que hacían fila detrás de él. Nunca antes se había sentido más orgulloso de su secta como durante las Bendiciones.

Todos los Jueces Caballeros estaban parados rígidos y derechos. Al frente apoyaban sus martillos de guerra, que representaban una reliquia que iba pasando de generación en generación de sacerdotes guerreros. Como muchos de ellos, eran reliquias de antaño. Alguna vez, habían sido miles. Los que estaban allí reunidos eran todos los que quedaban: eran los sacerdotes que Daomur había seleccionado para buscar y sacrificar a los maldecidos por Haurtu, el Hambriento, el Caído.

El templo estaba en silencio, salvo por el crujido del cuero y el chirrido de las cotas de malla bien aceitadas. Se oía con facilidad el roce de la túnica del sacerdote superior contra los escalones de mármol del altar central. El anciano enano se dio vuelta y los enfrentó.

—¡Daomur es la verdad y su palabra, la justicia!

La respuesta hizo temblar hasta las piedras.

—¡Que nuestros martillos impartan su verdad!

—Es hora de impartir su juicio. ¡Adelante! Encuentren a los elegidos del Caído y destrúyanlos para que no crezca su poder. Haurtu no puede ser liberado. ¡La palabra de Daomur es la verdad!—entonó el enano anciano.

—Su palabra es la verdad—gritaron los demás al unísono.

El sonido de una armadura chocando contra el suelo lo sacó a Finngyr de su ensoñación. Se dio vuelta y se encontró con Bjurst que estaba levantando apurado la pieza que se le había resbalado de la cama.

—Parece que vas a tener que aprender el arte de pulir armaduras, muchacho—dijo Finngyr.

Preocupaciones de viejos

La sala de reuniones estaba impregnada de un intenso murmullo. El Magistrado Obudar estaba sentado en la punta de la mesa de piedra, prácticamente no había tocado la cena y había ignorado el tazón de cerveza especiada que le trajo el sirviente humano justo antes de cerrar con llave la habitación.

Todos los ancianos de los clanes de comerciantes estaban sentados a la mesa. En ese momento protestaban entre sí, porque se habían cansado de quejarse con Obudar. Al menos, había algo en lo que coincidían todos: el Juez Caballero recién llegado iba a perjudicar el comercio.

El anciano Fjorn, el contador principal, seguía quejándose por haber perdido a Bjurst, uno de sus aprendices, a manos del Juez Caballero para convertirlo en su sirviente personal.

—El aprendiz Bjurst es mi alumno más talentoso y sus habilidades son sumamente necesarias para la recaudación del diezmo. Si cree que me voy a sentar a hacer el trabajo del aprendiz, está muy equivocado.

Obudar no recordaba la última vez que había visto la parte funcional del dedo del viejo Fjorn o sus cejas serpenteantes. Por un instante, Obudar pensó que habían cobrado vida y que intentaban escaparse de la cara del viejo enano porque estaban hartas de las quejas, tanto como Obudar.

Prefirió dejar que se quejara un poco más y se desahogara bien. Le echó un vistazo a la cerveza y terminó por convencerse de que no le haría mal un trago, tal vez hasta le acomodara el estómago. Bebió de sorbos largos, no había necesidad de tomarla rápido. Estaba elaborada en Piedra Susurrante y no era mala. Tenía que felicitar a la familia Brewstons, cada año mejoraban más.

Ya les había cedido demasiado tiempo.

—La ley está con él—anunció Obudar y a continuación el murmullo se fue apagando poco a poco como la gravilla que se va a acomodando en el fondo de una zanja—. No podemos interferir con las Ceremonias.

El viejo Fjorn levantó el dedo y lo agitó otra vez en la cara de Obudar:

—¿Y qué hará el Magistrado cuando él sacrifique a la mitad de la Cuna en su fervor religioso?

La declaración recibió muchas aprobaciones.

Ese era el dilema, porque de otros problemas podían ocuparse con facilidad. El Juez Caballero no tenía interés en irse del Bastión antes de la Ceremonia, así que no tenían que preocuparse de que generara problemas en las calles. Ya le habían solicitado al Supervisor del Bastión que sacara a los sirvientes humanos de su habitación y que se atendiera el asunto de la comida. El verdadero problema era la Ceremonia en sí.

Obudar se estiraba la punta de la barba mientras pensaba en las alternativas que tenía.

—¿Por qué los Guardianes mandaron a un Juez Caballero que estaba asignado a las Llanuras de Nordlah?—inquirió el anciano Rawson—. ¿Quieren una revuelta? No tenemos la cantidad de hombres suficiente. Todas las personas de los poblados periféricos van a venir y los augurios predicen un público récord.

—Vamos a necesitar que las druidas nos ayuden—concluyó Obudar. Si podían convencer a las druidas de ayudarlos a mantener la paz, se podía prevenir un desastre. Los hombres las respetaban y seguían sus enseñanzas. Además, las druidas deseaban la paz tanto como ellos.

—Hace mucho tiempo que no vemos a la Madre Brambles—dijo el anciano Pricedar, acomodándose los anteojos como hacía siempre que decía algo obvio.

Obudar asintió, tenía que hablar con la anciana líder druida. Con su gigante oso de las cavernas bastaría. Pero no tenía forma de saber si asistiría a la ceremonia. No siempre iba.

—Pongan un vigía. Quiero que me traigan a la primera druida que aparezca—ordenó Obudar. Esto serviría si la Madre Brambles no aparecía. Los ancianos estuvieron de acuerdo y luego se sucedieron algunas discusiones menores sobre otros asuntos del día comercial. Obudar se quedó mirando fijo el tazón de cerveza.

¿Ayudarían las druidas?

¿Sería suficiente con su ayuda?

8

Regreso a casa

Vamos a provocar una revuelta.

Gaidel caminaba detrás de su Guardián de Escudo. Debía de volver a la Cuna tal como se lo habían ordenado, pero creía que la Madre Brambles no entendía bien lo que le había pedido.

Se abrieron paso por un segmento del Bosque Rojo, conocido por su gente como las Caídas: era un sector lleno de bosques densos y repletos de barrancos húmedos y arroyos que serpenteaban las montañas que contenían a la Cuna como un preciado tesoro. Se trataba de la parte más baja del bosque que bordeaba las Llanuras de Nordlah y, por ende, la más peligrosa.

Los viajeros atravesaron con esfuerzo los barrancos. Gaidel se detuvo en un terreno nivelado para recuperar el aliento y limpiarse las manchas de barro y musgo de sus delgadas manos. Los rayos del Sol no llegaban a penetrar en las profundidades de los barrancos y el deshielo de primavera seguía alimentando las aguas gélidas que chorreaban por las paredes de las quebradas.

Dos Alces presintió que ella no le seguía el paso y se paró. El gran escudo sellado, distintivo de los Guardianes de Escudo, se veía muy pequeño sobre su espalda.

—La Hija está cansada—dijo Dos Alces, más como afirmación que como pregunta.

—No estoy cansada—refutó Gaidel, intentando controlar respiración. Era cierto que el Guardián llevaba un paso agotador, pero no le iba a dar la satisfacción de admitir que estaba cansada.

Miró para todos lados y agregó:

—Me pregunto si este era el mejor camino. —Hacía más de dos años que había dejado la Cuna, a los catorce años cuando la eligieron para convertirse en hermana de la orden, pero recordaba haber sido escoltada por un sendero propiamente dicho, no haber escalado estos barrancos húmedos. —Recuerdo

un camino que conducía a esta parte de las Caídas. ¿Por qué no vamos por ahí?—preguntó.

Dos Alces la miró fijo durante unos segundos y después se bajó hasta donde estaba Gaidel.

—El sendero es peligroso. Está vigilado. Este camino es más seguro.

Gaidel repasó los conocimientos que tenía sobre las Caídas. Para probar la valentía de los jóvenes, era frecuente que los del pueblo de Dos Alces los enviaran a las Caídas en pequeños grupos de asalto. Esta práctica fue lo que derivó en las relaciones hostiles con el pueblo de Bosque Rojo, por esta razón Gaidel sabía que no era una buena idea volver allí con su nuevo Guardián de Escudo.

Todavía era un misterio por qué la Madre Brambles la había sacado de la Cuna como parte de su entrenamiento. Y un misterio más grande aún era por qué la habían unido a un bárbaro de las Llanuras de Nordlah. Ella era la única druida de Bosque Rojo a la que le habían designado un hombre de las llanuras como guardián.

Le hizo señas para que continuara. Lo hecho, hecho estaba. Era una Hija de la Madre Superior y Dos Alces, su guardián. Aquellos que no lo aceptaran iban a descubrir lo poco que le importaba lo que pensarán. Dos Alces seguía mirándola. Ella le devolvió una mirada de odio, acto seguido el bárbaro se dio vuelta y retomó la escalada. Con sus zancadas largas y sus músculos tonificados, no le resultó difícil subir el resto de la pendiente.

Cuando Gaidel alcanzó la cima del barranco, Dos Alces la recibió blandiendo el escudo y el hacha en una mano, con el rostro serio.

—Ven Hija, he encontrado algo.

—Llámame Gaidel—lo corrigió. La manera en la que pronunciaba su título honorífico la irritaba.

Lo siguió unos metros: olió de qué se trataba antes de verlo. Eran los canosos restos de dos cuerpos, a juzgar por la vestimenta, habitantes de la Cuna, que yacían tirados en el suelo del bosque.

Gaidel se tragó el mal humor y levantó el bastón en señal de defensa, mientras estudiaba el bosque.

—Fue hace un día. O menos. Ya no están—sentenció Dos Alces.

Gaidel bajó el bastón y se acercó a examinar los rostros de los hombres, con la esperanza de que no fueran conocidos. No se los habían comido, aunque los habían torturado más de lo necesario para matarlos. No los reconoció,

pero si estaban en las Caídas, seguramente eran oriundos de Bosque Rojo y su padre los conocería. Gaidel tenía que averiguar lo que había pasado.

Cerró los ojos, respiró hondo y despejó la mente para abrir los sentidos. Deseó fundirse en la Canción, sintió que su esencia se iba expandiendo y fusionándose con el entorno.

De inmediato, la Canción de la Madre Superior comenzó a sonar y llenó su cuerpo como si fuera una vasija vacía. Era una canción que solo las Hijas podían escuchar, sentir y saborear. Presintió, más que ver, que Dos Alces la protegía mientras ella se mecía con el ritmo. Sentía que la Canción fluía por su cuerpo. En algún lugar lejano, se escuchó cantando.

Entonces sintió las diminutas patas de las hormigas que corrían veloces a través de su piel, llevando la bendición que acaban de encontrar hasta los túneles subterráneos. Se estaba perdiendo en la Canción, se estaba olvidando de quién era. Tenía que concentrarse, recordar por qué estaba ahí. Sintió sus raíces y la corteza de su carne. Escuchó la Canción, que iba corriendo como un río y se resistió a la tentación de dejarse llevar por la corriente.

Si quería visualizar lo que había sucedido, debía de cantar contra la corriente del tiempo, que era como luchar contra una corriente embravecida, una corriente que tironea su ser interior. Era tan natural rendirse y dejarse llevar.

Tenía que concentrarse. Sabía que solo tenía la fuerza suficiente para cantar contra la Canción durante un breve período de tiempo, pero si el ataque había ocurrido hoy, no tendría que alejarse mucho para averiguar lo que pasó.

Luego de unos minutos, Gaidel abrió los ojos y se apoyó sobre el bastón para recuperar el equilibrio. Siempre quedaba un poco desorientada al salir de la Canción. Cuando recuperó los sentidos se acercó a Dos Alces.

—Vamos a enterrarlos y cantar por su muerte. Después cazaremos—dijo la druida.

9

El costo de la disonancia

No les llevó mucho tiempo alcanzar a los Vargan. Mucho antes de verlos, Gaidel oyó los gruñidos y rugidos que conformaban su lenguaje. Avanzó sigilosa hasta colocarse al lado de Dos Alces. El Sol le quemó los hombros mientras treparon los últimos metros, hasta que llegaron a uno de los muchos claros de luz que se filtraban por el techo de hojas.

El fuerte aroma rancio que largaban las bestias irritaba el sentido del olfato de Gaidel, pero Dos Alces le había enseñado que si el viento te trae el olor de la presa, significa que ella no te huele a ti.

Asomándose sobre el barranco, observaron a los Vargan que se disputaban el motín: el cadáver semi devorado de un alce, que seguramente lo habría abandonado otro depredador por saciedad o por miedo ante la presencia de los Vargan.

El animal más grande estaba agazapado sobre el cadáver, revelando los afilados dientes que cabían dentro de un hocico similar al de un lobo, desafiando a los otros Vargan que querían arrebatarse el derecho a alimentarse primero. Las otras bestias acechaban al líder y aullaban su descontento.

Eran solo cinco Vargan, pocos, teniendo en cuenta que estas criaturas solían moverse en manadas más grandes. Gaidel se preguntó por qué este grupo era tan reducido y por qué se habrían arriesgado a atacar tan cerca de la Cuna. Los Vargan eran cazadores astutos e inteligentes, no eran propensos a tomar riesgos. La Cuna era el hogar de los humanos y estaba protegida por las Druidas del Bosque Rojo. Esta manada, por alguna razón, había decidido cazar dentro de los límites de la Cuna y había matado a dos hombres. Gaidel aún percibía la canción disonante que entonaban los árboles en el lugar donde encontraron los cuerpos. Gracias a los árboles, Gaidel supo que los guardabosques no habían provocado a los Vargan y confirmó que los cuerpos no habían sido devorados. Matar para comer o en defensa propia al menos indicaba que los Vargan vivían bajo las leyes de la Madre Superior, pero esta

manada no mató por ninguna de esas razones. Mataron a los hombres por placer. Y Gaidel no podía permitirlo.

Gaidel y Dos Alces emergieron a través del follaje como un todo, el vínculo que los unía como druida y Guardián de Escudo era tan fuerte que se comunicaban mejor con intenciones que con palabras. Los Vargan se callaron y movieron las orejas para localizar el sonido. Dos Alces se quitó el escudo de la espalda con un solo movimiento entrenado y lo golpeó con el hacha de piedra, en señal de desafío.

Cerrando los ojos, Gaidel respiró profundo y despejó la mente de todo pensamiento. Comenzó a cantar. La realidad se esfumó cuando entró en la Canción, y se dejó arrastrar por ella. Sentía que el calor del sol la alimentaba a través de las puntas de sus numerosas hojas.

Entonó la Canción, buscando... ¡ahí estaban! Los podía sentir. El ritmo disonante de los Vargan se reñía con el ritmo del entorno. Eran todos machos jóvenes. Ella rugió con la furia que sintió dentro de los corazones de las bestias.

Con concentración, le suplicó a la Canción que siguiera sus ritmos y que atacara con los poderes de la naturaleza a aquellos que provocaban semejante disonancia. La Canción la ignoró mientras seguía resonando. Los vientos bailaban y se reían de ella por atreverse a domarlos. Era tan joven y su voz tan débil. Bajó el tono y empezó a cantarle a los árboles con su misma cadencia lenta.

Cuando escucharon la canción, los Vargan arremetieron contra ellos. Aullaron y ladraron, se pusieron en cuatro patas y comenzaron a trepar para salir del barranco.

Dos Alces vociferó su furia a medida que se acercaban, se movió para posicionarse entre los agresores y Gaidel. Gracias al vínculo que compartían, escuchaba la canción que tronaba en las venas de Gaidel y sabía que era incapaz de defenderse cuando se sumergía en la Canción.

El Vargan principal atacó primero a Dos Alces, saltando fuera del barranco y reluciendo sus colmillos y garras, pero nunca lo alcanzó: el aullido fue interrumpido por una rama enorme que cayó en picada a velocidades devastadoras.

Dos Alces les agradecido en voz alta a los árboles por haber respondido el llamado de Gaidel. Otra rama salió volando y embistió contra el resto de la

manada, que se vieron obligados a saltar o agacharse para escaparle al mismo destino de su líder.

El Vargan principal sacudió la cabeza, tratando de volver en sí. De un hombro, le sobresalía un hueso entre la carne despedazada. Gruñendo de dolor, se incorporó solo para encontrarse con la punta afilada de un hacha de piedra.

Dos Alces oyó con satisfacción el crujido producido por el golpe del hacha. El Vargan ya no volvería a levantarse. Sin perder el tiempo, Dos Alces buscó un nuevo objetivo. De los cuatro restantes, dos estaban tirados en el piso sin moverse, los otros dos saltaban y trataban de esquivar las ramas flojas, las hojas y los escombros que volaban por doquier.

Al unísono, la canción de Gaidel y el ataque de los árboles cesaron. Gaidel abrió los ojos y desató el bastón de madera de las cintas de cuero. Respiró hondo y concentró su mente y visión: todavía sentía las patas con garras de los vargan recorriéndole la piel y la carne peluda que cedía debajo de sus pies de madera.

No podía navegar las corrientes de la Canción de la Madre Superior mucho tiempo sin perderse. No hacía mucho que era druida. Si bien nunca habían peleado juntos antes, de alguna manera sabía que Dos Alces la iba a proteger hasta que ella recuperara los sentidos.

Los dos Vargan que quedaban con vida gruñeron y centraron su furia en Dos Alces, mientras miraban con odio y nervios los árboles, que ahora estaban inmóviles. Lo acecharon sigilosos y se dispersaron para convertirse en dos objetivos separados.

Parecía que Dos Alces esperaba mientras lo flanqueaban. Habría presentido que Gaidel no se había liberado por completo de la canción. Agitó el hacha para mantener la atención de los enemigos. No había tiempo para esperar. Las bestias atacaron, una por abajo y la otra, por arriba.

Dos Alces levantó el escudo y pivoteó, colocando el hombro para absorber el impacto. Se dejó girar por la fuerza del impacto del Vargan contra el escudo, el que desplazó por encima de su cabeza y luego hacia abajo. La rotación hizo ascender el hacha en un barrido de gran amplitud: el hacha cortó el cuello y el hombro del Vargan que había atacado por abajo y lo arrojó al piso salpicando sangre. Continuando el mismo movimiento, Dos Alces aplastó al otro Vargan, que estaba pegado al escudo, contra el piso, aplicando todo su peso contra el animal.

Gaidel se acercó y apretó con su bastón el hocico de la criatura, una, dos y tres veces hasta que dejó de luchar.

Dos Alces se levantó, desenfundó el cuchillo de hueso de ciervo y fue a asegurarse de que los otros Vargan no se levantaran más.

Había sido su primera batalla, nada menos que contra cinco Vargan. Fue todo tan rápido, las manos le temblaban visiblemente. Gaidel respiró hondo y de pronto tuvo ganas de llorar. Parecía que recién ahora se acordaba de cómo respirar.

Dos Alces volvió, acarreando algunas orejas peludas que chorreaban sangre. Gaidel retrocedió con cara de asco cuando el hombre le quiso entregar dos.

—¿Qué estás haciendo?—preguntó ella.

Le acercó el horripilante premio otra vez.

—Buena cacería. Estas son tuyas.

—¡No las quiero!

Dos Alces se encogió de hombros y empezó a buscar en su bolso algún recipiente para guardar los nuevos trofeos.

—Era machos jóvenes que tuvieron que dejar la manada—comentó Dos Alces mientras se disponía a seguir con su tarea—. El líder mató a los hombres para mostrar fuerza. —La miró. —Peleaste bueno—lo pensó un momento antes de terminar la frase—, Gaidel.

Gaidel iba a responder que sí pero que la palabra que tendría que haber usado era “bien” en lugar de “bueno”, pero lo único que hizo fue asentir con la cabeza.

—De prisa—dijo Dos Alces, que se paró y empezó a trotar—. Las Caídas son muy peligrosas de noche.

Gaidel miró por última vez la escena y después se apresuró para alcanzar a Dos Alces. Si por lo menos pudieran llegar a las Cascadas del Sur antes de que anocheciera para viajar, estarían a salvo. En la mañana, subirían por los acantilados hasta el Bosque Rojo. El pueblo del Bosque Rojo no estaba lejos de las cascadas. Y estaría en casa.

10

El pueblo de Bosque Rojo

Hargas estaba apoyado con cierta indolencia contra el grueso tronco de una secuoya y miraba entre las ramas. Detestaba los turnos de guardia. Había dejado el arco y la lanza recostados contra la empalizada de madera a unos pocos metros de distancia. Sabía que era su deber tener las armas a mano y el arco colgado, pero hacía una semana que se había ganado el arco jugando a los dados y no iba a llevarlo colgando si no necesitaba usarlo, que el Hambriento le besara el trasero.

“Así es como se arruinan los arcos”, siempre le decían. Podía tensar el arco más rápido que cualquiera en Bosque Rojo y estaba dispuesto a apostar el doble.

Hargas le echo un vistazo a los tablones de madera desgastados del adarve que recorría la empalizada para asegurarse de que no viniera el sargento en guardia. Ese vejestorio se tomaba sus obligaciones demasiado en serio.

Hargas se estiró y caminó por la empalizada para poner en circulación la sangre. Miró a las personas que estaban abajo ocupándose de sus asuntos. No vio mucha gente yendo o viniendo de la Señora Excelencia. Había estado teniendo suerte con los dados y le había puesto el ojo al cuchillo de metal de Torber, estuvo a punto de conseguir que lo apostara la noche anterior.

—Señora Excelencia, mi trasero peludo—se murmuró para sí y escupió fuera del adarve. El escupitajo aterrizó sobre uno de los techos de paja que estaba pegado a la empalizada.

Alguna vez la posada se llamó Tres Flechas, cuando la hija de Orson todavía no había sido elegida por las druidas. Ese era el nombre que prefería Hargas. El nombre había cambiado, pero los dueños no, y seguía siendo el mejor lugar para una buena partida de dados y tomarse una cerveza negra. Los locales seguían llamándola Tres Flechas, a pesar del cartel nuevo que mostraba a una druida estirando los brazos hacia el cielo.

Por las barbas de Daomur, si no fuera la hija de Orson.

Hargas observó la cabeza semi calva y los tatuajes curvilíneos azules que distinguían a la druida que caminaba por la calle principal. La acompañaba el hombre de las llanuras más grande que Hargas había visto en su vida, cargando sobre sus hombros el escudo de los Guardianes, que parecía un juguete de niños.

Hargas volvió a escupir y soltó una risita. Ya era una locura haber elegido un hombre de las llanuras como Guardián, y todavía lo era más traerlo a Bosque Rojo. Hargas anticipaba sorpresas y miradas suspicaces mientras la pareja se paseara por el pueblo. Los hombres de las llanuras no eran bienvenidos. Tal vez la gente de las tierras altas los dejara pasar, porque ellos también eran Guardianes de Escudo, pero los habitantes de Bosque Rojo no eran de las tierras altas. Había que ser bueno con el arco y la lanza en Bosque Rojo, y más en las Caídas, donde estaba la mejor caza. Claro que usaban las armas tanta para protegerse de los ataques de los llaneros como para cazar.

Hargas se olvidó de montar guardia y buscó un lugar para sentarse en el adarve y ver de frente la Señora Excelencia. Apostaba a que el turno de guardia se iba a poner mucho más entretenido.

—¡Mi niña!—gritó Orson. El hombre salió desde el interior de la sala común de la Señora Excelencia.

Gaidel le sonrió a aquel hombre que hacía muchos años la había encontrado en el bosque y la había adoptado como su hija. Solo se había ausentado durante dos años, pero le había crecido la panza rolliza. También notó que la saludable mota de pelo enrulado que tanto le enorgullecía estaba más gris que marrón.

—Hola, Padre—dijo Gaidel. Se inclinó y apuntó las palmas hacia arriba.

—Acá no hace falta hacer esas tonterías, hija—dijo Orson, acercándose con los brazos extendidos.

Dos Alces había empezado a adelantarse, pero Gaidel lo detuvo con un gesto de la cabeza. Intentó detener el avance de su padre, pero Orson la envolvió con un cariñoso abrazo.

—Cómo te extrañé, mi niña. Déjame verte. —La sostuvo a la distancia de un brazo y después la apretujó. —Sabía que ibas a tener que raparte esos hermosos rulos pelirrojos pero, ¿qué te han dado de comer? ¡Estás flaca como una cigüeña de las Cascadas del Sur!—Le aferró los brazos y sonrió. — Aunque estás fuerte, a juzgar por estos músculos.

Gaidel pasó por debajo de las Tres Flechas como una brisa cálida, ese

había sido su hogar hasta la madurez. La brisa se llevaba consigo las experiencias de los dos últimos años.

Las mesas largas y los bancos de secuoyas manchadas y gastadas ocupaban cada centímetro de espacio disponible. El único espacio libre era la entrada y la zona alrededor del hogar central circular. Gaidel solía esconderse bajo la protección de las mesas para burlarse de los mismos cazadores y guardabosques que tendría que servir cuando fuera grande. La puerta de la habitación privada de su padre estaba abierta. Le echó un vistazo a la escalera que conducía al segundo piso y la sala pública, donde los visitantes podían alquilar un espacio para dormir en el piso.

Su padre le siguió la mirada y sonrió más.

—Tu habitación está intacta, como la dejaste. Esperaba que ibas a volver para la época de los festivales. ¿Te quedarás más de una noche, no?

Gaidel sonrió y le dio otro abrazo.

—Lo siento, Pá. Solo una noche. Tenemos que llegar a Ciudad Lago para el festival. La Madre Brambles va a asistir y me mandó a buscar.

Orson se dio cuenta de la presencia de Dos Alces por primera vez, lo midió y le pareció insuficiente. Su padre era el hombre más amable que había conocido. Siempre había sido amable y paciente con ella, pero como posadero tenía que tratar con toda clase de gente y en un pueblo como Bosque Rojo, las clases de personas eran por lo general bastante rudos. Orson había adquirido una técnica especial para evaluar a las personas con la mirada; la forma de inclinar la cabeza, una tensión en la boca, eran señales que indicaban que no había que jugar con ciertas personas. En ese momento, examinaba a Dos Alces.

—¿Tienes un llanero como Guardián? Que la Madre Superior te proteja, Dellie.

Gaidel se sonrojó cuando su padre la llamó por el nombre de infancia.

—Papá, por favor.

—Este duerme arriba—sentenció Orson.

Dos Alces, cuya cabeza no había rozado el dintel de la entrada, lo miró y dijo:

—La Hija Gaidel duerme donde Dos Alces pueda proteger. —Cruzó los brazos corpulentos sobre el pecho para agregarle más énfasis a la declaración.

Gaidel trató de contener una sonrisa cuando vio que la cara de Orson cambiaba de expresión. Lo había visto lidiar con los tipos más mezquinos de

Bosque Rojo, pero en Dos Alces había encontrado un rival digno. Casi diez años más grande que ella, el Guardián de Escudo estaba en su plenitud.

El roce de un banco cercano y el golpe de los garrotes contra las manos le advirtió a Gaidel que su padre recibiría ayuda de los clientes regulares, pero tenía miedo de que Dos Alces lastimara a alguien. En Tres Flechas la noche no estaba completa si no surgía algún contratiempo o pelea que terminara con algún diente suelto, sangre derramada o alguna nariz rota. Pero Dos Alces se había criado en las Llanuras de Nordlah, y allí los contratiempos y peleas terminaban con la muerte.

Gaidel extendió los brazos despacio y puso las manos sobre los brazos cruzados de Dos Alces. Para él, no había ningún problema y seguía mirando con firmeza al violento posadero.

—Dos Alces puede dormir en la puerta de mi habitación, padre—solicitó Gaidel.

—¿Dejarás la puerta cerrada con llave?—preguntó Orson, mientras seguía midiendo a Dos Alces en caso de una pelea de puños.

—Sí, claro, Pá—accedió Gaidel. Inclino la cabeza, con las palmas de las manos hacia arriba.

Orson suspiró y le palmeó las manos.

—Deja de hacer eso. Está todo bien, muchachos. —Los guio hacia una mesa cerca del hogar. El puñado de hombres que se habían parado, listos para ayudar en la pelea contra el llanero, se colgaron los garrotes de nuevo en los cinturones y se acomodaron en los bancos, con visibles gestos de decepción.

Gaidel sabía que habría problemas si Dos Alces permanecía en la sala pública mucho tiempo. Seguro que ya había corrido la noticia por todo el pueblo de que había llegado un llanero bárbaro.

—Pá, ¿podemos servirnos la comida y bebida en las habitaciones privadas?—Por el tono de la pregunta, Orson miró para todos lados.

—No va a pasar nada en la Señora Excelencia si yo no lo permito—dijo Orson en voz más alta de lo necesario.

—Aun así, Padre—contestó Gaidel con el tono de voz que usaba para conseguir lo que quisiera. Tuvo éxito porque su padre finalmente accedió. —Traigo noticias tristes también. Ayer encontramos los cuerpos de dos leñadores en las Caídas—agregó Gaidel.

—¿Qué pasó?—preguntó Orson.

—Fueron los Vargan—explicó Gaidel.

—¿Caza de Vargan en las Caídas? ¿Estás segura, Hija Honrada?— preguntó uno de los clientes más cercanos, que obviamente había estado escuchando.

—Sí, los cazamos y los castigamos por lo que hicieron—confirmó Gaidel.

Orson los miró a los dos juntos como por primera vez y asintió con la cabeza, dándole otro abrazo firme a Gaidel.

—Claro que sí, Hija. —Orson se quedó pensativo unos instantes. —Puede que hayan sido Tyber y su hijo. Vamos a mandar un grupo, dime dónde los pueden encontrar.

Gaidel sintió que se aflojaba un poco la rigidez del cuello y de los hombros cuando se fue junto a Dos Alces al cuarto trasero de Tres Flechas para sentarse a comer sobre los toneles. Estaba en casa. Orson les había preparado su plato favorito: paloma rellena con ajo y hongos. Orson insistió en cocinarlo para ella. Los sentimientos de culpa por abandonarlo volvieron a acecharla.

La esposa de Orson había muerto en trabajo de parto de su primer hijo. Tal vez Orson se habría vuelto a casar, pero se encontró con la joven Gaidel escondida en el recoveco podrido de un árbol viejo. Gaidel no recordaba a su familia, pero le habían contado que eran guardabosques que habían sido víctimas del ataque de una manada de Vargan, en alguna parte de las Caídas.

Orson le había contado los detalles del día que la encontró. Era parte del grupo que se había unido a los Colmillos para localizar a la manada agresora. Ninguno de los hombres logró convencerla de salir del escondite. Gaidel solo salió cuando Orson le cantó una canción que su querida Mattie cantaba cuando cocinaba. La joven Gaidel y Orson habían sido inseparables desde ese día hasta que fue elegida druida. Si no hubiera sido por la cara de orgullo que tenía Orson aquel día, Gaidel no lo habría dejado nunca para convertirse en druida.

Pero tenía bastante trabajo con la posada y no necesitó de una esposa o un ayudante para operarlo. Tres Flechas era como su esposa, en los aspectos que le importaban. Al menos, de eso se había convencido Gaidel.

—¿Este era...—Dos Alces buscó la palabra—...tu hogar?

Gaidel asintió y miró el almacén que también funcionaba como la habitación de Orson. Con la cabeza le señaló la habitación pequeña que seguía.

—Esa era, o es, mi habitación.

Dos Alces se bajó el último trago y se limpió la boca con el antebrazo desnudo. Volvió a mirar alrededor y sacudió la cabeza.

—Son gente extraña ustedes, los Gwa A'Chooks.

A Dos Alces, las viviendas de la Cuna le seguían pareciendo extrañas. Los hombres de Nordlah se movían constantemente por las llanuras, siguiendo a las manadas de perros de caza gigantes. Toda su sociedad estaba montada alrededor de las inmensas criaturas. Construían sus hogares con las pieles y los largos colmillos de los perros. Casi todos los llaneros eran lo que los habitantes de la Cuna llamaban Colmillos, protectores y seguidores de las druidas.

Los llaneros llamaban a los habitantes de la Cuna “Gwa A'Chooks”. Gaidel no conocía el idioma de Dos Alces con exactitud, pero la traducción literal era algo así como “animal consentido de los enanos” o simplemente “mascotas de los enanos”.

Gaidel sabía que su gente era fuerte y orgullosa, que habían encontrado el equilibrio con la Madre Allwyn y sus hijas en la Cuna de los Dioses, así como los Bárbaros de Nordlah habían encontrado su equilibrio en las llanuras. La vida no es una piedra, que puede cortarse y esculpirse según los caprichos personales, es una canción eterna y uno tiene que unirse a ella para encontrar la armonía.

Gaidel le sonrió con calidez a su protector y dijo:

—Todos lo somos.

11

Tres Flechas

Hargas estaba sentado en una mesa de Tres Flechas echando chispas. Había esperado en la muralla a que se desatara una pelea en la posada, hasta que lo encontró el sargento y lo castigó con otro turno de guardias. Pensaba darle una buena lección al viejo, pero al final se dio cuenta de que el resultado serían más guardias y tal vez una linda paliza para rematar.

En la cabeza de Hargas, la culpa recaía exclusivamente sobre los hombros del llanero, era obvio que era su culpa por distraerlo de sus obligaciones.

En cuanto terminó la guardia, Hargas se fue a buscar a Torber y su hermano menor, Seth. Sabía que a los dos les gustaba pelear y tenían más de una razón para odiar a los llaneros, porque hacía muchos años los bárbaros de Nordlah habían matado a su padre durante un ataque en la zona de las Caídas.

Los tres se sentaron en el banco de siempre y empezaron a jugar a los dados. Torber todavía no había apostado el cuchillo de acero, pero la noche era joven.

Torber mezclaba los dados en la taza de cuero, mientras Hargas mantenía la vista clavada en la puerta cerrada que llevaba al fondo de la posada, preguntándose cuándo pensaba mostrar la cara el llanero. Apenas se percató de que Torber había volcado los dados y gritado de alegría: tenía otro par, era el tercero seguido. Por las barbas de Daomur, el tonto estaba con suerte esa noche.

—Apuesten, que voy por el cuarto—exclamó Torber. Extendió las manos y recogió los dados.

—Tomo la apuesta—dijo Hargas, arrojando cuatro puntas de flecha más y un par de lindos emplumados que había preparado esa mañana sobre la pila de apuestas que iba ganando altura.

Seth miró de reojo la apuesta inicial y después miró lo que le quedaba: una cuerda de arco y un cuchillo de piedra.

—¿Y?—lo incitó Hargas.

—Nah, tiene mucha suerte hoy. Me salgo—decidió Seth. Se inclinó hacia atrás y empezó a pescar las últimas sobras de la taza. Si esperaba que Hargas pagara la próxima ronda, estaba tristemente equivocado.

—Bueno, quedamos nosotros, Harg. Parece que la suerte está conmigo porque me prometiste una pelea que nunca pasó—dijo Torber.

Hargas señaló el cinturón de Torber.

—Entonces apuesta el cuchillo si tienes tanta suerte, fanfarrón.

Torber tocó la preciada posesión en señal de defensa y negó con la cabeza.

—El pozo no es tan grande para un cuchillo de metal, Hargas. Hace falta más de lo que llevas encima.

Hargas sacudió la cabeza y escupió el piso. Nada salía bien ese día.

Llanero de porquería, pensó Hargas.

Justo en ese momento, el llanero apareció por la puerta trasera.

Torber golpeó la taza contra la mesa y la levantó lentamente mientras el llanero les pasó por al lado. Hargas vio el cuarto par. Era hora de probar su suerte.

Extendió el pie debajo de la mesa y pateó la parte superior del banco donde estaban sentados Seth y Torber. El banco se volcó hacia atrás e hizo caer a los hombres desprevenidos. Torber sacudió los brazos como loco tratando de recuperar el equilibrio, pero no lo logró y se desplomó sobre el bárbaro, que con mucha destreza lo barajó antes de que se cayera por completo, pero no pudo evitar que las piernas de Torber patearan la mesa y salieran volando los contenidos de la misma.

—¡Ey!—le gritó Torber a Hargas, a los dados rodantes y al bárbaro con igual furia.

Seth no fue tan afortunado como Torber, no tuvo nadie que amortiguara la caída y se desplomó contra el piso.

Ahora sí estamos encaminados, pensó Hargas. Se puso de pie de un salto y se deslizó por encima de la mesa.

—¡Maldito salvaje! ¡Quita tus manos de mi amigo!

Dos Alces solo iba a servirse un poco más de la bebida negra. La Hija se había retirado temprano y él se había quedado la mayor parte de la tarde sentado sobre un barril ubicado en frente de la puerta de Gaidel. Orson se había asomado muchas veces al almacén para verificar que el bárbaro estaba del lado correcto de la puerta.

Dos Alces sacudió la cabeza. ¿Qué creía que iba a pasar? Era su Guardián

de Escudo, había jurado protegerla. Pensaba en ella como una hermana menor más que como otra cosa. Incluso si hubiera querido llevársela a su carpa, tendría que haber hecho las ofertas correspondientes al padre primero y recibir la bendición de las madres de la tribu después.

Dos Alces no quería admitir que las risas y las bebidas de la sala pública habían despertado su curiosidad. Entró para llenar la taza y después pensaba volver a su tarea.

El bárbaro lo vio al más gordo del trio patear el banco cuando pasó por al lado. Dos Alces trató de agarrar a los dos hombres que se cayeron, pero solo consiguió capturar a uno. No entendió una palabra de lo que gritaba el flaquito que agarró, pero en verdad no importaba. El gordo ya se había abalanzado sobre él.

Gaidel había intentado explicarle las diferencias entre sus pueblos. Sabía que los hombres buscarían desafiarse. Y estaba bien, hasta ansiaba el desafío, pero no tenía las posesiones que tendría que ofrecerles como recompensa a sus mujeres, así que no podía matarlos. Era un signo de honor el hecho de dejarlos con vida, además tenía que acompañar a la Hija al festival de las mascotas de los enanos y sabía que ella no iba a entenderlo.

El agresor gordo se encontró con una piña que lo impactó de lleno en el rostro. Para sorpresa de Dos Alces, el puñetazo fue lo único que hizo falta para voltearlo. El hombre que estaba sosteniendo con la otra mano se estiró y lo aferró. El bárbaro lo sacudió un poco hasta que se soltó, el flaquito perdió el equilibrio y sin poder agarrarse de Dos Alces, terminó por el piso otra vez. El feo con los dientes torcidos se había caído del banco se estaba levantando.

Dos Alces los agarró a los dos de los pelos, que estaban tan grasosos que los dedos se resbalaban. Apretó con fuerza y los levantó del piso. Los sacudió bien y después les golpeó las cabezas entre sí con bastante fuerza, no la suficiente para matarlos, pero sí para acabar rápido con la pelea. Los soltó y los dos se cayeron redondos al piso formando una pila humana.

La posada estaba en silencio. Dos Alces miró esperando el próximo ataque, pero solo encontró expresiones de sorpresa. ¿Se había acabado el desafío? Su tribu no tenía campos de temporada cerca de las Caídas, pero si así peleaban los habitantes de la Cuna, era fácil entender por qué los jóvenes de otras tribus peleaban con ellos por deporte. El padre de Gaidel estaba parado cerca del hogar central. Cerró la boca rápido cuando se encontró con los ojos de Dos Alces.

Dos Alces agarró la taza, caminó hacia el posadero y se la entregó.

—Más bebida negra, padre de la Hija Gaidel. Por favor—dijo.

Pensó que lo había dicho bien y con el debido respeto. Orson tomó la taza y la llenó, sin decir una sola palabra. Dos Alces agarró la taza y movió la cabeza en señal de agradecimiento. Caminó por la sala silenciosa, pasando por encima de los tres retadores que estaban inconscientes. Ninguno de los clientes se movió hasta que cerró la puerta del depósito.

Estos tipos de la Cuna están locos.

12

Entre las piedras y la oscuridad

Ghile pastaba el rebaño de su padre por los campos del Valle Superior, bajo la sombra protectora del Cuerno. Se ató el abrigo de lana en la cintura, disfrutando de las ocasionales brisas más cálidas que prometían la llegada del verano.

La vida de la Última Aldea había vuelto a la normalidad después de la celebración y se desenvolvía como siempre. Ghile ya extrañaba al tío Toren, que había regresado a patrullar las tierras salvajes que rodeaban la Cuna. Probablemente ya estaba inmerso en su próxima gran aventura. Ghile ahogó un bostezo con la palma de la mano.

Vio que una oveja se había salido del rebaño y les ordenó a Ast y Cuz que la buscaran. Lo habría hecho él mismo, pero todavía le dolían los brazos de ayudar a su madre y a las otras mujeres a ordenar las lanas durante la mañana. En realidad, lo que tenía era vagancia.

Los dos Sabuesos del Valle bostezaron, lo ignoraron por completo y siguieron echados sobre los pastos altos. Él no era el único vago.

—Gracias por la ayuda, a los dos—les dijo. Ghile se acercó a la oveja y usó la punta roma de la lanza para dirigirla hacia el rebaño. Cuando terminó de hacerlo, volvió a apoyarse sobre la lanza y a mirar en dirección al Valle.

El Cuerno dominaba la vista, Ghile observó los caminos que entrecruzaban su superficie y las zonas oscuras que indicaban la presencia de cuevas. El tío Toren le había contado que algunos se habían adentrado en la montaña. Los habitantes de la Cuna evitaban el Cuerno por los peligros que corrían los curiosos. Ni siquiera las cabras de las montañas del Valle Superior se aventuraban a esa mole de piedras manchadas. Se decía que alguna vez los hombres habían vivido en esas cuevas y en las ruinas que se ubicaban al pie del Cuerno. Ese revoltijo de piedras esculpidas que los locales llamaban “ruinas” también eran evitadas como el Cuerno.

Las ruinas eran viejísimas y, como los hombres conocían su historia, la caída en desgracia de su raza y la desprotección de los Dioses, preferían

evitar todo lo relacionado con esa época. Solo los enanos podían trabajar la piedra y construir con ella. Se sabía que los hombres de antaño practicaron el arte también, pero después de la Gran Purga, a los humanos se les prohibieron muchas actividades para evitar que cometieran los mismos errores, y trabajar la piedra era una de esas prohibiciones.

Por esta razón, a Ghile le sorprendió ver a alguien cerca de las ruinas, ¿quién sería tan tonto para ir ahí? El individuo tenía un paso altanero y el pelo largo oscuro. Ghile sacudió la cabeza cuando reconoció que era Riff. Lo vio explorar las piedras hasta que encontró la entrada que buscaba y se perdió en las profundidades.

Ghile continuó observando para ver señales de Riff. Estaba tan lejos que no creía que Riff lo hubiera visto, si es que era él. Tal vez había ido para buscar los metales con los que trabajaba. Pero como era un lugar los humanos no frecuentaban y los Colmillos no patrullaban, era imposible saber qué había adentro de las cuevas. Debía tratarse de algo más que los metales para que Riff se aventurara en sus túneles oscuros.

Ghile se imaginó qué haría si no volvían a tener noticias de Riff: parado frente al hogar de su padre, contando la historia de cómo las ruinas se habían tragado al joven aprendiz, los hombres del clan escuchándolo atentamente, con los ojos y las bocas abiertas.

Algo resonó cerca de Ghile, que se sorprendió y pegó un grito. Se dio vuelta para escuchar las risotadas, mientras la cara se le ponía roja de vergüenza.

—¿Lo viste saltar, Gar?—dijo Bralf, que ya buscaba otra piedra.

—¡Ast, Cuz! A ellos—gritó Ghile. Había visto que los sabuesos se levantaban en posición amenazante cuando su padre les daba la misma orden.

Pero los perros se quedaron mirándolo con expresiones en blanco.

Perros tontos.

—¡A ellos!—lo imitó Gar en voz alta, lo que hizo que Bralf estallara de la risa.

¿Qué estaban haciendo ahí? Seguramente evadiendo sus responsabilidades si Ghile no fallaba en su interpretación.

—Se ve que los perros te prestan tanta atención como los demás, Mala Hierba. —Gar tenía una manera de decir las palabras Mala Hierba que repiqueteaba en los oídos de Ghile.

Dicho eso, Gar cerró un ojo, apuntó y disparó. Ghile vio la roca volando

hacia él y trató de saltar a un costado. Pero, como siempre, su cuerpo no respondió a sus órdenes a la velocidad necesaria y apenas pudo evitar que la piedra le pegara en el pecho y terminó estampándose contra un hombro.

Se tropezó por el dolor agudo e intenso del golpe, y por la posición incómoda en la que estaba, y terminó cayéndose al piso.

Ghile recordó que Adon solía protegerlo de chicos como Gar y Bralf. Pero desde el sacrificio de su hermano, el único propósito que tenían en la vida era torturar al hijo torpe del jefe del clan. Ghile pensó en amenazarlos con decirle a su padre, pero se tragó las palabras. No importaba lo que pasara, no iba a usar a su padre como protección.

Respiró profundo y decidió defenderse. Los muchachos seguían riéndose. La voz de Bralf diciendo “toma, prueba con esta” lo hizo cambiar de opinión y se puso en movimiento. Se incorporó y echó a correr para huir. Escuchó el silbido de la piedra que cortaba el aire, justo antes de que le diera en el tobillo. Otra vez agitó los brazos y piernas, mientras las risas crecían.

¡Riff! Riff lo ayudaría y les daría una lección. Se paró de vuelta y corrió lo más rápido que pudo hacia las ruinas.

—¡Corre, Mala Hierba!—gritó Gar a sus espaldas.

Ghile se dio vuelta y vio que lo estaban siguiendo. Las piedras aterrizaban cerca mientras corría en ángulos cerrados, tratando de ser un blanco más difícil. Corrió a toda velocidad, evitando las piedras afiladas que sobresalían del pasto.

Las ruinas se avecinaban como gigantes mientras se acercaba y trató de acordarse de las aberturas por las que había entrado Riff. Ghile no quería entrar. Tal vez era mejor soportar la paliza que le iban a dar Gar y Bralf que lo que podía llegar a encontrar en esos pasillos oscuros. Una piedra casi le pega en la cabeza. Ya no podía hacer nada. Se metió en el túnel más cercano y fue absorbido por la oscuridad.

13

Las ruinas

—¡Riff!—volvió a gritar Ghile.

Llamó de nuevo a través de un túnel oscuro que se bifurcaba del corredor principal y se quedó escuchando si llegaba una respuesta.

Nada.

Respiró hondo y fue corriendo como un rayo hacia el haz de luz que se filtraba por una de las numerosas fisuras del techo. Se apretó contra la roca gastada de la pared cuando se acercó a la luz, pero se quedó a un costado. La oscuridad lo presionaba y era difícil respirar, pero había cometido el error de buscar consuelo en el primer rayo de luz que vio. Todavía le dolían los moretones de las canillas y de los brazos que se había hecho al rozar y tropezarse con el entorno hasta que acostumbró los ojos a la oscuridad.

Se habría contentado con esconderse cerca de la puerta de entrada por la que se escabulló, pero las ruinas apenas lograron disuadir a Gar y Brafl por unos instantes; todavía lo seguían. Ghile les advirtió que el aprendiz del hechicero estaba con él, pero lo ignoraron; en cambio, Gar le prometió una paliza más fuerte por obligarlos a entrar en ese lugar tan desolado. La única opción que tenía Ghile era huir más adentro.

—Riff, ¿dónde estás?—llamó Ghile al llegar al túnel siguiente, gritando lo más fuerte que podía. Pensó que había perdido a Gar y Brafl, pero no quería arriesgarse.

Pateó el polvo con los pies en la parte del suelo que estaba reseca, entre las grietas del techo, donde los riachuelos de agua se depositaban en piletas de barro. Con los dedos recorrió las ranuras de las piedras esculpidas, sintiendo el musgo y los helechos que se aferraban a la vida entre las grietas.

Más adelante, vio otro rayo de luz, el corredor daba a una habitación cerrada. La luz penetraba como un puñal a través del techo y revelaba más túneles que conducían en direcciones opuestas.

Ghile tragó saliva con esfuerzo y descansó un momento para recuperar el aliento. ¿Adónde debía ir? Ahora sí, estaba totalmente perdido. Se le ocurrió

que si lograba escuchar a Riff, podría decidir por qué túnel meterse. Respiró tranquilo y escuchó con atención: había solo silencio. Al menos ya no oía a Gar y Bralf, con suerte se habían rendido y se habían ido a buscar a otra persona para atormentar.

Se agachó deslizándose por la pared, juntó las rodillas contra el pecho y las envolvió con los brazos. Se había metido en un lío importante. Entonces se acordó del rebaño que había dejado pastando en la colina. Ojalá Ast y Cuz se dieran cuenta de que su ausencia significaba que tenían que cuidar ellos del rebaño, aunque lo dudaba.

Ghile se quedó un rato sentado, escuchando cómo soplaba el viento afuera y mirando las motas de polvo que entraban y salían flotando de la luz. Si no salía rápido, el Sol bajaría y se llevaría la luz con él. La mera idea de quedarse perdido en las ruinas a oscuras le hizo un nudo en la garganta. Inhaló profundo y despacio.

De pronto, un destello de luz capturó su atención. Olvidando sus miedos, giró la cabeza para todos lados y vio otro destello: ahí estaba. Desde que había entrado, no había notado nada en los túneles y las habitaciones de piedra. Se inclinó hacia delante para ver más de cerca.

Apartó el polvo del lugar donde había visto del destello de luz. Era una superficie dura que se resistía a la inspección de los dedos. La miró de cerca; no era una piedra: era una superficie suave y estaba esculpida. ¿Era metal? Empezó a quitar todo el polvo. Después de unos minutos, desenterró una superficie circular. Trató de levantarla. Con bastante trabajo, finalmente logró soltar un lado del anillo, que se aflojó emitiendo un chillido agudo. Era una manija. ¿Una manija de metal? Solamente los enanos podían permitirse usar el metal para hacer algo tan mundano como una manija. Pero estas no eran ruinas de enanos, porque databan de la época en que los dioses habían castigado al hombre. ¿Alguna vez los humanos habían sido tan ricos para poseer manijas de metal como los enanos? ¿Por eso Riff venía a este lugar?

Entonces los hechiceros se las arreglan, ¿no?

Ghile se limpió las manos con la túnica y agarró la manija con más fuerza. Respiró hondo y tiró con una fuerza más controlada. Se entusiasmó cuando vio que la manija cedía, pero para su decepción, también se desprendió un pedazo bastante grande y cuadrado del suelo.

La piedra cuadrada se cayó al piso cuando Ghile la soltó: distinguió su contorno enmarcado en el piso. Volvió a agarrar firme la manija y jaló. Al

principio el panel de piedra ofreció resistencia, pero finalmente se levantó y se soltó por completo.

El rayo de luz que había revelado la manija con un destello penetraba por la abertura y bajaba bailando seductor por las escaleras. Con cautela, Ghile avanzó unos centímetros y pispió lo que parecía ser una habitación pequeña. Contó una decena de escalones. La luz que penetraba desde arriba le permitió distinguir unos escombros que parecían ser los restos de una mesa y unos bancos viejos que se habían deteriorado con el correr de los años. Tal vez por codicia o curiosidad, reunió las fuerzas necesarias para aventurarse por las escaleras hacia el interior del cuarto. Era probable que hubiera más metal abajo.

En la base de las escaleras, Ghile se olvidó de buscar metal: vio la silueta de un hombre, que estaba parado justo al costado del rayo de luz. Ghile gritó y se dio la vuelta para subir corriendo las escaleras. Un pie se detuvo a mitad de camino entre el primer y el segundo escalón y terminó resbalándose. Se cayó de lleno contra los escalones y se giró sobre su espalda para ver lo que iba a hacer el hombre. No se había movido. De hecho, estaba totalmente quieto. Ghile se masajeó el dolor de las manos, sin atreverse a dejar de mirar a la figura petrificada, ni siquiera pestañó.

La figura estaba parada, como congelada. A Ghile le hubiese gustado tener una llama eterna en ese momento. Con cuidado, se acercó a la figura, mientras adaptaba los ojos a la oscuridad. Era la estatua de un hombre. Había visto estatuas de enanos otras veces, pero nunca de un humano. El hombre estaba parado derecho y erguido, con la cabeza levemente inclinada hacia arriba, lo que le daba un aire presuntuoso.

Fue entonces cuando Ghile notó el dibujo circular de la estatua: se trataba de un conjunto de montículos que formaban una extraña forma de espiral en el medio del pecho. Ghile extendió una mano con vacilación y recorrió el dibujo con los dedos. Cuando rozó los dedos por el primer montículo, se quedaron pegados. Ghile trató de retirar la mano, pero no podía soltarse. Rápidamente, apoyó la otra mano sobre el pecho de la estatua para hacer palanca, pero también se le quedó pegada.

Ghile entró en pánico.

Trató de sacudirse para liberarse, pero la estatua era inmóvil. Sintió que las manos se le ponían más calientes. ¿Qué estaba pasando? ¿Se habría topado con la estatua de un antiguo hechicero, que la había dejado como trampa para

castigar a los ladrones? ¿Era una bóveda funeraria? Empezó a gritar pidiendo ayuda. Ya no le importaba quién lo escuchaba. Le agradecería a sus antepasados si Gar y Bralf se aparecían en el portal superior y se reían de su miseria.

—¡Riff, ayúdame!

Las manos le quemaban. Escuchó un zumbido sordo, como el de las colmenas que cuida un apicultor. El zumbido provenía de la estatua, que empezó a brillar desde el interior. Cada centímetro de su cuerpo le pedía escapar, alejarse de ese lugar cuanto antes. La estatua brillaba tan fuerte que era imposible mirarla, el zumbido resonaba como un trueno. Ghile gritó hasta quedar afónico.

Tenía las dos manos pegadas a la estatua. El calor se transformó en un dolor intenso de la mano izquierda, era un dolor cortante que le recorría la palma. Toda su atención se concentró en ese punto de dolor mientras trataba de dilucidar qué era lo que lo estaba cortando, pero la mano estaba adherida a la estatua y la luz lo enceguecía.

El dolor empezó a moverse desde la palma de la mano hasta la parte de atrás. Se esforzó por mantener los ojos abiertos en contra de la luz. Las lágrimas le caían por las mejillas. Debajo de la piel, se movía un montículo circular, que tenía la misma forma y tamaño que las piedras que estaban en el pecho de la estatua. Centímetro a centímetro el dolor agonizante se deslizó desde la parte de atrás de la mano hasta la muñeca. Ya no estaba seguro de si estaba gritando, probablemente sí.

Entrecerró los ojos con fuerza, aunque seguía viendo la forma de la estatua que le quemaba la visión. El dolor abrasador alcanzó el hombro. Tenía la boca seca y sentía un sudor frío sobre el rostro. No sentía las piernas. La luz ya iba a la deriva por los túneles, junto con el dolor. Sintió que se caía al piso. Y seguía cayendo, cayendo hasta que lo único que sentía era el ardor que ya le llegaba al pecho.

Después no sintió más nada.

14

El sueño

—Despierta, hermanito.

Ghile se agitó cuando escuchó la voz de su hermano.

—¿Adon?

Ghile miró alrededor. ¿Dónde estaba? La gravilla se movía debajo de su cuerpo. Estaba acostado en la arbolada costa de un lago. No sabía con exactitud qué hora era. Se puso de pie.

El Sol estaba en lo alto del cielo, pero no se ubicaba en el lugar correcto. ¿Sería mediodía? Escuchó el canto de los pájaros. Hacía mucho más calor que en la primavera de la Cuna. Nunca había estado en esta zona. ¿Se habría quedado dormido en su cama? Ghile miró para todos lados, confundido.

Lo buscó a Adon, su voz había sido tan clara. ¿La habría soñado? ¿Estaba soñando?

—Sí y no—respondió Adon.

Ghile giró y se cayó de espalda, se movió gateando por las piedritas movedizas.

Adon se rio y sacudió la cabeza.

—Igual de torpe, eh.

Ghile intentó articular las palabras, pero solo logró abrir y cerrar la boca como un pez.

—¿Tú? ¿Dónde? ¿Cómo puede ser?—dijo al fin.

Adon se sentó en la orilla junto a su hermano menor. Levantó una de las piedras suaves y gastadas, la estudió un momento y luego la lanzó para hacerla rebotar sobre la superficie del lago. Los ojos de Ghile siguieron la piedra. En la orilla opuesta del lago, había un bosque. La tierra se elevaba sobre el agua para formar una pared de montaña rocosa que los envolvía como si fuera un recipiente.

—Adon, estás muerto.

—Sí, pero aquí estoy. ¿No es lindo?

—No entiendo—lo interrumpió Ghile.

—Digamos que ahora eres diferente y parte de esa diferencia es lo que te permite venir a este lugar cuando duermes. Estás soñando. Pero este lugar, tú y yo, no somos parte del sueño. Somos bastante reales.

Ghile reflexionó. Inspeccionó el cielo y el bosque que yacía a su espalda. Extendió el brazo y levantó una de las piedras: sintió el frío de la humedad, el peso. La apretujó y la aferró con firmeza, como si fuera un ancla a la realidad, tenía miedo de soltarla.

—¿Por qué?—preguntó Ghile.

—Para que aprendas, Ghile. Estoy muy contento por ti. Has sido elegido para algo muy importante. Hay secretos que los humanos alguna vez supieron y que nos los han quitado. Me han permitido compartirlos contigo esta vez. Enseñártelos.

—¿Por qué?

—Casualidad. Suerte. Destino. La verdad es que no importa. Eres tú.

Ghile lo miró fijo. Adon se quitó los pelos de la cara, como era su costumbre. Tenía esa nariz larga y fina, como la de su padre. Era Adon, tal como lo recordaba.

—Te extraño, Adon. Todos te extrañamos.

Adon se apretó el brazo.

—Lo sé, hermanito, lo sé. —Miró el lago, cerró los ojos y respiró hondo. —Me gusta este lugar. Ahora puedes venir a visitarme cuando quieras.

Ghile notó que algo se movía en el bosque, por encima del hombro de Adon. Vio que una sombra se desprendía del tronco oscuro de uno de los árboles. Había algo familiar en la criatura sombreada. Era una sombra alta y delgada, pero parecía más pequeña por su forma de moverse. Andaba encorvada, se frotaba las manos y demostraba inseguridad. Finalmente, se decidió y saltó hacia delante a una velocidad explosiva, para abalanzarse sobre Adon.

Ghile gritó para advertirle, pero era tarde: la criatura ya se había acercado y estaba justo detrás de Adon, pero justo antes de golpearlo, la sombra se chocó contra una fuerza invisible. Adon giró rápido y moviendo el brazo como para dar un empujón, arrojó a la criatura hacia el bosque. La mano nunca entró en contacto con la sombra.

La piedra que sostenía Ghile se cayó al piso, olvidada.

—¡Nadie te quiere aquí, sombra! ¡Fuera!—le gritó Adon a la criatura, que yacía revolcada.

Ghile vio que la forma oscura se incorporó tambaleándose y desapareció en los bosques, apretando las manos mientras se iba.

—¿Qué fue eso?—preguntó Ghile mientras veía partir a la criatura.

—Una criatura patética que por desgracia también vive en esta isla. — Adon lo miró a Ghile, con expresión seria. —No confíes en ella, Ghile. Intentó tenderme muchas trampas en varias ocasiones. Nunca debes hablarle o seguirla. Me quiero hacer daño, y ahora a ti también.

Ghile asintió.

—De acuerdo, lo recordaré. —No podía dejar de pensar en que había algo familiar en la sombra. —Adon, ¿cómo lo hiciste?

El hermano sonrió y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Eso es lo que te voy a enseñar.

15

Despierto

Una humedad fría recorría la frente y las mejillas de Ghile. Escuchaba una conversación que venía de lejos; reconoció las voces cuando se acercaron. Olió el aroma de humo, tierra y lana caliente.

Ghile abrió los ojos y vio a su madre arrodillada en el piso, a su lado. Cuando se cruzaron sus miradas, Elana apretó los labios para que no le temblaran, pero no logró evitar que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas.

—¡Está despierto, Erec!—gritó la madre.

El padre de Ghile se acercó y se arrodilló detrás de Elana. Tenía el rostro serio, pero Ghile reconoció alivio en sus ojos.

—Por tu culpa, tu madre casi se muere de preocupación, hijo. ¿Qué estabas haciendo en esas ruinas?

Ghile movió los labios para responder, pero le dolía la garganta como si se hubiera pasado la mañana fregando la casa con la lengua.

—Ahora no, Erec—suplicó Elana—. Toma, Ghile, bebe esto, —Le pasó una taza. El líquido se deslizó por la garganta de Ghile y se asentó en el estómago vacío. La bebida encendió espasmos de hambre que empezaron a estrujarle las costillas.

—Estoy muerto de hambre—declaró Ghile.

Los ojos de Elana se iluminaron y lo tomó de la mano.

—Bendita sea la Madre Superior, tiene hambre. Ya vuelvo—anunció la mujer.

—Gracias, Madre. —Ghile la vio caminar apresurada en dirección al hogar central. Estaba en casa. Ghile se incorporó para sentarse sobre el cálido tapete de dormir. Vio que la luz del día penetraba en la casa redonda a través de la puerta de entrada, las tres ventanas tenían las persianas individuales extendidas hacia fuera, apuntaladas con palos, para dejar entrar la luz y el aire de primavera. —¿Cómo llegué hasta acá, Padre?

Ecrec le echó un vistazo fugaz a Elana, que estaba apremiada preparándole la comida a Ghile. Cuando se dio vuelta, tenía las mandíbulas apretadas y las cejas fruncidas.

—Riff te trajo todo el camino desde las ruinas. Ghile, sabes que está prohibido entrar ahí. Tu obligación era cuidar del rebaño, no tenías nada que hacer en esas ruinas.

—¿Riff? ¿Dónde está?—preguntó Ghile.

—¿Qué?—La pregunta lo tomó por sorpresa a Ecrec. —Riff y el Maestro Almoriz siguen aquí. —Ecrec señaló con un gesto otra parte de la casa redonda, donde había unos sacos y bolsas de dormir. —Te acompañaron desde que Riff te trajo de vuelta. Pero eso no importa. No tengo idea en qué estabas pensando, hijo. Pero ya no vas a...

—¡Ghile! ¡Ghile!—gritó Tia desde la puerta. La hermanita atravesó la habitación corriendo con el bebé de paja bamboleándose entre sus brazos. Apenas llegó a frenar a tiempo para no chocarse contra Ghile, se abalanzó a sus brazos. —Me alegra que estés bien, Ghile. ¿Te comió un fantasma?—preguntó con los ojos llenos de ilusión.

Ghile sonrió y negó con la cabeza.

Ecrec levantó a Tia y la colocó en el regazo.

—Bueno, bueno, florcita, deja respirar a tu hermano. Acaba de regresar al mundo de los vivos. —Inhaló un poco de aire antes de continuar, pero en ese momento regresó Elana, se arrodilló y comenzó a verter cucharadas de un caldo caliente en la boca de Ghile. Ecrec resopló, derrotado. Ghile agradeció en silencio la interrupción de su madre.

—Puedo solo, Mamá, gracias. —Ghile tomó el cuenco y la cuchara. Elana le pasó un poco de pan y se sentó apoyándose sobre Ecrec.

Ghile los miró a los tres, apoyados unos sobre otros, mirándolo con caras de preocupación. Eran su familia. Tuvo una necesidad repentina de contarles sobre el sueño y sobre Adon, pero no lo hizo.

Una de las últimas advertencias que le dio Adon fue que no hablara con nadie sobre sus sueños o del entrenamiento. Le dijo que la gente no lo entendería. Las personas siempre le temen a lo que no entienden y que, con suerte, pensarían que estaba loco.

—Vaya, miren quién está de vuelta entre los vivos. —El Maestro Almoriz había entrado a la casa redonda, seguido de cerca por Riff.

Ghile sonrió y empezó a bajar el plato de comida para recibirlos como

correspondía.

—No, no, joven Ghile—lo reprendió Almoriz—. Tienes que recuperar fuerzas. Hace dos días que estás dormido.

—¿Dos días?—murmuró Ghile.

A Ghile le parecía que había estado entrenando en la isla con Adon durante casi una semana. Tuvo el tiempo suficiente para explorar el lugar del sueño. Era una isla boscosa salpicada por pequeños claros, bastante chica como para recorrerla entera en medio día. En el centro, Adon le enseñó un roble enorme con el mismo espesor que una casa redonda, que se erigía hacia los cielos con una altura impresionante. Ghile podía sentarse en una de sus raíces y los pies le colgaban varios metros sobre el piso. En ese lugar fue donde entrenaron y descansaron. No había necesidad de buscar un refugio, porque el clima era cálido y casi nunca llovía. Ghile se había sentido seguro: nunca soñó, nunca tuvo hambre, siempre se despertaba como nuevo y listo para seguir aprendiendo.

La isla estaba ubicada en el medio de un gran lago de montaña, los peñascos cubiertos de bosques se alzaban en todas las direcciones y en el horizonte, sobre las aguas del lago. En cada punto cardinal, había una cascada independiente que vertía sus aguas en el lago. Era un lugar hermoso.

Adon le contó que ese era su nuevo hogar y que Ghile podía visitarlo en sus sueños. ¿Cómo iba a explicarle a alguien todo esto? Adon tenía razón, nunca le creerían.

—Riff, gracias por rescatarme—agradeció Ghile.

Riff sonrió.

—Me topé contigo, estabas tirado en el medio de una de las habitaciones de las ruinas, inconsciente. No podía despertarte. Me diste un buen susto.

Ghile estaba confundido.

—¿En el medio de una habitación? ¿Qué pasó con la estatua?

Riff miró a Almoriz de reojo antes de responder.

—¿Estatua? No había ninguna estatua, Ghile. Esas ruinas no son más que habitaciones y pasillos vacíos.

—No, había una puerta en el piso con una gran manija de metal. La abrí y encontré unas escaleras que descendían. Abajo había una estatua. —Todos lo miraban fijo, Riff sacudía la cabeza.

—Riff estaba en las ruinas buscando fuentes para mí—explicó el Maestro Almoriz—. Aunque es un lugar que es mejor evitar...

—Está prohibido, Maestro Almoriz—corrigió Ecrec.

—Tenemos necesidades que sobrepasan las restricciones de los enanos, antes encontramos fuentes allí. Pero es un lugar oscuro lleno de piedras irregulares y de grietas. No tenías nada que hacer ahí, Ghile, y tuviste suerte de que Riff te encontrara.

Ghile no entendía lo que pasaba. ¿Por qué Riff no admitía que lo había encontrado en una habitación que contenía una estatua zumbadora y brillante? Se resistió las ganas de tocarse el pecho. Todos lo miraban con una mezcla de confusión y compasión. Todos menos el Maestro Almoriz y su padre: sus miradas eran intensas, casi enojadas. Ghile también estaba molesto y presentía que la forma en que lo miraban se debía a preocupaciones diferentes. Pero también entendió que ese no era el momento de hacer averiguaciones, así que cambió de tema.

—¿Y el rebaño?—preguntó.

—Por suerte Ast y Cuz lo cuidaron bien—dijo Ecrec—. Pero la verdadera pregunta es qué estabas haciendo en las ruinas.

—Padre, lo siento, lo vi a Riff. —Empezó a contarle sobre Gar y Bralf, como lo había hecho tantas veces, pero temía la mirada de pena que le daría su padre. Antes de que pudiera continuar, Ecrec dejó a Tia en manos de Elana y se levantó.

—Maestro Almoriz, como ve, él está bien. Es hora de que usted y su aprendiz se vayan.

—Ecrec, por favor—le pidió Elana.

—No, Elana. Ghile nunca se hubiera acercado a esas ruinas. Conoce el lugar. No quiero que *se llene* la cabeza con tonterías. —Ecrec levantó un dedo y señaló a Riff.

—¿Yo?—dijo Riff—¿Por qué es mi culpa? Yo te lo traje de vuelta.

Empezaron a hablar todos juntos. Para no ser menos, Tia se largó a llorar.

Ghile tenía que salir. Hizo un gesto de dolor y dijo que tenía que salir.

Los demás se callaron y se corrieron para dejarlo levantarse. Salió corriendo hacia el reconfortante aire libre. Escuchó que todos volvían a hablar y se apuró más.

Los conocidos lo saludaron con alegría y gestos, preguntándole si estaba bien. Les contestó a todos y se dirigió hacia las letrinas que estaban cerca de la pared de la empalizada más lejana. Cuando entró en una, se desató rápido la túnica y la levantó por encima de la cabeza. Olía a sudor viejo.

Se palpó la piel con los dedos hasta llegar al centro del pecho. Ahí sintió la superficie dura de una piedra redonda incrustada en la piel. Intentó moverla pero fue en vano, estaba unida firmemente al hueso. La piel de alrededor estaba suave y rosada, para nada irritada a pesar del nuevo complemento. La mano izquierda no tenía ninguna marca tampoco.

Entonces no fue un sueño.

Se dio vuelta y miró la puerta. La cerró despacio y bajó el pestillo, sin tocar nada.

16

Por las montañas

A la manada le llevó un buen tiempo atravesar el paso de la montaña. El viento soplaba fuerte, batiendo la nieve en ráfagas, que cegaba parcialmente los ojos de Muk. El duende enterró la cara en el lomo de Fauces Sangrientas para protegerse, pero en seguida se arrepintió. El animal apestaba a pelos mojados y almizcle grasiento de worg.

Le dolían las rodillas. El lomo del worg era muy ancho. Se preguntó si sus compatriotas duendes sufrirían tanto cuando cabalgaban los lobos. Fauces Sangrientas era dos veces más grande.

Aparentemente, la bestia era ajena a la tormenta de nieve. Su poderosa zancada no había disminuido de intensidad durante horas, saltaba de un afloramiento rocoso a otro, pisando la nieve solo cuando era necesario. Al principio, Muk se quejó de Fauces Sangrientas porque elegía saltar de roca en roca y tomar un camino más directo a través del paso, pero gracias a las imágenes que se formaban en la mente del worg, Muk entendió que corrían el riesgo de ser devorados por las numerosas grietas que estaban ocultas bajo la nieve y decidió cerrar la boca.

Muk se agarró con fuerza y miró la blancura de alrededor: no se distinguía prácticamente nada. Inclinando la cabeza, podía oír el sonido ocasional del fuerte impacto de una pata contra la piedra o la nieve compacta. La manada se estaba esforzando para seguirle el ritmo a Fauces Sangrientas, que llevaba un paso agotador.

Como alfa de la manada, Fauces Sangrientas era el más grande y agresivo. También era el más difícil de controlar, por eso Muk lo jineteaba. Era más fácil dominar y controlar sus mentes cuando estaba cerca. No obstante, reconoció con orgullo que cada vez le resultaba más fácil controlarlos incluso de lejos.

Al principio, perdía el control sobre los animales que se alejaban, lo que lo obligaba a reafirmar su voluntad cuando volvían a la manada confundidos y furiosos. Pero ahora los controlaba a todos, excepto a Fauces Sangrientas: los

pensamientos del worg alfa rasgaban la periferia de la mente, cavaban, inspeccionaban y buscaban una debilidad o defecto, cualquier cosa que le permitiera retomar el control.

Muk no podía permitirlo. No había dudas de cuál sería su destino si perdía el control del worg. Lo que Fauces Sangrientas y su manada le habían hecho a Bulak seguía marcado a fuego en su memoria. Muk sonrió, relamiéndose los pequeños dientes afilados, al recordar que ahora él era el líder de los Acechadores Negros.

Muk había entrado orgulloso a la guarida de Bulak. Era uno de los pocos edificios en esa parte de la ciudad humana abandonada que tenía algo parecido a un techo. La guarida tenía muchas entradas a través de las incontables grietas de las paredes. Muk eligió entrar por la puerta central, que estaba reservada para el jefe de la tribu. Ningún otro duende tenía permitido usar esa puerta, salvo Bulak.

El líder de los duendes estaba sentado sobre la colección de tesoros recolectados, rodeado de sus guardaespaldas peludos. Los lobos se levantaron al sentir el descontento del amo, se les erizaron las plumas de los cuellos y esperaron la orden de despedazar a Muk. Los duendes que estaban reunidos en la guarida se quedaron mudos e intercambiaron miradas furtivas. Muk supo que estaban esperando ver cómo reaccionaría el líder ante semejante insulto. Algunos de los guerreros más viejos sonrieron con malicia, sabían que estaba muerto. Muk era un simple recolector de tesoros, no era guerrero. No tenía seguidores ni lobos que apoyaran su liderazgo.

Bulak no se levantó: solo señaló a Muk y se rio, los demás se unieron con risas. Muk gruñó y apretó los puños. No sabían cuánto había cambiado, ahora era fuerte y muy pronto lo iban a descubrir.

Bulak se agachó y les murmuró algo a los ansiosos lobos, sin quitarle la vista de encima a Muk. A juzgar por su sonrisa, Bulak pensaba que el joven advenedizo estaba a punto de morir. Los lobos rugieron y avanzaron de un salto, peleándose entre sí para ver quién agarraba primero a la presa.

Muk los ignoró e inspeccionó la guarida. Observó cómo los ojos de los otros duendes seguían la trayectoria de los lobos atacantes. Algunos lo miraron a Muk incrédulos, preguntándose por qué no huía en vez de quedarse parado. Muk los ignoró a todos.

Se concentró y sintió las mentes de los lobos. Era como si pudiera extender los brazos y tocar sus pensamientos, sintió la adrenalina de la cacería

en su interior. Ya estaban muy cerca. Su voluntad se expandió y se apoderó de las mentes de los lobos. Los destrozó, jaló de los hilos despedazados de sus mentes, se alimentó de ellos. El impacto sobre los lobos fue instantáneo: algunos se cayeron al piso y se revolcaron de dolor; otros saltaron y giraron para escapar del enemigo invisible. En cuestión de segundos, estuvieron todos desparramados por el piso, en frente de Muk, retorciéndose en agonía. Sin la mente, el cuerpo muere.

Atravesó la guarida con la vista hasta localizar a Bulak. El líder de los duendes ya no sonreía. Ahora era el turno de Muk para sonreír. Levantó los brazos hacia el cielo para generar impacto mientras hacía las convocatorias mentales. La manada de worgs penetró por las distintas entradas como un conjunto. De inmediato, la sorpresa en el rostro de Bulak se transformó en miedo. Llamó a sus guardias duendes para que lo protegieran.

Bajo el control mental de Muk, Fauces Sangrientas y la manada se abalanzaron sobre Bulak y los pocos guerreros de la tribu que eran tan tontos para quedarse a proteger al líder. Muchos huyeron, porque los duendes le temen a los worgs. Todos, excepto Muk.

Muk caminó y pasó de largo por el banquete que se estaban dando los worgs, y se acomodó sobre los tesoros de Bulak. Muk reconoció un escudo humano antiguo que él mismo había recolectado. Todo era suyo ahora.

Recordó los días que siguieron a continuación, que fueron muy placenteros. Sus seguidores fueron creciendo a medida que otras tribus de duendes se enteraban de que el líder de los Acechadores Negros usaba worgs como guardaespaldas. Bajo su liderazgo, el territorio de su tribu dentro de la ciudad creció. Los lobos que usaban los otros duendes no tenían chance alguna contra los enormes worgs. Muk llegó a pensar que algún día gobernaría la ciudad entera. Hasta podría desafiar a los enanos que patrullaban las afueras de la ciudad, montados sobre sus criaturas voladoras.

Fue entonces cuando el duende del sueño le contó sobre la existencia de otra piedra; una que le concedería mucho más poder. También le dijo dónde encontrarla. Muk no estaría satisfecho hasta tenerla. Algo había cambiado en su interior y ya no se contentaba con ser el líder de los Acechadores Negros, o de todas las tribus distribuidas entre las ruinas de la ciudad humana. Había cambiado desde que encontró la piedra de la estatua humana. Gruñó cuando recordó el dolor.

Muk corrió un riesgo cuando se soltó del pelaje de Fauces Sangrientas

para tocarse el pecho. Ahí estaba la piedra, era un montículo duro incrustado en la piel. Al principio había intentado quitársela, pero ahora no quería hacerlo por nada del mundo. Él y la piedra eran uno solo. Muk sabía que los sueños aparecían por la piedra y en ellos aparecía el duende.

El duende del sueño le había enseñado muchas cosas. Aprendió a localizar y tocar las mentes de los animales y obligarlos a obedecer. Eso fue solo el comienzo. Ahora también podía penetrar las mentes y conocer cómo hacían las cosas. Estaba aprendiendo a tomar los pensamientos de otros como propios. Podía correr tan rápido como un lobo o treparse a las paredes como las enormes arañas que habitaban las profundidades de las ruinas. Los animales pequeños eran muy débiles y morían cuando se les arrebataban sus habilidades de las mentes. ¡Qué difícil había sido al principio! Y qué fácil que era ahora. Las habilidades robadas no duraban mucho tiempo, pero podía tomarlas prestadas con mucha más facilidad ahora.

Se sacudió y casi se cayó del lomo de Fauces Sangrientas cuando el worg saltó por encima de una grieta grande y aterrizó con torpeza del otro lado. Muk maldijo y se metió dentro de la mente del animal para retarlo por la incomodidad causada.

—Ten más cuidado. —Quedó a la espera de las disculpas serviles que seguirían.

—Perdón, Amo. La grieta era ancha—respondió Fauces Sangrientas con un ladrido grave.

Muk estaba feliz, disfrutaba del respeto que imponía su nuevo poder. Pero no era suficiente, se repetía. Aunque lo intentara, no podía entrar en las mentes de los otros duendes. Parecía que solo tenía acceso a las mentes de los animales. No obstante, el duende del sueño le había prometido que la piedra mágica que se encontraba del otro lado de las montañas le otorgaría más poder.

El duende del sueño le había mostrado la piedra y a la persona que la llevaba. Cómo odiaba a ese niño humano. ¡Cómo se atrevía a usar la piedra de Muk! Iba a encontrar al chico y quitarle la piedra. El resto se lo dejaría a Fauces Sangrientas.

—¿Estás seguro de que este paso atraviesa las montañas, Fauces Sangrientas?—Pensar en el premio lo estaba impacientando.

La respuesta del worg hizo eco en su mente.

—Sí, Amo. La montaña fea no está lejos.

Ojalá pudiera ver a través de la maldita nieve para ubicar la montaña fea él mismo. La había visto en sus sueños y en los pensamientos de Fauces Sangrientas, pero eran imágenes brumosas. Si estuviera de pie, estaría saltando de un pie a otro por la impaciencia.

—Encuentra la montaña y encontrarás al niño—le había dicho el duende del sueño. Sí, Muk iba a encontrar al humanito. Lo iba a encontrar y matar.

17

Hay más

—Nunca confíes en ellos—le dijo Adon.

Ghile estaba recostado sobre una de las muchas ramas que se extendían del roble gigante ubicado en el centro de la isla, descansando con los pies colgados a cada lado de la rama. Adon había decidido usar ese tiempo para reforzar sus opiniones sobre los enanos.

—No lo haré, Adon. —se lo aseguró Ghile. Luego miró para todos lados para ver si la sombra estaba tratando de atacarlos de nuevo. Lo único que se movía era la brisa cálida. Parecía que hoy estarían en paz.

Adon estaba parado en el suelo, a pocos metros de Ghile, y lo miraba con preocupación. Ghile sabía la opinión que tenía Adon sobre los enanos. ¡Y con razón! Ellos le habían quitado la vida. Si Ghile no hubiera encontrado la piedra mágica, Adon seguiría perdido en el más allá.

—Adon, ¿estás seguro de que no recuerdas lo que pasó? ¿Dónde estuviste? —indagó Ghile, que quería saber lo que pasaba después de la muerte.

Adon se negó a hablar del sacrificio y solo recordaba vagamente cómo era la vida después de la muerte junto a los ancianos. La actitud reticente de Adon no fue impedimento para que Ghile sacara el tema de conversación una y otra vez siempre que quedaba algún rato libre después de entrenar.

—Ya te conté todo lo que recuerdo, hermanito—dijo Adon.

—Lo siento, Adon. Es que es tan increíble. —Ghile agitó las manos. — Mira este lugar. Lo que podemos hacer. Y funciona igual cuando estoy despierto, es increíble. ¡Y no le puedo contar a nadie!—gritó Ghile en dirección al bosque.

Adon sonrió ante el exabrupto de su hermano.

—Así es, hermanito...a nadie. Los enanos te matarían si lo descubrieran. Sigo sosteniendo que pasar esas pruebas de madurez es una tontería.

Ghile movió la cabeza.

—¿Qué quieres que haga, Adon? Sabes que son obligatorias.

—Huye, Ghile. Empaca todo lo que necesites y vete.

—¿Adónde? La Cuna es mi vida.

Adon negó con la cabeza.

—Ya no, Ghile. Las cosas cambiaron, tú cambiaste.

Ghile no estaba de acuerdo, pero había algo de cierto en las palabras de Adon: había cambiado. Siempre había soñado con abandonar la Cuna y llevar una vida de aventuras, pero ahora que estaba en el umbral de la decisión, no sabía si era capaz de hacerlo. ¿Qué pasaría con su familia? ¿Cómo iba a abandonar a su madre? ¿Qué pensaría su padre? ¿Que se había escapado de las pruebas? Y estaba el problema de los enanos. ¿Lo descubrirían?

Las pruebas de madurez eran una tradición y una cuestión de honor para su pueblo. Todas las chicas en edad de casarse iban al festival. Por ley, había que participar de la Ceremonia de Atrición. Había que hacerlo por el bien de todos.

—¿Por qué me enseñaste esto, Adon? ¿Por qué yo?—A Ghile se le cerró la garganta y le picaban los ojos. Pero no quería llorar. Respiró hondo y tragó saliva. —Estoy contento de verte, pero yo no pedí esto.

Adon asintió.

—Lo entiendo. —Caminó hasta el siguiente tronco grande y lo miró a Ghile. —Es un conocimiento que estuvo perdido durante mucho tiempo. Tú me encontraste, ¿te acuerdas?

Ghile asintió y cerró los ojos.

—Lo hecho, hecho está.

Adon lo observó.

—¿Entonces te vas a ir?

—No—refutó Ghile—. No voy a lastimar a nuestra familia. Tú y este lugar serán un secreto. Voy a aprender el conocimiento de los antepasados. Pero no voy a abandonar a nuestra familia.

Adon se quedó mirándolo fijo con pena en los ojos.

—Y voy a tomar y pasar las pruebas de madurez y la Ceremonia de Atrición—agregó Ghile.

Adon meneó la cabeza, pero se decidió por no seguir insistiendo con el tema.

—Está bien, hermanito.

Ghile se bajó de la raíz deslizándose y dejó caer al suelo. Se concentró en sus pies e impuso su voluntad sobre ellos. Se imaginó que su voluntad era una

fuerza tangible y la dirigió hacia las plantas de los pies. Veía la fuerza en su mente, que empujaba para salir y formaba un plano brillante y grueso.

Sintió la desaceleración del descenso cuando tocó el suelo con el plano de fuerza y lo aplastó. Agitó las manos para mantener el equilibrio cuando el movimiento se detuvo, casi había alcanzado el suelo cuando la presión fue demasiado fuerte y la fuerza que había creado su voluntad se desvaneció de golpe.

Dejó caer el otro pie y absorbió el resto del impacto con las rodillas. Luego miró la parte superior de la raíz de la que había saltado y calculó que serían unos 6 metros de altura. Le sonrió a Adon.

—Nada mal—le dijo su hermano en señal de aprobación.

Ghile se rio y fingió sentirse insultado.

—¿Nada mal?!

Adon contestó con aire de superioridad.

—Sí, nada mal.

De pronto, una piedra grande salió volando de las manos de Adon al tiempo que gritaba:

—¡Pero puedes hacerlo más rápido!

Ghile solo tuvo un instante para reaccionar, concentró sus pensamientos y levantó la mano, forzando su voluntad en el proceso. Solo hacía falta un poco de fuerza para desviar la piedra, ¿qué tal si generaba el mismo campo de fuerza que había usado para desacelerar la caída? Justo cuando la piedra lo estaba por alcanzar, la detuvo en seco. Antes podía hacer rebotar las piedras contra el escudo de fuerza que creaba, pero ahora también podía detener los movimientos. Cuando la piedra se detuvo por completo, Ghile la alejó usando el campo de fuerza.

La piedra regresó volando en dirección a Adon, cuyos ojos se abrieron de par en par mientras extendía un brazo y desplegaba una fuerza frontal para bloquear el pequeño proyectil. Ahora sí movió la cabeza en señal de total aprobación.

—¡Nada mal!

Ghile sonrió. Era un entrenamiento tan diferente a otros que había hecho. Sentía que esta actividad era natural para él. Le gustaría que Gar y Bralf le arrojaran piedras ahora.

—¿Ghile?—Adon se había acercado, Ghile notó que había cambiado de actitud.

—¿Sí?—le contestó.

—¿Te alegra que esté en este lugar, no?

—Claro, sabes que sí. ¿Por qué me preguntas eso?

En ese momento, Ghile escuchó unas ramitas que se quebraban detrás de él. Se dio vuelta rápido y vio que la criatura sombreada desaparecía detrás de un matorral. Los había estado observando.

Ghile colocó la mano sobre el morral, bastaba con arrojar una piedra en el momento justo.

—No, Ghile, no lo hagas—dijo en voz alta Adon, tomándolo de la mano.

Ghile se sorprendió por el pedido de su hermano. Adon le había dicho que no debía de confiar en la sombra y él había usado piedras y hasta magia para espantarla.

—¿Por qué no?—preguntó Ghile, sacando la mano del morral mientras veía que la criatura se perdía en el bosque. Ghile se preguntó por qué Adon había hablado tan alto, si estaban uno al lado del otro.

Adon esperó a que la criatura se fuera y después bajó las manos. Se dio vuelta y empezó a caminar en la dirección opuesta.

—Ya se estaba yendo, no era necesario atacarla—explicó Adon.

—Pero dijiste que era peligrosa y que no había que confiar en ella. Trató de atacarnos muchas veces y atraerme al bosque muchas otras. —Ghile seguía sin entender por qué la sombra atacaba a Adon tan abiertamente, y a él solo intentaba atraerlo al bosque para atacarlo. Le preguntó a su hermano.

Adon encogió los hombros.

—Tal vez porque sabe que yo soy el maestro y la amenaza principal.

—¿Por qué no la cazas y la matas?—preguntó Ghile, que tampoco entendía por qué la criatura estaba ahí si este lugar era una creación de sus sueños. Sin dudas, no habría soñado con un monstruo acechador que habita en una isla paradisíaca.

—No serviría de nada, hermanito. Lo intenté cuando no estabas conmigo y siempre desaparece. Es especialista en esconderse cuando quiere.

Finalmente, Ghile se dio por vencido.

—De acuerdo.

—Vamos, a practicar otra vez—ordenó Adon.

18

Un peso pesado

—¿Así es la muerte?—preguntó Ghile.

Estaba recostado sobre el roble gigante, los dibujos marcados en su superficie funcionaban de maravilla para rascarse la espalda. La brisa cálida, el silencio del bosque, además de un día completo de entrenamiento, estaban surtiendo efecto. Sentía los párpados pesados. La respiración iba cayendo al ritmo lento de cuando uno se está por dormir.

Adon estaba recostado sobre otro tronco, cerca de Ghile, y miraba el cielo.

—Vas a seguir preguntando, ¿no? Aunque ya te dije que no me acuerdo mucho—afirmó Adon. Sacó las manos de atrás de la cabeza y las cruzó sobre el pecho.

Ghile levantó los hombros y dibujó una sonrisita en su cara.

—Algo tienes que recordar. Conoces todos estos secretos que guardaban nuestros antepasados. Tuviste que haber hablado con ellos.

—No les hablé, los escuché—interrumpió Adon. Se quedó un momento en silencio y después suspiró, parecía que al fin se había resignado a contar algo—. Los escuché. Ghile, la vida después de la muerte no es como esta. Aquí estamos en un lugar físico, hay una isla y un bosque, que están ubicados en el medio de un lago enorme rodeados de montañas—explicó Adon.

Ghile asintió.

—¿Pero qué hay detrás de las montañas?

Ghile lo pensó un rato y miró las montañas distantes a través de las ramas.

—Nunca lo pensé bien. Supongo que más montañas.

—No estoy tan seguro. Me parece que esto es un lugar intermedio. No creo que podamos salir de la isla y atravesar las montañas, como tampoco podemos respirar el agua del lago. Este lugar es real, no me malinterpretes, pero no es ningún lugar de Allwyn.

Ghile reflexionó un momento.

—¿Y cuando mueres, no vas a un lugar así?

—No, para nada. Es como soñar. No es desagradable, es lindo, como un sueño lindo. Pero como en todo sueño, estás pero no estás. Ves las cosas, experimentas cosas de tu vida pasada, pero no estás *ahí*—explicó Adon, poniendo mucho énfasis en esta última palabra.

—¿Y cómo hiciste para escuchar a los ancianos?—Ghile no entendía mucho de sueños. Sabía que ahora estaba soñando. Pasó la mano por el tronco del viejo roble. *Es tan real*, pensó.

Adon tuvo que pensar un rato antes de responder.

—Bueno, imagina que estás en un campo lleno de personas. Estás tirado en el pasto con los ojos cerrados.

Ghile se imaginó la situación que proponía Adon. Vio a todas las personas congregadas a su alrededor.

—Ahora imagina que está totalmente oscuro. No hay estrellas ni luna. Entonces todos empiezan a susurrar las historias de sus vidas.

Ghile se imaginó la escena y comprendió lo confuso que era.

—Sonarían como el zumbido de un montón de abejas—concluyó.

Adon se rio entre dientes.

—Sí, al principio sí. Pero con el tiempo logras bloquear las que no te interesan y te concentras en las que sí.

—¿Así es para siempre?—Ghile no sabía si le gustaba la idea: estar en un lugar pero no estar, pasarse la eternidad escuchando los recuerdos de otras personas sobre sus vidas, que los demás escuchen tu historia. —¿Estabas reviviendo tu vida? ¿Los demás te escuchaban?—preguntó Ghile.

—Claro, aunque al principio no te das cuenta. No olvides que no solo escuchas, porque cuando te concentras en un recuerdo específico, lo ves como si fuera un sueño. Eso hice durante mucho tiempo. Hay algunos soñadores viejos en ese lugar, Ghile.

—¿Quieres volver?—Ghile empezó a preguntarse si habría hecho mal en traerlo a este lugar. Tal vez tenía que estar en el más allá, y ahora por culpa de Ghile, había quedado atrapado para siempre en este lugar intermedio.

—No—contestó Adon enfáticamente—Ghile, ¿sabes lo que faltaba? ¿Algo que tendría que haber estado pero no estaba?

Ghile se inclinó hacia delante, concentrándose en los rasgos de Adon.

—Enanos. O cualquiera de las otras razas de Allwyn. Solo había humanos soñando. Creo que no tenemos que quedarnos ahí para siempre, no existe la

vida después de la muerte. Me parece que ahí van algunos de los humanos, desde que nuestro dios fue desterrado.

—¿Desterrado? Lo apresaron, Adon. Daomur e Islmur lo derrotaron en una batalla y lo metieron preso debajo de la ciudad montaña de Daomount.

Adon sacudió la cabeza.

—Pero su prisión no está en Allwyn, Ghile. Hay soñadores que todavía recuerdan los tiempos de la Gran Purga, cuando los enanos y los elfos masacraron ciudades enteras de humanos. Vi algunos de esos recuerdos, Ghile, fue una época horrible.

Ghile tragó saliva y se preguntó qué otras cosas habría visto Adon durante esos cuatro años desde que los enanos lo habían sacrificado.

—La Madre Superior, Allwyn, se despertó y ordenó detener la matanza. No quería que nos destruyeran. Los humanos somos especiales para ella, Ghile. Creo que por eso solo permite que los descendientes de aquellos que la despertaron escuchen sus sueños. Al igual que nuestro creador, Haurtu— explicó Adon.

Ghile se encogió al escuchar el nombre del dios y se protegió el corazón con una mano.

—No digas ese nombre, Adon. El devorador te va a escuchar si mencionas su nombre.

Adon sonrió como si se tratara de un chiste interno.

—No es gracioso, Adon—lo retó Ghile.

—Es cierto, no es gracioso. Las personas de la Gran Purga terminan en un sueño interminable en vez de ir a donde tienen que ir, todo porque los otros dioses estaban celosos de Haurtu. No solo ellos, en realidad. ¿Por qué me fui ahí? Creo que es porque me sacrificaron. Había otros que también fueron sacrificados, tal vez todos.

Ghile se quedó con la mirada fija y no encontraba las palabras para responder. Nunca lo había escuchado hablar de los dioses y de las historias de esa forma. ¿Qué había visto en sus sueños? El miedo lo ayudó a concentrarse.

—Adon, el Devorador se comió a sus propios hermanos y hermanas— declaró Ghile después de un rato.

Adon hizo una mueca de dolor.

—No seas tonto, Ghile, no se hizo una sopa con sus cuerpos y les mordisqueó los huesos.

Ghile se imaginó un monstruo gigante que se atragantaba con partes de

cuerpos, que chupaba una pierna con sus labios húmedos y movedizos.

—Eso dicen las historias—dijo Ghile a la defensiva. No sabía por qué, pero de alguna manera sentía que su posición era la correcta, por eso la defendía.

—No, absorbió a los otros dioses, pero los incorporó a él, como cuando viertes el contenido de dos tazas de agua en una taza más grande. Haurtu intentaba convertirse en el Padre Superior para unirse a Allwyn en el sueño. Eso es lo que quería Allwyn que hicieran sus hijos. Los demás tenían mucho tiempo para ni siquiera intentarlo.

Ghile puso cara de haber probado algo agrio.

—¿Quería casarse con su madre?

Adon lo miró como si Ghile se estuviera poniendo denso a propósito. Era la misma mirada que le daba cuando Ghile fracasaba haciendo alguna tarea y Adon se lo había explicado como cuatro veces.

—Ella creó a los dioses, Ghile. Para nosotros es su madre, pero no para ellos. Ella es un ser poderoso que les dio la vida con un propósito que nunca reveló. Haurtu era conocido como Haurtu el Sabio, era el dios del pensamiento y el aprendizaje. —El rostro de Adon se llenó de asombro cuando visualizó sus recuerdos. —Ghile, deberías ver las ciudades y los templos que construimos en su nombre. Había enormes librerías llenas de libros. —Adon vio el gesto de confusión en el rostro de Ghile cuando mencionó la palabra *libros*. —Son tablas como las que usan los enanos para preservar las palabras, para que otros las digan después. Vi esas ciudades en sueños, Ghile, eran impresionantes. Algunos de los soñadores eran buenos sacerdotes de Haurtu, aprendí mucho de ellos. No somos una raza maldecida, Ghile. Los enanos nos están castigando porque fuimos creados por Haurtu y los otros dioses estaban celosos de su ambición.

—Si tenía razón y Allwyn quería que sus hijos, es decir, sus creaciones se consumieran unos a otros y se unieran a ella, ¿por qué creó tantos?—Ghile pensó que tenía un buen argumento y se reclinó para ver cómo respondía Adon.

Si Adon estaba molesto, no lo demostraba.

—Todo tiene sentido, Ghile. Piensa en Allwyn y las criaturas que la habitan. Todos se esfuerzan por sobrevivir, todos aprenden a crecer y hacerse más fuertes o son destruidos y devorados por los más fuertes. Si así con las

cosas en el sueño de la Madre Superior, entonces es lógico pensar que es su manera de hacer las cosas, de encontrar su par.

Ghile lo pensó y entendía a lo que se refería su hermano, hasta llegó a estar de acuerdo en cierto punto. Pero no podía quitarse de la mente la imagen de los grandes labios devoradores.

19

Viaje a Ciudad Lago

Los vientos cálidos de las tierras bajas entraban al Valle Superior proclamando el arribo del corto verano. Los días eran más largos que nunca y los habitantes de la Última Aldea aprovechaban las horas adicionales de luz. La nieve seguía depositada en los picos más altos y en la cima del Cuerno, pero los pastos del valle eran abundantes y lucían verdes.

La Última Aldea era un ajetreo de actividad por las preparaciones para viajar hacia Ciudad Lago, como todos los años. Los carros tirados por bueyes eran cargados con vellones elaborados y listos para vender y con el diezmo anual que se debía a los enanos. Los que no podían viajar a pie se ubicaban en la parte superior de los carros entre las lanas, los jóvenes los saludaban mientras jugaban corriendo entre los carros.

El grupo de niños que estaban en edad de tomar las pruebas de madurez corrían carreras y peleaban luchas de mentira, presumiendo lo bien que les iría. Nadie mencionaba la Ceremonia de Atrición que siempre se realizaba antes de las pruebas. Era un riesgo conocido que todos aceptaban. Que los presentes recordaran, solo se habían sacrificado a tres humanos más, además de Adon. Algunos opinaban que era un pequeño precio a pagar a cambio de que los enanos no exterminaran a la raza humana por completo.

Las últimas semanas habían pasado muy rápido para Ghile desde que se despertó de su experiencia en las ruinas. Tanto Almoriz como Riff no habían respetado el pedido de Erec de abandonar la Última Aldea. Riff se encontraba cargando los últimos sacos sobre la mula.

Cerca de Riff, Almoriz estaba sentado en el piso, fumando la pipa y observando al joven con la fascinación y la paciencia que suelen demostrar los ancianos. Lo miraba a Ghile, que apartaba la vista rápido y se daba vuelta hacia el carro de su padre para hacer de cuenta de que estaba verificando que el equipaje estuviera seguro.

Desde el accidente en las ruinas, el viejo hechicero y el aprendiz habían estado actuando de modo diferente. Ghile no entendía por qué Riff no admitía

dónde lo había encontrado, incluso cuando le preguntó a solas una noche, hacía unas semanas, seguía jurándole que no había ninguna estatua. Ghile había intentado volver a las ruinas otra vez, pero entre Riff, Almoriz, su padre y madre, nunca se había quedado solo un segundo para escaparse. Su padre le había ocupado el tiempo libre que normalmente tenía durante el verano con entrenamientos de lanzas y escudos, lo hacía subir y bajar corriendo el valle, levantar piedras y moverlas hacia las paredes de pastura sin ayuda del carro. Estas actividades servían para aumentar la fuerza muscular y prepararlo para las pruebas.

Gar y Bralf lo habían evitado desde el accidente de las ruinas. Tal vez tenían miedo de que Ghile le contara a Ecrec que ellos habían tenido algo que ver con que su hijo apareciera inconsciente dentro de las ruinas prohibidas. Finalmente tuvo que admitir que se había tropezado en la oscuridad y golpeado la cabeza, aunque cualquiera que lo hubiera visto mientras dormía sabía que no tenía ninguna herida en la cabeza.

La alternativa era decir que se había desmayado por miedo a perderse, pero esa idea no le gustaba para nada. Ya eran suficientes las bromas con las que tuvo que crecer por su torpeza y su estatura, aunque ya estaba acostumbrado. Tenía que admitir que las cargadas que soportó de Gar y Bralf no impedían que recordara su juventud con cariño.

Sabía que cuando regresara a casa, volvería como un hombre y que su infancia quedaría en el pasado. Iba a ser todo un hombre, listo para casarse y formar su propia familia. Claro que no había nada más alejado de sus intenciones, si bien sabía que formar una familia era una de las cosas más importantes en las que pensaban su madre y las otras madres de los niños que tomaban las pruebas de madurez. Lejos de los mercados, las madres de distintos poblados se juntaban para buscar parejas potenciales para sus hijos. Era frecuente que un niño pasara la prueba y al tiempo se casara por decisión de sus padres, que buscaban nietos o la dote de la hija.

¿Pero volvería a casa? ¿Qué pasaría si le pedían quitarse la ropa? No recordaba que fuera parte de la prueba pero, ¿y si lo era? ¿Alguien notaría el círculo prominente que llevaba en el medio del pecho? ¿El sacrificador se daría cuenta? ¿Eso era lo que buscaba? Ghile recordó la historia de Haurtu, el Dios Hambriento, que había enloquecido, matado y devorado a los otros dioses.

¿Y si lo que le estaba pasando formaba parte de un plan de los enanos?

¿Adon habría estado en las ruinas y encontrado la estatua también? ¿Por eso aparecía en el sueño? Si lo sacrificaban como a Adon, ¿desaparecería para siempre?

Pensó en todas esas incógnitas. El sueño era un lindo lugar y, a pesar de esa sombra ridícula que merodeaba la isla y que cada tanto intentaba sin mucha astucia atacar a Adon o atraer a Ghile hacia el bosque, era una especie de paraíso.

El tiempo que pasó con su hermano Adon le sirvió para recordar cuánto lo extrañaba. Adon estaba cambiado: más concentrado, más hablador, aunque era de esperarse el cambio. Los enanos se lo llevaron y lo sacrificaron, ahora había quedado encerrado en esa isla para siempre.

Las habilidades que había aprendido Ghile todavía lo fascinaban. Podía mover los objetos cercanos con la mente, cosas pequeñas y solo una por vez. No era tan bueno como Adon, que podía levantar varios objetos al mismo tiempo. Ghile llevaba un morral pequeño con las piedras que había recolectado para practicar durante los raros momentos cuando estaba solo. Sonrió y se tocó el morral: es como el que usan los hechiceros, pensó. Pero a diferencia de Riff y Almoriz, él no necesitaba de una fuente para trabajar el nuevo poder que le había enseñado Adon. Era normal que le doliera bastante la cabeza después de practicar mucho tiempo o si intentaba el “toque mental”, como le llamaba Adon, excediendo sus capacidades.

Era rarísimo eso de tocar objetos con la mente; era como extender los brazos y tocarlos con las propias manos. Se sentía la textura dentro de la mente, por ejemplo la de las piedras, que era dura y suave. Era útil tocar con la mente algo que antes había tocado con las manos, porque cuanto más conocía el objeto, más fácil era hacer el toque mental.

El mejor truco que había aprendido era lanzar piedras con la mente. Era capaz de lanzar hasta cinco, una tras otra en una sucesión rápida y con mucha más precisión y potencia que arrojándolas con las manos.

Pensó en la prueba de madurez, estaba ansioso por descubrir cómo estas nuevas habilidades lo ayudarían a pasarla. Ahora estaba mucho más seguro, hacía tiempo que no se tropezaba y siempre sabía cuándo agacharse antes de chocarse la cabeza contra algo. Tal vez fuera la confianza de un hombre, tal vez eso pensaban los demás que lo miraban a Ghile cuando él estaba distraído.

El chirrido de las ruedas del carro lo regresaron a la realidad. Se estaban moviendo. La gente se reía y conversaba, había comenzado el viaje a Ciudad

Lago. Ghile lamentaba que el tío Toren no pudiera acompañarlos. Escuchó decir a dos Colmillos que habían llegado para el festival que Toren no andaba lejos. Lo habían visto hacía dos días, iba en camino a patrullar el Cuerno y luego bajaría. Era probable que se lo encontraran en el camino.

A Ghile se le ocurrió contarle la verdad al tío Toren. Adon había sido muy claro respecto a no contarle nada a nadie, pero Ghile dudó si la prohibición incluía al tío. Toren siempre había estado presente con una sonrisa y comprensión. Ghile pensaba en él mientras caminaba. Sí, podía confiar en él. Iba a contárselo todo en el camino hacia el festival.

20

En el Cuerno

Muk tuvo que concentrarse mucho para evitar que los worgs se devoraran al humano. Lo tenían acorralado contra la pared trasera de una cueva que Muk había reclamado como su guarida, en las profundidades de la montaña fea. La entrada tenía el tamaño suficiente para que pasaran los worgs y a pocos metros había una saliente desde la que podía observar el pueblo del muchacho.

El duende estaba planeando cómo acercarse al chico cuando los worgs sintieron el repugnante aroma del humano que les seguía los pasos. Muk jugueteó con la idea de dejar actuar a las criaturas y que se lo comieran. Fracasó como un miserable intentando controlar la mente del hombre como hacía con los worgs. Pegó varios saltos en señal de fastidio por el fracaso.

El hombre lo miraba con cautela usando el ojo bueno. No estaba viendo bien, cuando lo capturaron, los worgs lo mordieron en varias partes del cuerpo y lo arrastraron hasta ahí. Pero Muk no tenía planeado matarlo todavía. Se parecía al chico. Al principio el duende se había entusiasmado creyendo que habían atrapado al muchacho, pero no era él. Sería algún guardia que tenía un parentesco. El duende del sueño le dijo que podía serle útil, así que decidió dejarlo con vida un tiempo más.

Muk se sentó en la pared opuesta de la cueva, enfrentando al hombre. Ya había revisado sus pertenencias y le había quitado el cuchillo de metal y el arco. A Muk le gustaba mucho ese arco. Se guardó el cuchillo, que resplandecía, pero deseaba no estar tan cerca de nadie para tener que usarlo.

Se frotó la piedra del pecho como solía hacer cuando pensaba. Ojalá pudiera hablar el idioma del humano, porque no había dicho nada que pudiera entender. Eran pavadas humanas seguramente, tal vez debería dejar que los worgs se lo comieran.

Fauces Sangrientas volvió trotando a la cueva y fue directo a Muk. Los otros miembros de la manada siguieron sus pasos a través de la pendiente del piso.

Muk saltó entusiasmado de un pie a otro.

—¿Y? ¿Y?

—Amo, no estaba en las casas humanas. Muy pocos humanos. ¿Está seguro de que esa es su guarida?—Fauces Sangrientas se desplomó en el suelo, con la lengua colgando mientras jadeaba.

—Sí, lo es—afirmó Muk. ¿Dónde se había metido ese maldito muchacho? ¡Quería su piedra! El duende del sueño le había mostrado la cara del chico cuando llegaron a la montaña. Lo vi bien claro. Muk se sacudió y volvió a saltar. El niño humano tenía su piedra, se suponía que iba a estar en el pueblo. Muk dejó de saltar y se conformó con clavar la daga en el piso de piedras mientras refunfuñaba. Había que tener paciencia, como le aconsejó el duende del sueño. El niño iba a volver, pero Muk tendría que pensar cómo acercarse al chico sin luchar contra todo el pueblo.

Tal vez podían ir ahora y matar a los que quedaban en el pueblo. Fauces Sangrientas mencionó que eran pocos. ¿El chico lo tomaría como una advertencia? Muk tenía que planearlo bien. Iba a esperar a que el muchacho regresara y luego iba a convencerlo de salir del pueblo de alguna manera.

Muk estaba sentado en el piso de la cueva, clavando el cuchillo en la piedra. Pensó en los poderes que iba a adquirir cuando matara al chico y le quitara la piedra. ¿Tendría que comérselo todo o simplemente tocarlo como había hecho él con la estatua del hombre en las ruinas? Era obvio que el chico no se iba a quedar quieto mientras le arrancaba la piedra del pecho. Muk reveló todos sus dientitos puntiagudos con una sonrisa que se le escapó mientras imaginaba al muchacho retorciéndose de dolor.

Pensó en Fauces Sangrientas y en los otros worgs. Podía mandarlos a buscar al chico. Los worgs podían atacar al resto del pueblo mientras Fauces Sangrientas apresaba al humano y se lo traía a Muk. El duende rechinó los dientes. Para que ese plan funcionara, iba a tener que acompañar a la manada. Examinó el arco del prisionero. No le gustaba la idea de convertirse en el blanco de las flechas humanas. Era posible que perdiera a varios worgs en manos de los humanos y sus perros.

Muk dejó de apuñalar el suelo y sonrió.

Sus perros. Esa es una buena idea.

21

Por el bien común

Gaidel sintió que la sangre se le subía a las mejillas. Desde que ocurrieron los problemas en Bosque Rojo, supo que el regreso a la Cuna sería difícil. Como a todos los niños de la Cuna, le habían enseñado a temerles a los Bárbaros de Nordlah.

Le habían enseñado que las tierras más allá de las Caídas eran un páramo peligroso donde tribus de bárbaros y orcos peleaban todo el tiempo. Si ellos no te mataban, había trolls del bosque lindante con la llanura y todo tipo de gatos gigantes que con mucho gusto te ayudarían a morir.

Era comprensible que sus parientes despreciaran a su Guardián de Escudo, pero pensó que el título que ostentaba sería suficiente para que pasaran por alto la descendencia de Dos Alces. La ceremonia de unión entre una druida y su Guardián de Escudo era sagrada. Estaba empezando a entender que las hijas elegían a sus guardianes ni bien asumían. ¿Pero por qué se había impuesto semejante molestia?

—No pretenda conocer mis asuntos, Magistrado—dijo Gaidel. Detrás de su silla mullida, sentía a Dos Alces y agradeció su presencia.

El Magistrado Obudar tragó saliva y se reclinó sobre su silla. Los enanos siempre pensaban antes de hablar, este en particular hacía un arte de esa costumbre.

—No pretendo conocer sus asuntos, pero sí pretendo cuestionar los asuntos que afecten a la Cuna. Tu Guardián de Escudo fue mal elegido, hija Gaidel.

Gaidel hizo de cuenta que se alisaba el vestido verde. No podía discutirle ese punto, antes de unirse a su Guardián de Escudo lo había pensado muchas veces, pero no iba a admitírselo al Magistrado Obudar.

—No me siento cómoda con esta conversación, Magistrado. —En realidad, estaba incómoda con la conversación y toda la situación.

En el instante en que ella y Dos Alces pusieron un pie en Ciudad Lago, se les habían acercado los guardias, que los escoltaron hasta el Bastión

atravesando el muelle de entrada, y directo a la habitación sin ventana que estaba ubicada en alguna parte de la planta baja. Había mucha piedra y poca luz para que Gaidel se pudiera sentir cómoda.

—Si me llamó a una audiencia para hablar de mi Guardián de Escudo, ya terminamos. —Gaidel amagó con pararse.

Los dos guardias enanos que estaban junto a la pared se pusieron firmes, al igual que los otros dos guardias que estaban ubicados detrás de Obudar, se escuchó el sonido de las cadenas rozando contra las armaduras de plata.

El Magistrado levantó una de sus manos, que estaba cargada de joyas.

—Ve en paz, Hija Gaidel.

Gaidel presintió, más que ver, la irritación de Dos Alces: tenía ganas de probarse contra los cuatro guardias enanos. Respiró hondo y llenó su mente de pensamientos relajantes. Sería peor si Dos Alces se alimentaba de su incomodidad.

—Habría esperado para hablar con la Madre Brambles, pero el tiempo apremiaba y solicité hablar con la primera druida que apareciera en la ciudad —explicó el Magistrado—. Me gustaría recordarles a las hermanas y, en particular, a la Madre Brambles que es su obligación velar por la paz durante el festival y sobre todo durante la Ceremonia de Atrición.

Gaidel frunció el ceño. Algo estaba mal. Las druidas sabían que los enanos de la Cuna llevaban a cabo la Ceremonia durante el festival de verano justamente para mantener la paz. También sabía que pocas veces las ceremonias terminaban con sacrificios. ¿Qué estaba ocultando el Magistrado? Era raro que los enanos hicieran algo a las apuradas, por lo que esta reunión secreta sin previo aviso significaba que algo andaba muy mal.

—Todos estamos al tanto de nuestras responsabilidades para mantener el equilibrio en la Cuna, Magistrado Obudar. ¿Hay algo más que quiera compartir para que ayudemos a cumplir con ese objetivo?—preguntó Gaidel.

El silencio inundó la improvisada sala de reuniones, mientras el magistrado la miraba fijo. Gaidel podía ver cómo le trabajaba la mente. Sin dudas, iba a reunirse con la Madre Brambles en cuanto fuera posible.

Finalmente, el Magistrado se inclinó hacia delante y extendió sus dedos afilados.

—El Juez Caballero que envió el Templo de Daomur ha pasado la mayor parte de su tiempo cumpliendo las tareas sagradas en las Llanuras de Nordlah. Gaidel resolvió.

—¿Por qué lo mandaron a él?—Había vivido en carne propia los violentos conflictos que enfrentaban al pueblo de Dos Alces con los sacrificadores. Se olvidó del protocolo porque el temor invadió por completo sus pensamientos. —No tiene sentido, la Cuna acata sus leyes, hasta el ridículo...

—¡Asumes muchas cosas, Druida!—interrumpió Obudar, levantándose de la silla.

Gaidel escuchó que Dos Alces deslizaba el escudo por el hombro y se puso de pie rápido. Los movimientos bruscos se replicaron por la pequeña habitación mientras se alistaban las armas y los pies se ubicaban en posición de defensa. Los dos guardias que estaban cerca del magistrado se colocaron a su lado.

Obudar recuperó la compostura y levantó las manos.

—Calma, calma. Guardias, descansen.

Gaidel esperó a que los guardias regresaran a sus puestos y que el Magistrado se sentara.

—El trato está hecho. El Templo ha elegido y ahora tenemos que arreglármola—sentenció al fin el Magistrado.

Gaidel lo ignoró y miró a Dos Alces.

—Nos vamos. —Enfiló hacia la puerta. Los otros dos guardias bloquearon la puerta y lo miraron al Magistrado.

—Tenemos que encontrar a la Madre Brambles lo más pronto posible—anunció Gaidel a los presentes.

—Escolten a la Hija Gaidel y al Guardián de Escudo hasta el muelle de entrada—ordenó Obudar.

Los guardias de la puerta se golpearon los puños enmallados contra el pecho en señal de respuesta.

—Escóltelos hasta la puerta principal también—agregó Obudar—. No quiero que les pase nada durante su estadía en Ciudad Lago.

Gaidel quiso discutir la orden, pero mejor se calló. Le molestaba que fueran expulsados de la ciudad pero con rencor reconoció que lo que más le molestaba era la prudencia de la acción. Tenía que encontrar la Madre Brambles y pedirle consejo.

El Festival

Ghile estaba preocupado: el tío Toren no había alcanzado a la caravana. Ghile clavó la vista en la cara manchada del Cuerno, buscando en su superficie cualquier señal del tío, mientras la caravana se abría paso por el valle.

Cada vez que otras personas se unían a la caravana, Ghile creía ver al tío Toren entre ellos. Veía su sonrisa amplia cuando lo saludaba y le contaba las historias de sus últimas aventuras, recién salidas del horno. Pero siempre se trataba de otras personas, no del tío Toren.

Sabía que no era el único que estaba preocupado, muchas veces los había pescado a su padre y madre mirando hacia el Cuerno. También escuchó que algunos hombres habían comentado sobre el asunto durante la fogata de la primera noche. Ghile recordó todas las historias que le había contado el tío, sobre los peligros que presentan las montañas que rodean a la Cuna. Ojalá estuviera bien. El tío Toren no se perdería las pruebas de madurez por cualquier cosa.

A Ghile se le cruzó por la cabeza la idea de ir a buscarlo. Tanteó el morral lleno de piedras. *¿Estoy loco?* Lo único que conseguiría era que lo mataran. *Pero las cosas habían cambiado*, se repitió. Él era diferente: sus poderes lo protegían.

Ghile tenía que superar la prueba y pasar el sacrificio. Vio a su madre sobre el carro: agarraba con fuerza la bufanda, como hacía siempre que estaba preocupada. Claro que estaba preocupada. Hacía cuatro años había hecho el mismo viaje, para terminar perdiendo a su hijo mayor. Ghile no quería que perdiera a otro.

Llegaron a Ciudad Lago a la mañana del tercer día. Ghile había identificado las profundas aguas azuladas del Lago Cristal antes de llegar a la ciudad emplazada sobre sus orillas rocosas. Las filas de casas largas y de techos empinados y las calles barroas marcaban un contraste muy notorio con los otros poblados de la Cuna. En el centro del poblado, se alzaba el Bastión

como un guardián de piedra, visible varios metros por encima de las paredes de la ciudad.

Ghile vio una criatura voladora enorme que giraba indolente alrededor de las almenas superiores del Bastión. *El montículo del sacrificador*, pensó. Todos hablaban de las bestias voladoras que jineteaban los sacrificadores. Se decía que eran regalos de los dioses, igual que sus poderes. Eran los mismos poderes que usaban para decidir si alguien debía ser removido de la raza humana. Ghile encogió los hombros a medida que la realidad de lo que estaba por vivir le fue cayendo sobre el cuerpo. *No soy un elegido de Haurtu*, se repitió. *Mi poder no proviene de ahí. Encontré una piedra antigua que me permite encontrarme con mi hermano en mis sueños. Él puede hablar con los antepasados, ellos le comparten sus secretos y él me los cuenta a mí. Es diferente.*

Ghile trataba de convencerse de que todo iba a salir bien mientras la caravana estacionaba los carros sobre la calle norte, justo afuera de las compuertas de madera principales.

A lo largo de la enorme empalizada de madera que rodeaba Ciudad Lago, había carpas de todos los tamaños y formas que salpicaban los campos. Los músicos deambulaban y tocaban frente a las carpas. Los niños corrían en grupos pequeños, gritando y riéndose, alimentándose de la alegría recíproca. Ghile escuchó la música de al menos cuatro músicos diferentes. Un flautista y un percusionista tocaban una jiga saltarina cerca de una gran carpa multicolor, mientras otro grupo de músicos tocaban violines acompañados de gaitas e interpretaban una canción que Ghile no conocía.

Dos chicas de su misma edad pasaron cerca, iban absortas en una conversación en voz baja, que interrumpían con ataques de risas. Las dos llevaban los cabellos envueltos en flores, lo que significaba que estaban en edad de casarse. Una, con pelo color fuego del atardecer, lo miró y le sonrió. La chica de cabellos pelirrojos soltó otra risita y rápidamente le murmuró algo a su amiga, que se dio vuelta para mirar. Ghile buscó algo para hacer, cuando escuchó otro estallido de risas. Estaba seguro de que tenía la cara del mismo color rojo que los pelos de la muchacha.

Ghile ayudó a sus padres a armar la carpa y a acomodar los bienes que no eran parte del diezmo. Mientras Tia jugaba con su bebé de paja, Elana ordenaba las cosas para hacer que esa carpa en la que iban a pasar los próximos días se pareciera más a casa.

Habiendo cargado un cuarto de los vellones en el carro, Ghile y su padre se dirigieron a la ciudad. Los aromas de pan recién horneado y de carne caliente competían con las nueces tostadas y el olor fuerte y agrio de la cerveza derramada. Los puestos de comida se amontonaban a lo largo de la alta empalizada, los vendedores agregaban sus gritos al torrente de olores que atraía la atención de los juerguistas.

—¿Tienes miedo, hijo?—preguntó Ecrec mientras caminaban entre la multitud.

—¿Perdón, Padre?—Ghile estaba incorporando tantas cosas que no sabía bien a cuál de todas se refería su padre.

—A la Ceremonia de Atrición. Al sacrificador. A las pruebas de madurez.

Ghile observó la bestia voladora del sacrificador, que seguía girando en círculos sobre el lugar hacia donde se dirigían, analizando todo. Claro que tenía miedo. Sentía que el miedo se le agazapaba debajo de la piel, pero al mirar los ojos de su padre, supo que no podía decirle la verdad. Ecrec necesitaba que su hijo fuera fuerte, como él. Si Ghile le dijera lo que sentía realmente, seguro no lo entendería.

—No, Padre. Vas a estar orgulloso de mí.

Ecrec sonrió y asintió. Le dio una palmada firme sobre el hombro y lo sacudió un poco.

—Vas a hacerlo bien, Ghile. Después nos vamos a casa.

Ingresaron en la plaza central y llegaron a la calle principal del Mercado, que conducía derecho al Bastión y luego a los muelles. Mucho antes de llegar al Bastión, se toparon con las filas de diezmeros que se desplegaban sobre la calle del Mercado. Ecrec condujo el carro hasta el final de la fila y saludó a los otros hombres. Ghile iba absorbiendo las imágenes y los sonidos del entorno, mientras avanzaban y se detenían siguiendo el lento ritmo de la fila.

—¿Qué hacen los enanos con lo que les damos?—preguntó Ghile cuando ya estaban bastante cerca del frente y pudo ver a los hombres descargando sus bienes sobre la plataforma de piedra que estaba ubicada en la base del Bastión.

—Por lo que escuché, se quedan con lo que necesitan y lo guardan en el Bastión, el resto lo mandan a la ciudad capital—explicó Ecrec.

Ghile tuvo que esforzarse para llegar a ver a los enanos. Finalmente logró ver a un par, que estaban sentados en un banco de piedra al borde de la plataforma. Mientras los diezmeros descargaban los bienes, los hombres que

trabajaban en la plataforma los tomaban, los ordenaban e informaban a los enanos, que raspaban algo en la mesa. Ghile preguntó qué hacían: estaban escribiendo; era una forma de tomar palabras y guardarlas. Si sabías cómo escribir palabras, después podías decirlas a partir de lo escrito.

Su pueblo no necesitaba escribir. Si tenían algo para decir, simplemente lo decían. ¿Qué necesidad había de escribir palabras de lo que recolectaban? El diezmo estaba ahí frente a sus narices. Ghile sacudió la cabeza; no entendía a los enanos.

Ghile continuó estudiando a los dos enanos: uno era viejísimo, se había quedado totalmente calvo y la barba se parecía a un río que corre entre piedras grises. La barba era tan larga que se perdía por debajo de la mesa y Ghile llegaba a ver algunos mechones que colgaban cerca de las botas gruesas del enano.

El otro era mucho más joven, aunque era difícil saber la edad exacta de un enano. Este tenía pelo marrón rojizo que apenas le salía del mentón y una narizota que ocupaba gran parte de su rostro.

Los dos parecían ser igual de anchos que de altos. A Ghile siempre le sorprendió lo anchos que eran los enanos, le hacían acordar a los troncos de los árboles. El único rasgo en común que tenían todos eran las expresiones: todos parecían aburridos, como si no disfrutaran de nada. Al menos, no disfrutaban como los humanos. Estos dos enanos parecían contentos con lo que hacían, pero no parecían muy entusiasmados.

Cuando les llegó el turno, Ghile ayudó a su padre a entregarles los manojos atados de vellones a los hombres de la plataforma. El enano más joven levantó la vista de sus tablas y garabatos, Ghile juró que el enano lo estaba midiendo con esa mirada estoica.

¿Qué ves cuando me miras?

El enano joven no fue muy comunicativo y continuó con su trabajo.

—¿Nombre y residencia?—preguntó el enano. Ghile comparó la voz del enano con el sonido de los tambores grandes que tocan los trovadores.

—Ecrec de la Última Aldea—contestó Ecrec. Cuando el enano anciano asintió con la cabeza, se pudieron retirar. Sus custodios estaban saciados por otro año más.

Pero el diezmo no era la única influencia que ejercían los enanos sobre los hombres, según se enteró Ghile cuando comenzaron a negociar con el primer comerciante de la ciudad.

—¿Qué es esto?—preguntó Ecrec.

El comerciante, cuya barriga expansiva llenaba la mesa de punta a punta, se detuvo y lo miró a Ecrec, después siguió gesticulando y contando las monedas.

—Puede estar seguro de que este es el precio más alto, Ecrec de la Última Aldea—dijo el comerciante, sin entender.

—Monedas, no. ¿Dónde está su esposa? Quiero ropa roja y blanca por este manojo de lana, no monedas de enanos.

El comerciante suspiró y se pasó el pañuelo por el cuero cabelludo rosado y húmedo.

—No entiendo por qué tengo que seguir explicándoles a ustedes, Ecrec. Le compro toda la lana, el manojo entero. Usted acepta estas monedas que le doy y las usa para comprar bienes de otros comerciantes. Mi esposa vende ropa a una cuadra de aquí.

Ecrec miró fijo las monedas y luego al comerciante. Ghile pensó que el comerciante gordo no podía transpirar más, pero se equivocó, chorreaba sudor por todos lados.

—Escuche, Ecrec, por favor tome estas monedas. Es la ley, tenemos que comerciar con sus monedas, así llevan un registro de todo.

Ecrec apretó las mandíbulas y sacudió la cabeza. Ghile tragó saliva y en ese momento, más que nunca, deseó que el tío Toren estuviera con ellos. Toren era bueno para tranquilizar a su padre.

—Es la ley—repitió el comerciante.

—¿Padre?—interrumpió Ghile, mientras pensaba qué iba a decir.

Ecrec recogió las monedas y las arrojó a las manos de Ghile.

—Toma, hijo—dijo y miró al comerciante—¿Cómo sé cuánto tengo?

El comerciante exhaló y sonrió nervioso.

—Mire, Ecrec de la Última Aldea, se lo explico bien.

El comerciante ordenó las monedas de acuerdo al tamaño y forma. Todas tenían un agujero circular. Las más grandes eran rectangulares y más pesadas que las demás. Ghile contó cinco de esas. El comerciante dijo que las monedas valían menos cuanto más pequeñas fueran.

A Ecrec le llevó un tiempo entender, pero finalmente le agarró la mano al uso de las monedas enanas y hacia el final del día, regresaron al a carpa instalada en las afueras de Ciudad Lago con una buena cantidad de provisiones.

Ghile estaba exhausto y tenía que dormir bien antes de la prueba de madurez del día siguiente. Se quedó frito rápido y soñó con las chicas pelirrojas y risueñas.

La Bienvenida

—Bienvenidos, ciudadanos y humanos de la Cuna, al festival de verano— anunció el Magistrado Obudar ante la muchedumbre reunida, que estalló en hurras. El enano estaba parado sobre la plataforma de madera que, como todos los veranos, se había levantado en el centro del campo. Miró a los miembros del clan que estaban ubicados cerca de él.

Eran ciudadanos del imperio, por lo tanto tenían prioridad sobre los humanos. Como Obudar, estaban vestidos con las mejores telas de color de la tierra. El Sol matutino hacía que sus numerosas joyas emitieran rayos de luz multifacéticos.

A lo lejos, el mar de rostros humanos se extendía hasta el horizonte. Se distinguía la tonsura ocasional de las druidas, cuyos tatuajes azules las diferenciaban de los demás. Las druidas ayudaban a mantener la tranquilidad durante el evento.

—Nos reunimos una vez más en paz y prosperidad—continuó el enano. Parecía que toda la población de la Cuna se había reunido allí para la ocasión. Siempre era preciso recordarles lo afortunados que eran—. Daomur bendice la Cuna de los Dioses. Ustedes garantizan esta bendición cuando eligen vivir bajo las leyes y la administración de los enanos, el pueblo elegido de Daomur. Yo, junto a los demás ciudadanos de la Cuna, les agradecemos—anunció Obudar.

Los aplausos respetuosos de los enanos ubicados en la plataforma fueron ahogados otra vez por las hurras fervorosas de los humanos. Obudar suspiró ante tanta exuberancia: eran gente tan emocional. Los ciudadanos enanos pasaban por los puestos del mercado y después regresaban al Bastión. No tenían interés alguno en las pruebas de madurez ni en las celebraciones nocturnas. A veces, los humanos se parecían a los animales. Aunque en realidad no tenían la culpa, eran los descendientes del dios desterrado. Obudar le agradeció en silencio a Daomur por haber nacido enano.

—Disfruten del festival y celebren. Su palabra es la Ley.

—Su palabra es la Ley—repetieron todos.

Obudar notó más de una mirada de desaprobación entre los ciudadanos enanos por la euforia que demostraron los humanos en la respuesta. Seguramente, la euforia se debía más a la alegría de iniciar las festividades que al verdadero significado de la expresión.

Habiendo terminado sus tareas oficiales, Obudar se bajó de la plataforma. Sus guardias, vestidos con sus armaduras plateadas que reflejaban el Sol, lo esperaban en la base de las escaleras para escoltarlo hacia el Bastión. Pronto, perdió de vista las paredes de la ciudad. Los guardias iban abriendo el paso entre el mar de humanos, pero no podían detener el calor opresivo y la estela de olor que emanaban. Por suerte, se dirigían al Bastión y los humanos caminaban en dirección opuesta, hacia el borde del bosque donde se llevarían a cabo las pruebas.

El ruido era ensordecedor, muchos ya estaban bebiendo, la celebración iba a durar toda la noche. Obudar pensó en las ganancias que podría generar si ponía un impuesto sobre la cerveza. El festival siempre era rentable, pero por suerte Obudar no tenía que estar presente hasta el día siguiente a la tarde, para supervisar la Ceremonia de Atrición. Solo pensar en las cosas que los humanos hacían durante las celebraciones era suficiente para sonrojarle las barbas grises.

También le alegraba que el Juez Caballero no anduviera cerca. El desagrado que sentía Finngyr por los humanos era positivo porque lo mantenía encerrado en el Bastión la mayor parte del tiempo. Tendría que visitarlo para recordarle cómo querían manejar la Ceremonia los ancianos, por el bien de todos.

Las pruebas de madurez

Los iniciados se reunieron en un claro circular cercado por una línea de varas de madera. Cada vara, dos veces más alta que un hombre promedio, contenía la marea de rostros alegres como si fuera una represa a punto de reventar. Ghile y los otros jóvenes se estiraban y saltaban con un entusiasmo contagioso.

La Madre Brambles emergió del bosque y avanzó lentamente a través del pasillo de varas que conducía a los iniciados, acompañada de un oso gigante que se movía con torpeza. Ghile y los otros jóvenes se olvidaron del estiramiento y calentamiento en cuanto vieron acercarse a los recién llegados. Las personas del público que estaban detrás de las varas también se quedaron en silencio cuando la matriarca de las druidas les pasó caminando por al lado. El oso rugió y silenció al resto; solo se escuchaban los llantos de algunos bebés, provocados por el rugido del animal.

—Escuchen mis palabras—llamó la Madre Brambles—. Como dicta la tradición, estos chicos tomarán la prueba de madurez con el fin de probar su valor en la sociedad y demostrar respeto por las costumbres. Aquellos que eviten ser capturados lo harán con la protección de la Madre Superior. Aquellos que ella considere que no están listos para ser hombres, no recibirán su protección y quedarán librados a la suerte.

Ghile escuchó los abucheos y vitoreos de los hombres de la Cuna. Había visto a los chicos que salían del bosque con moretones y ensangrentados por sus luchas escapando de los cazadores. No sabía qué era peor: la paliza o la humillación de que te atrapen.

Ghile observó a los cazadores y a los iniciados que tomaban la prueba. Sus ojos se cruzaron con los de Gar. Una sonrisa, que Gar nunca vio, comenzó a dibujarse lentamente en su rostro. En otro momento, Ghile estaría aterrado, pero ya no. Ghile le devolvió la mirada y le hizo gestos a Gar pidiéndole que diera lo mejor. En el rostro de Gar, hubo un momento de confusión que fue reemplazado por ira.

Tendré que evitar a los cazadores y cuidarme también de Gar y Bralf. Que así sea. En ese instante, Ghile se sintió más vivo y listo para enfrentarse al mundo que nunca. *¿Por qué me perdería esto, Adon?*

—Prepárense—anunció la Madre Brambles a los iniciados, ya para ponerlos a prueba.

Escúchame, Madre Superior. No soy una de tus Hijas y ni siquiera sé si te importan estas pruebas, pero te pido protección. Estoy listo para ser un hombre. Ghile tragó saliva y trató de concentrarse. Sabía que tenía que mantener la calma si quería superar esta dura experiencia. Bajó el escudo alargado y posicionó los pies, sintiendo la firmeza del suelo.

Al unísono, la Madre Brambles apoyó el garrote y el río de gente rompió el dique. Los iniciados corrieron como rayos hacia el bosque al son de la multitud fervorosa y los palos de los cazadores que golpeaban contra los escudos, lo que incentivaba a los perseguidos.

Ghile corrió.

Pasó corriendo frente al manchón de rostros y manos movedizas. El bosque se avecinaba amenazante, listo para tragarlo a él y su juventud en un solo trago sombrío.

Todas las cosas que su padre y el tío Toren le habían enseñado se peleaban por tener prioridad. Pero en ese momento era más importante recordar cuánto tiempo había pasado desde que la Madre Brambles liberó a los cazadores para perseguirlos.

En cuanto atravesaron el límite del bosque, el otro montón de iniciados viraron y se dividieron en distintas direcciones. Ghile siguió derecho: iba a esperar perder de vista a los cazadores antes de ajustar su curso.

Tenía que tomar algunas decisiones. Se había quedado muchas noches despierto pensando, pero no logró decidir cuál era la mejor acción a seguir. No le quedaba tiempo, tenía que decidir rápido.

Habiéndose adentrado bastante en el bosque, se detuvo mientras los demás le pasaban por delante. Sintió un empujón fuerte y se tropezó contra el tronco duro de un árbol. Se incorporó y entonces lo vio a Gar avanzando hacia el bosque.

—¿Ya te rendiste?—gritó Bralf cuando le pasó por al lado, tratando de seguirle el ritmo a Gar.

Ghile se tragó la furia y se aseguró de que siguieran corriendo. Cuando Bralf y Gar no eran más que un manchón moviéndose a la distancia, los quitó

de su mente y respiró hondo. Miró alrededor.

El bosque estaba lleno de los verdes intensos del verano. El tío Toren le había dicho que eso sería una ventaja para él, pero que los movimientos bruscos llamarían la atención. Ghile buscó algo que lo ayudara a tapar sus huellas. Cerca de donde estaba, había un árbol que había cedido ante el peso de los años y se había quebrado y caído al suelo boscoso. El musgo y otros hijos de la Madre Superior ya lo estaban reclamando para sí.

Eso servirá.

Ghile se acercó al árbol caído y se trepó por su superficie. El musgo estaba seco y no resbalaba como había pensado. Subió varios metros por el tronco y se detuvo cuando divisó un grupo de peñascos a poca distancia de ahí. Trepó un poco más alto y después, juzgando que tenía la altura suficiente, inspeccionó todo el bosque otra vez.

Estaba solo.

Focalizó la mente y se concentró para generar la fuerza desde sus manos como lo había hecho tantas veces antes en sus sueños. Era consciente de todos los sonidos del bosque. Podía oír el viento susurrando contra los pelos de sus brazos desnudos. Tenía que concentrarse.

Levantó los brazos lo más alto que pudo y entonces sintió la fuerza expandiéndose hacia arriba. Ejerció más voluntad y pudo sentir que los bordes del escudo de fuerza se estiraban y formaban un plato grande y ligeramente curvado. Cuando ya no pudo estirarlos más, saltó hacia los peñascos.

El escudo de fuerza se suspendió sobre el aire a medida que caía hacia delante, más que hacia abajo, y se deslizaba a toda velocidad.

Estaba por lograrlo, pero volaba demasiado rápido y más alto de lo previsto. Las piedras anchas grisáceas pasaban como rayos debajo de sus pies. A Ghile le hubiese gustado poder crear más de escudo a la vez. Tenía que decidir rápido o se pasaría de largo.

Dejó de pensar en el escudo y este se desvaneció al instante. La sensación de caída repentina le hizo recobrar el aliento. Se concentró en un escudo de fuerza más intenso, que lo expulsó desde sus piernas.

Lo liberó justo a tiempo cuando lo presionaba la resistencia de la superficie inclinada del peñasco. Estaba mejorando el equilibrio mientras hacía ese tipo de cosas. Finalmente liberó por completo el escudo y sus pies aterrizaron emitiendo un ruido seco contra la piedra.

Ghile se trepó de un peñasco al otro. Se le ocurrió una idea. Cuando llegó

al último peñasco, se concentró en un nuevo escudo de fuerza, que liberó haciendo fuerza con sus pies. Dio un paso fuera del peñasco y fue avanzando con pisadas fuertes, agitando los brazos para mantener el equilibrio.

Le dolía la cabeza por la presión, sentía que algo se le había metido en la cabeza y le aplastaba los sesos. Apenas tenía la fuerza de voluntad para mantener los dos escudos de fuerza debajo de los pies. No entendía por qué era más difícil con dos que con uno. Juntos los dos escudos eran mucho más pequeños en tamaño que el escudo chato que había usado para flotar como una hoja o el escudo grueso que había usado para amortiguar la caída del final. Los dos escudos de fuerza separados tironeaban y eran resbaladizos como un pez recién pescado. Cuando ya no pudo soportarlo más, los liberó a los dos y se cayó los últimos centímetros hasta el suelo del bosque.

Se volteó para mirar su obra. Si alguien lo hubiera visto, habría pensado que había volado desde el árbol caído hasta los peñascos, como esas ardillas que el tío cazaba a veces durante las patrullas. La ardilla poseía unas membranas delgadas entre las patas que le permiten volar, en eso se inspiró Ghile.

Se preguntó si era capaz de extender la fuerza hacia los costados como las ardillas, en vez de sacarla desde las manos y los pies. No veía por qué no, aunque no era el momento para experimentar. Crear dos escudos de fuerza al mismo tiempo lo había extenuado mentalmente. Había cubierto buena parte del terreno, y sería suficiente para perder a cualquiera que intentara rastrear sus pasos desde el campo del festival.

Se adentró más en el bosque. Mientras corría, no pudo evitar sonreír. La confianza que sentía le hervía las venas. Durante mucho tiempo, Ghile le había tenido miedo a las pruebas pero ahora, con sus nuevas habilidades, por primera vez sintió que iba a sobrevivir. Mientras corría por el bosque, pensó en lo orgulloso que estaría su padre.

25

Descubrimientos

Riff vio a Ghile y a los otros iniciados entrar corriendo al Bosque Rojo como si fueran conejos perseguidos por un depredador. Esos hombres, que no tenían parentesco con los iniciados y eran lo bastante jóvenes para creer que perseguir a los niños por el bosque era un buen deporte, gritaban y golpeaban sus escudos para asustar a los iniciados. Tenían un ojo puesto en el bosque y el otro en la Madre Brambles, esperando que ella los liberase.

Puro músculo y nada de cerebro.

Sabían, al igual que Riff, que la Madre Brambles les daba una buena ventaja a los iniciados. Aun así, gritaban y gimoteaban, expectantes por la persecución. Las similitudes que tenía con los cazadores se reñían con su orgullo.

Riff se dio vuelta y caminó entre la multitud. Tenía que encontrar al Maestro Almoriz. Él también había hecho lo que le ordenaron y había vigilado de cerca de Ghile. Riff lo quería mucho a Ghile. Se sentía obligado a cuidarlo desde el sacrificio de Adon, si bien el Maestro Almoriz nunca le había ordenado hacerlo. Había entablado una buena relación con Adon durante sus visitas, para Riff fue lo más parecido que tuvo a un verdadero amigo.

El Maestro Almoriz no habría querido que siguiera a Ghile hasta el bosque. No iba a desvestirse hasta la cintura y pintarse como el resto de esos patanes. Ya había pasado la prueba y con una vez era suficiente. No iba a ofrecerse a pasar una noche arrastrándose por el bosque para asaltar a un par de chicos refugiados en sus escondites entre los árboles. No era su idea de diversión.

No obstante, le hubiera gustado que el viejo hechicero le explicara qué estaba pasando. Le había contado al Maestro Almoriz cómo había encontrado a Ghile en el santuario escondido. Los habitantes de la Cuna le temían a las antiguas ruinas y como si fuera poco para mantenerlos bien lejos, las leyes de los enanos prohibía que los humanos las exploraran.

No había tantos enanos en la Cuna más que para vigilar el Bastión y contar los diezmos que los hombres les entregaban. Riff no respetaba en absoluto a esos enanos de piedra. Para él, eran un mal necesario.

Durante sus estadias en la Última Aldea, el Maestro Almoriz siempre lo mandaba a las ruinas. Allí encontraba buenas piedras y alguna provisión ocasional de pedazos de metal, pero no más que eso. Por lo general, encontraba un buen lugar para dormirse una siesta.

Hacía bastante tiempo había llegado a la conclusión de que las ruinas no tenían nada de interesante. Creyó haberlas explorado exhaustivamente durante sus visitas anteriores. No podía creer que el hermanito desgarrado de Adon hubiera encontrado un santuario oculto destinado al elegido de la piedra.

Ese día, Riff escuchó unos gritos que provenían de alguna parte del interior de las ruinas. Recuerda haber sentido una puntada de celos cuando se encontró con la escotilla desplegada en el medio de la habitación.

La habitación estaba en una especie de intersección y la había pasado varias veces. ¿Cómo se le pasó por alto la escotilla? Se propuso examinar el mango de metal después de averiguar de qué se trataban los gritos.

Cuando entró a la habitación, los gritos se habían callado. La luz de la llama eterna que sostenía en sus manos bailoteaba sobre las paredes y la escotilla abierta. No había dudas de dónde venían los gritos. En medio del alboroto, reconoció la voz de Ghile y llamó su nombre desde arriba de las escaleras.

No hubo respuesta. Sosteniendo la llama eterna, descendió las escaleras. Se guardó las palabras del hechizo que servía para atacar con llamas. El Maestro Almoriz le había prohibido usar ese hechizo a menos que fuera una situación de vida o muerte. Esta lo era. Iba a prender fuego cualquier cosa que se le apareciera y después se ocuparía de los pormenores.

Entonces vio el cuerpo de Ghile en posición fetal y desparramado en el piso, en frente de la estatua del elegido por la piedra. Riff se apoyó contra una pared ni bien llegó a la base de las escaleras y usó la llama eterna para iluminar la habitación.

Reconoció que se trataba de un santuario pero no había ningún ocupante aparte de Ghile. Se arrodilló junto a él y le tocó la cara. Respiraba, pero ardía de fiebre. Lo inspeccionó para determinar si tenía alguna herida notoria. ¿Qué le había pasado? No había ningún golpe evidente y la respiración de Ghile parecía normal. La sacudió un poco y lo llamó. Ghile no despertaba.

Riff examinó la estatua. Reconoció el dibujo circular de la piedra que contenía en el centro, como había aprendido en las lecciones de Almoriz. Había visto reliquias similares en otras ruinas, pero nunca una tan grande y tan bien preservada.

Tanteó la estatua y la base en busca de partes sueltas que pudieran revelar un compartimiento secreto. La piedra estaba caliente al tacto. Lo miró a Ghile. ¿Habría activado una trampa antigua? Sabía que a veces los enanos colocaban trampas para castigar a los que desobedecían las leyes. Ningún enano que se preciara de tal, habría dejado una estatua como esa intacta. Si era una trampa, no estaba hecha por enanos.

Tenía que sacar a Ghile y sellar la habitación. Examinó a fondo la habitación para ver si había algún objeto de valor. Luego retiró a Ghile de las ruinas y volvió para remover la valiosa manija de metal. Hecho esto, buscó algunas piedras pesadas para tapar la escotilla. Con eso bastaría. Solo faltaba llevar a Ghile hasta la Última Aldea.

Cuando llegó al pueblo, ya había caído la tarde, y llevaba a Ghile colgado sobre sus hombros. No supo por qué, pero se sintió culpable cuando Elana rompió en llanto al ver a su hijo inconsciente. Erec tomó a su hijo y bombardeó a Riff con preguntas. Le hubiera gustado tener tiempo de hablar a solas con el Maestro Almoriz, pero se encontró de pronto rodeado de una multitud. No tuvo tiempo de pensar.

—Estaba caminando por los campos bajos cuando escuché gritos que venían de las ruinas antiguas—explicó Riff.

—¿Qué hacía Ghile en esas ruinas?—refunfuñó Erec, mientras se llevaba a Ghile a la casa.

—¡Si los enanos lo encontraban! ¡Ay, Erec! No puedo perder otro hijo. — Elana siguió a su esposo de cerca, atravesando la muchedumbre y cargando a Tia que, con los ojos muy abiertos, no sabía muy bien cómo reaccionar.

—No sé qué hacía, pero yo lo encontré así. No se despertaba—afirmó Riff.

Riff los siguió hasta que llegaron a la casa redonda. El Maestro Almoriz se unió y entró a la casa con la familia.

—Espera aquí, aprendiz—le ordenó Almoriz y cerró las dos mitades de la puerta tras de sí.

Riff se quedó dando vueltas afuera de la casa, junto a la muchedumbre, explicando una y otra vez lo acontecido, a medida que se juntaban más

curiosos de la Última Aldea.

Más tarde apareció el Maestro Almoriz y les informó a todos que Ghile iba a estar bien y que necesitaba descansar. Luego apartó a Riff.

—Cuéntame lo que pasó, aprendiz. No omitas ningún detalle, no importa lo insignificante que sea—le dijo.

Riff volvió a narrar los eventos, mientras el Maestro Almoriz escuchaba atentamente. Cuando terminó, el viejo hechicero se quedó como perdido en sus pensamientos bastante tiempo antes de responder.

—Tu historia tiene que ser la misma que le contaste a los padres. Cuando Ghile despierte...

Riff quiso preguntar cómo sabía que Ghile iba a despertarse, pero el Maestro Almoriz arrugó sus copiosas cejas blancas y habló encima de él.

—Cuando Ghile despierte, le contarás la misma historia. Bajo ninguna circunstancia, le vas a contar dónde lo encontraste o escuchar las explicaciones que él te quiera dar—continuó Almoriz—. Después lo vas a vigilar y avisarme si notas algo extraño.

—Maestro Almoriz, no entiendo. ¿Qué le pasó?—preguntó Riff.

—Muchacho, no es algo que puedas entender y no es momento para tus preguntas incesantes. Harás lo que te pedí, aprendiz. —El hechicero se quedó mirándolo fijo hasta asegurarse de que Riff había entendido. —Mañana me vas a llevar al santuario. —Dicho esto, Almoriz desapareció dentro de la casa de Erec.

Riff bajó la cabeza y levantó las palmas hacia arriba.

—Sí, Maestro Almoriz.

Ves que puedo aprender. Riff trató de aflojar las mandíbulas y respirar. ¿Por qué el Maestro no le contaba lo que estaba pasando? Si era su aprendiz y además un hechicero bastante bueno.

¿Por qué le mentían? Si Ghile había encontrado una habitación abandonada en un lugar que estaba prohibido y debía ser castigado por eso, ¿por qué no les decían a los demás y lo usaban como una razón justificada para evitar ese lugar? ¿Qué le estaban ocultando? ¿Con qué se había encontrado Ghile en realidad? Y lo que era más importante, si las ruinas eran tan peligrosas ¿por qué el Maestro Almoriz le había permitido explorarlas tantas veces solo? Ahora que lo pensaba bien, Almoriz había fomentado la exploración de las ruinas. ¿Se suponía que él tenía que encontrar el santuario? ¿Su Maestro quería que cayera en la trampa? ¿Para qué?

Para variar, Riff tenía más preguntas que respuestas. Por el momento, iba a hacer lo que le pidieron.

Y así lo hizo. Durante los meses siguientes cuando la Cuna entró de lleno en el verano, mantuvo el mismo relato y sobre todo, mantuvo a Ghile y sus preguntas a raya.

Con qué fin, no lo sabía. Con cada informe que le presentaba al Maestro Almoriz, obtenía un movimiento de cabeza pensativo y un “sigue así”, aunque le informara que Ghile estaba empezando a actuar de manera sospechosa y que trataba de quedarse solo.

Riff siguió avanzando entre la multitud hasta que finalmente localizó al Maestro Almoriz, que estaba cerca de la Madre Brambles. Eran fáciles de ver porque la vieja druida y su descomunal oso de las cavernas seguían parados en el círculo de los iniciados. Riff conocía las historias sobre el gigante protector de la druida más vieja y sabía que era manso y que la Madre Brambles lo controlaba. Aun así, se acercó a donde estaban la Madre Brambles y el Maestro Almoriz, manteniendo distancia de la bestia. No había que arriesgarse. En ese momento, notó la presencia de dos personas más.

Había una druida joven y atractiva, cuya tonsura y tatuajes parecían nuevos, y que llevaba unos hermosos cabellos color fuego, largos y trenzados. Sin dudas, era muy linda. Tenía los rasgos delicados de las mujeres de la Cuna, lo que contrastaba con su Guardián de Escudo, que ya lo estaba midiendo, un bárbaro de Nordlah. Por las barbas de Daomur, era casi tan grande como el oso de la Madre Brambles. Riff se preguntó cómo habría hecho un bárbaro para entrar en la Cuna y preservar la cabeza sobre los hombros. Supuso que las druidas inspiraban más respeto de lo que se imaginaba. En fin, no era su culpa si la joven y dulce druida tenía mal gusto para elegir guardianes de escudo. ¿Qué clase de hombres le gustarían?

Riff se ubicó al lado del Maestro Almoriz, pero un poco detrás.

—Maestro. —Inclinó la cabeza y saludó en voz baja como para no interrumpir pero anunciar su presencia.

El Maestro Almoriz y la Madre Brambles estaban muy compenetrados en una conversación y solo atinaron a echarle un vistazo. El oso, el bárbaro y la druida de pelos rojo fuego lo miraron fijo. Los ignoró a todos, pero aprovechó la ocasión para tirarle una sonrisa traviesa a la joven hasta que ella apartó la vista, molesta.

Qué mal, pensó.

—¿Estás seguro?—preguntaba la Madre Brambles. Por sus palabras y su actitud, parecía que hablaba muy en serio. Era una mujer que estaba acostumbrada a dar órdenes.

—Si estuviera completamente seguro, él no estaría acá ahora. Aunque estoy casi seguro. No he encontrado mucha información para saber cuáles son los efectos—respondió Almoriz.

La Madre Brambles se dio vuelta hacia Riff y lo miró de arriba abajo.

—Las cosas no salieron como lo planeaste, Almoriz. Pero si estás en lo correcto, al menos tuviste razón con lo de su procedencia. Confío en tu juicio sobre este asunto.

—Madre, con lo que le conté del Magistrado preocupado por la presencia del sacrificador y esta información adicional, ¿no deberíamos ir a buscar al chico?—preguntó la joven druida.

¿Magistrado? ¿Sacrificador? Riff no tenía idea quién era la chica, pero apenas tenía la edad de casarse y ya sabía más que cualquiera de lo que estaba pasando. No le pareció tan linda como al principio. Era demasiado alta para su gusto.

Riff se habría conformado con preguntar qué estaba pasando, pero no iba a demostrar su ignorancia frente a la muchacha.

—No, tenemos que estar seguros y hay una sola manera de saber la verdad. Tienes que estar listo para proteger al chico, Almoriz—anunció la Madre Brambles, estirando la mano hacia atrás para acariciar la rodilla del oso—. No puedo estar cerca cuando suceda. Canté todo esto y así debe ser.

El Maestro Almoriz se tocó la barba mientras la miraba.

—¿Y qué hay del Código del Hechicero? El despliegue de magia que requiere revelaría demasiado.

—Los hechos tienen que seguir su curso natural. Los secretos de los hechiceros no importan tanto si estamos en lo correcto—concluyó la vieja druida. Tocó a Almoriz con la punta de su bastón retorcido para probar su punto—. Equilibrio ante todo—agregó, dándole un golpecito con cada palabra.

Finalmente el Maestro Almoriz estuvo de acuerdo.

—Se hará como dices, Madre Brambles. —Mostró las palmas de las manos e inclinó la cabeza. Le hizo señas a Riff para que hiciera lo mismo.

La Madre Brambles levantó una ceja cuando vio a Riff, que no se había dado cuenta de que tenía la boca abierta.

La druida agitó el bastón.

—Corre, joven maestro Riff. Muy pronto tendrás respuestas para tus preguntas.

Riff cerró la boca de inmediato e hizo sus reverencias ante la Madre Brambles.

—Vamos, Riff. Tenemos planes que hacer—le dijo en voz baja Almoriz.

Riff empezó a correr y después se detuvo. Se ajustó las ropas y siguió a su maestro como si hubiera sido su idea.

Aliados inesperados

—No confío en ese, Madre—dijo Gaidel mientras observaba al aprendiz del viejo hechicero paseándose entre la multitud.

—Si eliges desconfiar de cada hombre que te mira, Hija de Gaidel, vas a terminar desconfiando de la mitad de los habitantes de la Cuna—opinó la Madre Brambles.

Dos Alces se rio entre dientes y se ganó un codazo en las costillas. Si el bárbaro sintió el golpe, no lo demostró. ¿Cómo podía pensar la Madre Brambles que era por esa razón que desconfiaba de Riff? Apenas si le prestó atención a las miradas del aprendiz. Como todos los hombres, creía que tenía los ojos en el pecho.

—Como druida, no dejo que...—empezó a decir Gaidel.

—No agites las plumas—la interrumpió Brambles—, es bueno desconfiar del aprendiz de Almoriz. Pero él también es parte de esto, no te equivoques. —La Madre Brambles se dio vuelta y se apoyó sobre el bastón que tanto la identificaba, y empezó a moverse en dirección al bosque. —Camina conmigo —sugirió.

Gaidel se ubicó al lado de Brambles. Como siempre, Dos Alces la seguía muy de cerca. No era una niña indefensa.

—¿Tienes que seguirme tan de cerca? Si necesito cantar la canción, estoy segura de que lo presentirías y te pararías encima de mí.

Como era de esperarse, Dos Alces se quedó mirándola fijo varios minutos. Gaidel seguía sin entender si lo hacía para traducir sus palabras o para protestar, aunque se inclinaba por la segunda opción. No tenía tiempo para un concurso de vanidades, así que se dio vuelta y enfrentó a la Madre Brambles con los puños apretados.

—No seas tan dura con tu nuevo Guardián de Escudo, Hija Gaidel—sugirió la Madre Brambles—. La unión es difícil para ellos y su pasión por vigilar y proteger es muy fuerte. Algunos lo han confundido con emociones de otro tipo—explicó la druida, mirándola de reojo un largo rato. Los labios de

la anciana sostuvieron una sonrisa traviesa que habría hecho sonrojar a un Cazador de las Caídas.

Gaidel sintió que la cara se le ponía roja y miró a Dos Alces.

—Ni se te ocurra, ¿me escuchaste?

Dos Alces siguió mirándola fijo y con el rostro impassible.

—Muy flaquita—dijo finalmente.

A la Madre Brambles le pareció una respuesta bastante graciosa y se rio entre dientes mientras caminaba. Gaidel decidió que era mejor no responder, porque evidentemente estaba en desventaja numérica. Después iba a ocuparse de encasillar al bárbaro gigante.

Se movieron entre la multitud sin dificultades. El oso compañero de la Madre Brambles se destacaba claramente por encima de las cabezas de los jueguistas, que evitaban interponerse en el camino de la bestia. Llegaron al límite del bosque y, como si hubiera sentido que era el destino final, el oso olfateó el suelo, se dio media vuelta y se desplomó lanzando un fuerte resoplido.

La Madre Brambles se sentó sobre la pierna delantera del oso, como hacía habitualmente, y se recostó sobre el pelaje marrón del animal. Colocó el bastón sobre el regazo y miró alrededor. Miraba como si estuviera sentada en un trono presidiendo un concejo.

—Creo que voy a elegir al muchacho como Colmillo—anunció finalmente Brambles.

—Ni siquiera pasó la prueba de madurez, Madre.

—La va a pasar, lo he cantado. La pregunta es si va a sobrevivir al sacrificio.

—¿Lo van a sacrificar?—preguntó Gaidel conmocionada. ¿Qué más había cantado la Madre Brambles sobre él? ¿Cuánto podía penetrar en la canción?

—Sí, Hija Gaidel. Es la única manera que tenemos para comprobar si es el elegido.

Gaidel era apenas una druida principiante y sus habilidades lo reflejaban. Había aprendido a entrar en la Canción y seguir su curso, escuchaba cantar a la naturaleza del entorno y hasta podía hacer que los hijos de Allwyn siguieran su canción durante un breve lapso de tiempo. Cuando estaba inmersa en la Canción, se sentía parte del todo. Pero cantar tu propia canción en contra el empuje constante de la Canción Superior era difícil, y muchas veces las druidas se perdían y, por ende, perdían aquellos que habían ido a buscar al

principio. Lo que queda de una druida que se pierde en la Canción es solo el caparazón de lo que fue alguna vez, apenas capaz de realizar las tareas más simples.

La Madre Brambles era la Madre Druida desde hacía años. Su edad solía ser tema de debate entre las druidas reunidas en concejo, pero ninguna tenía el coraje de preguntarle directamente.

—Madre, ¿qué pasa si es el elegido?—se animó a preguntar Gaidel.

—Entonces hay que protegerlo. Equilibrio sobre todas las cosas, Hija Gaidel—dijo la Madre Brambles, como si esa oración fuera la respuesta para todo.

—Equilibrio por encima de todo lo demás—repitió Gaidel, sin entender realmente cómo todo este asunto iba a terminar equilibrado—. ¿Qué hacemos con el pedido del Magistrado Obudar, de mantener la paz como dictan nuestras obligaciones?—preguntó Gaidel.

La Madre Brambles observó las celebraciones, mientras su mano arrugada bailaba al ritmo de una canción festiva que estaban interpretando un grupo de juglares errantes, que se habían entretejido camino entre la multitud.

—Lo que el Magistrado Obudar, y aparentemente tú tampoco, entienden es que el equilibrio y la paz no siempre van de la mano—afirmó la vieja druida.

Gaidel se dio cuenta de que otras druidas de su orden se habían separado de la muchedumbre y entrado al bosque. Se acercaban a ellos.

—Vamos a dejar que los eventos se den como están predestinados. Después de las pruebas de madurez y de la Ceremonia, me voy. Les voy a pedir a las hermanas de la orden que hagan lo mismo. Pero a ti no, Hija Gaidel. Después de que Ghile de la Última Aldea sobreviva al sacrificio, quiero que me lo traigas a él y a su guardián.

—Que sobreviva... ¿a su guardián?—preguntó Gaidel.

—Sí, tu nuevo admirador, el joven Maestro Riff—dijo entre risas la anciana moviendo la cabeza al ritmo de la música. Les hizo señas a las recién llegadas para que se acercaran, acción que dio por terminada la conversación con Gaidel.

Mientras Gaidel veía cómo la Madre Brambles saludaba a las otras druidas, se preguntó cómo haría Ghile para sobrevivir al sacrificio.

Todo cambia

Los rayos del Sol le calentaron el rostro y lo despertaron. Ghile bostezó, se estiró lo máximo que pudo y se limpió las lagañas de los ojos. Despacio, salió de debajo de un borde de piedra escarpado que había usado como refugio y se animó a mirar por encima de la cara del acantilado hacia el suelo del bosque.

Al frente se extendían las ramas más altas del Bosque Rojo como una mezcla de extremidades dobladas y follaje desparramado. El azul del cielo que Ghile llegaba a ver entre las hojas estaba salpicado por los tintes naranjas y amarillos de la mañana. El viento todavía transportaba el frío de la noche y el canto de los pájaros llenaba la atmósfera.

Las ramas de los árboles que bordeaban el acantilado se mecían con calma. Cuando la tarde cayó, había empezado a bajar por el acantilado. Ghile intentaba contrarrestar la rigidez de los hombros. El estómago le crujía: era hora de buscar algo para comer. Balanceó las piernas en el borde del acantilado y estuvo a punto de saltar y bajar flotando cuando vio que algo se movía abajo.

Entre todos los iniciados que corrían paralelo a la pared del acantilado, estaban Gar y Bralf, como no podía ser de otra manera. Corrían rápido y miraban todo el tiempo para atrás. Ghile se inclinó sobre la saliente hasta donde se animó y espió a los cazadores. Antes de verlos, los escuchó: había un grupo de cazadores que se acercaban gritando y vitoreando por la pendiente. Todos tenían el torso desnudo y estaban cubiertos de espirales rojas. Se golpeaban los escudos con los palos y se acercaban más y más.

Ghile jugueteó con la idea de usar sus poderes para hacer tropezar a los dos bravucones. Sería muy fácil agarrar un par de piedras de su morral y arrojárselas a los pies. Ghile imaginó la expresión de sus caras cuando los cazadores los atraparan y los golpearan hasta rendirse. Volverían llenos de vergüenza y tendrían que hacer la prueba al año siguiente. Se tocó el morral, una parte de su consciencia ansiaba probar la travesura.

—¡Gar, Bralf! Están cerca, ¡trépanse!—se escuchó gritar sin querer.

Los dos movieron las cabezas para buscar el origen de la voz.

—¡Acá arriba!—gritó Ghile.

Bralf lo vio primero y se lo señaló a Gar. Después miraron para atrás, se pelearon un poco y finalmente Bralf sacudió la cabeza y corrió hacia el acantilado. Gar dudó, estuvo a punto de seguir corriendo en la misma dirección, pero después insultó al aire y lo siguió a Bralf.

Ghile caminó por el borde de la saliente hasta llegar a la punta y empezó a ascender hasta la cima. Los bravucones tenían que superar el ascenso, pero al menos era una oportunidad de escapar. Los cazadores también iban a tener que trepar.

Ghile no necesitó usar los poderes para volver a la cima: había muchas grietas y salientes de piedra para usar como apoyos para las manos y los pies. Al llegar a la cima, se tiró al piso y rodó sobre la espalda. En esa zona el musgo crecía en masas gruesas y cubría las rocas. Se masajeó los hombros y los brazos adoloridos un rato, respirando hondo.

Cuando recuperó el aliento, se echó panza abajo y echó un vistazo por el borde. Gar y Bralf ya casi estaban en la cima y un poco más lejos, pero cada vez más cerca, los seguían la mitad de los cazadores. El resto habían seguido de largo para buscar una subida más fácil.

—No miren abajo—grito uno.

—Es una caída alta—agregó otro.

Ghile miró alrededor. No venía nadie. El acantilado parecía extenderse varios metros. Nunca antes había estado en ese sector del Bosque Rojo, pero sabía que estaba bastante alto en las montañas y a salvo de todo, menos de los cazadores. Lamentablemente, también sabía que los bosques eran bien patrullados y, si había algún leñador o Colmillo entre los cazadores, iban a descubrir que había una ruta de ascenso más fácil.

—¡Ghile! ¡Dame una mano!—gritó Bralf. Nunca creyó que iba a escuchar a Bralf pidiéndole ayuda. Ghile encogió los hombros y extendió el brazo para jalarlo. Cuando atinó a hacer lo mismo con Gar, se encontró con una mirada de odio. Suspiró y miró alrededor, tratando de decidir para qué lado partir mientras Gar terminaba de subir.

—Gracias, Ghile—dijo Bralf, apoyando las manos sobre las rodillas y tratando de recuperar el aliento.

—No hay de qué—respondió Ghile—. Estamos mejor. Parece que algunos iban a dar la vuelta—dijo Ghile. Dicho eso, se dirigió hacia el borde del

acantilado caminando sobre el piso cubierto de piedras musgosas. En la cima no crecían los árboles, la idea era sacarles la mayor distancia posible a los cazadores antes de que los alcanzaran.

Escuchó que los bravucones lo seguían y se preguntó qué estarían tramando. No tenía tiempo de pedirles que se fueran, además lo único que recibiría por su ayuda era una trompada.

Los tres corrieron en silencio durante un rato. Ghile fue adelante durante un tiempo, pero Gar lo igualaba. Era obvio que sabían adónde iban. Mientras estuvieran con él, Ghile no podía usar sus poderes para borrar las huellas. Tampoco podían correr el día entero más rápido que los cazadores. Tarde o temprano, los alcanzarían o se cruzarían con otro grupo.

Se escucharon más gritos, Ghile supo que los cazadores habían alcanzado la cima. Pronto tendrían que lidiar con más.

De pronto el piso desapareció y tanto él como Gar estuvieron a punto de caerse, llegaron a agarrarse en el último instante. Sin darse cuenta, se habían topado con un precipicio. Ghile buscó frenéticamente una bajada, pero el acantilado se doblaba hacia adentro.

Ghile se dio vuelta justo a tiempo para recibir un puñetazo de Gar, que lo desplomó contra el suelo.

—Que te trague el Devorador, Ghile—escupió Gar señalándolo con el dedo—. Nos encerraste.

Ghile sacudió la cabeza para recuperar los sentidos y después se levantó.

—No les dije que me siguieran, Gar.

Gar se movió para pegarle otra vez pero Bralf se colocó en el medio.

—Ya basta, Gar. Vamos a tener que buscar una salida. Lo necesitamos.

—Déjame ir, estoy harto de este nene de Papá. —Gar se sacudió para librarse de Bralf.

Ghile estuvo a punto de pedirle a Bralf que lo soltara. Ghile saboreó la sangre de la boca y sabía a furia. Estaba más que listo para darle a Gar la paliza que se merecía. Lo único que lo detuvo fueron los gritos de los cazadores que se acercaban.

Ghile examinó el abismo: el borde del otro lado estaba fuera del alcance de un salto normal. Sin embargo, el otro borde tenía menos altura. Si iba a intentarlo, tenía que hacerlo ahora. Retrocedió unos pasos.

Gar y Bralf se dieron cuenta de lo que estaba a punto de hacer Ghile y dejaron de forcejear. Por las expresiones de sus caras, Ghile supo lo que

estaban pensando. Escuchó que los hombres se acercaban. Si lo iba a intentar, tenía que concentrarse al máximo.

Antes de darse cuenta de que había saltado, Ghile estaba planeando sobre la nada. Extendió los brazos sobre la cabeza y empujó hacia arriba el delgado escudo de fuerza con forma de taza para embolsar el viento y volar hacia el otro lado. Pensó en soltar el escudo de fuerza e intentar amortiguar la caída con un escudo más grueso, pero no iba a lograrlo. Estaba cayendo muy rápido. El aire le pasaba a toda velocidad, entonces acabó estrellándose contra la cara opuesta del acantilado. El escudo de fuerza se disipó ante el impacto, Ghile tanteó en busca de cualquier cosa que frenara la caída. Los dedos de la mano izquierda se metieron en una ranura, concentró su voluntad en ellos y sintió que el escudo de fuerza se escurría por la ranura, deslizándose dentro de la pared. Logró detenerse. Se quedó colgado un rato, inhalando aire en jadeos entrecortados.

Se dio la vuelta justo a tiempo para ver a los cazadores, que se habían colocado al lado de Gar y Bralf y seguían mirando con los ojos y las bocas abiertos. Los cazadores ignoraron a los chicos, el salto de Ghile había sido más impresionante. Primero pispiaron el abismo, pero cuando lo vieron colgado del otro lado, comenzaron a gritar y golpearse los escudos.

Ghile sonrió tímidamente y comenzó a trepar. Recién en ese momento, comprendió lo que acaba de hacer. Nunca se había sentido más vivo. Besó la pared del acantilado y se echó a reír. Trepó hasta la cima y se sentó, saludando al otro lado y riéndose.

Seguía riéndose cuando los cazadores agarraron a Gar y Bralf y se los llevaron arrastrándolos. Gar y Bralf estaban demasiado impresionados para dar pelea, o los cazadores también estaban demasiado asombrados para usar los palos para dominarlos. De cualquier manera, parecía que ambas partes se iban en paz. Ghile se limpió las lágrimas de alegría y miró alrededor para ver por dónde seguir.

Del otro lado del abismo, Gar le pegó un puntapié a uno de los hombres que lo sostenía, le pasó el brazo por el pecho y lo hizo tropezar. Se deshizo del otro cazador y quedó libre. Se dio la vuelta y salió corriendo hacia Ghile y el abismo.

Ghile se paró de un salto y le hizo señas a Gar para que se detuviera. ¿No estaría pensando en saltar?

—¡No!—gritó Ghile.

Vio el gesto de determinación en el rostro de Gar cuando dio las últimas zancadas y saltó al aire. Mientras Gar volaba por el abismo, se cruzaron las miradas. El odio en los ojos de Gar resplandecía, como si fuera la fuerza que necesitaba para cruzar la grieta.

No lo era.

Los ojos de Gar siguieron fijos en Ghile, pero el odio fue reemplazado por temor cuando empezó a caer y desapareció de la vista.

Ceremonia de Atrición

Ghile no sentía nada, estaba bloqueado. Formaba fila junto a los otros jóvenes hombres y mujeres que tenían la edad para pasar la Ceremonia de Atrición. Los cientos de fuegos que ardían en los campos de las afueras de Ciudad Lago proyectaban sombras largas. Los rostros de los espectadores parecían reflejos distorsionados; algunos sostenían antorchas de llamas eternas que brillaban más fuerte que los fuegos comunes. Las armaduras de los enanos que se habían reunido para la ceremonia reflejaban destellos de luz.

Ghile veía la cara de Gar. El resto del día lo había pasado confundido. Después del accidente del acantilado, no había vuelto a ver un cazador. Tal vez lo habían dejado en paz después de lo que presenciaron. Habrían pensado que no era fácil de capturar. Caminó tropezándose por el bosque hasta que finalmente regresó al campo del festival y a las multitudes animadas en las afueras de Ciudad Lago.

Su madre lo recibió con llantos y abrazos, mientras sostenía a Tia en brazos. Su padre le palmeó los hombros y movió la cabeza en señal de aprobación.

—Ya falta poco y volvemos a casa—había afirmado su padre.

Ghile había pasado la ceremonia final junto a los demás sobrevivientes, y fueron todos reconocidos como hombres de la Cuna. Después, acercaron a la druida más anciana, la Madre Brambles, para que ella los viera y, posiblemente, eligiera.

Al igual que los demás, Ghile se acercó a la druida anciana acompañado por su familia. La Madre Brambles estaba perdida en la Canción, y las otras druidas tenían las cabezas inclinadas. Al ver a la anciana, Ghile pensó inmediatamente en una fruta marchita que se había resecado al sol. Entonces la druida abrió los ojos y lo tocó con el bastón torcido. En la profundidad de sus ojos, Ghile distinguió algo que fluía, como si fuera un río que acarreaba pequeñas luces. Tenía un poder que emanaba de su cuerpo como si fueran olas, era tan intenso que de un tirón lo sacó a Ghile de su estupor.

La muchedumbre explotó en aplausos y gritos. ¿Lo había elegido? ¿Iba a ser Colmillo como su tío? Ghile no sabía cómo reaccionar. Estaba entusiasmado y aterrado al mismo tiempo.

Su padre dio un paso adelante y, con solemnidad y firmeza, sacudió la cabeza. Por tradición, el padre tenía derecho a negarse. Ghile tuvo ganas de apartarlo, ahora tenía el coraje para aceptar la oferta de la druida. Sabía que le traería deshonra a su padre, pero no se detuvo por eso. Se dio vuelta y miró a su madre y a Tia. ¿Cómo las iba a dejar? Ya habían perdido a Adon.

Pensó en Gar, sus ojos furiosos y acusadores ocupaban su visión. ¿Se merecía este honor? Finalmente, relajó la tensión y la confusión acumuladas durante el día, y siguió a su familia mansamente, alejándose de la mujer cantora y de sus ojos brillantes.

Ghile recuerda haber comido algo, después escuchó las bocinas que llamaban a todos los mayores de edad a presenciar la Ceremonia. Ahí se quedó parado, esperando.

Fijó la vista en la fila de hombres que esperaban cuando apareció el enano más grande que había visto. Cada centímetro del enano estaba recubierto de metal. La luz de las fogatas bailaba por la armadura y el martillo enorme que llevaba colgando.

Ghile quedó fascinado con el casco. Parecía un enano gritón, pero en la parte del casco donde iba la boca, resplandecía un rostro chato y ancho, con una barba desparramada encima. Bajó la cabeza por miedo a que el enano lo viera. Por primera vez desde que encontró la estatua, Ghile sintió que el miedo trepaba por su estómago como una babosa gorda y húmeda. Ghile escuchó que la chica de al lado se largaba a llorar.

Todas las advertencias que Adon le había dado sobre la ceremonia eran ciertas. Se le secó la boca, no podía tragar. Intentó respirar hondo y encontrar equilibrio, pero no lo lograba. No podía concentrarse.

Escuchó el extraño sonido que hace el metal cuando se frota contra algo y sintió, más que escuchar, que el enano caminaba hacia él. El tintineo del metal le perforaba los oídos. ¿Iba a desmayarse?

El tintineo creció en intensidad. Ghile levantó la cabeza y vio al corpulento enano parado frente a él. El enano sostenía el martillo como si recién hubiera descubierto que estaba sosteniendo una serpiente de piedra. El martillo era lo que hacía ruido y de pronto empezó a brillar. Ghile sintió un dolor intenso que irradiaba del pecho, un dolor que llevaba el mismo ritmo

que el tintineo y la luz proveniente del martillo. Ghile intentó correr, pero sus piernas no respondían el pedido de huida.

A lo lejos, escuchó los gritos de su madre y a su padre llamándolo por el nombre. En ese momento, Ghile recordó haber sostenido la mano de su madre cuando un enano cubierto de metal había elegido a Adon.

Iba a morir.

—¡Te sacrifico a ti!—rugió el enano.

Ghile vio el martillo, cuya superficie bailaba con las llamas reflejadas, cayendo sobre su rostro. No tuvo tiempo de gritar porque el martillo bloqueó todo lo demás y el dolor de su pecho lo consumía.

Obligación sagrada

Finngyr levantó el martillo de mango largo, su peso familiar se acomodó entre sus manos. Apretó la reliquia con fuerza y comenzó a recitar las palabras de obediencia que todos los sacrificadores aprendían de memoria y que usaban para reconfirmar todos los días su lealtad total a Daomur.

Tu palabra es la ley

Soy tu instrumento

Imparto tu ley.

Tu palabra es la justicia.

Soy tu instrumento

Imparto tu justicia.

Tu palabra es la verdad.

Soy tu instrumento.

Imparto tu verdad.

Bajo el juicio de Daomur, estamos protegidos.

Finngyr ingresó caminando al descampado. Su armadura resplandecía. Se quedó parado allí mirando las manadas de humanos que esperaban el juicio de Daomur, apiñados alrededor de las enormes fogatas.

Finngyr había nacido para impartir la justicia de Daomur sobre los humanos, pero aunque le daba placer servir a su dios, seguía sintiendo el escozor de siempre antes de la batalla. Desde que prestó juramentos, había servido en las Llanuras de Nordlah. Buscar a los humanos que podían ser instrumentos del dios Hambriento era una guerra. Los bárbaros lucharían junto a los hombres que estaban en contra de la ley de Daomur. Cada metro avanzado era una lucha.

Aquí, en la llamada Cuna de los Dioses, los humanos hacían filas como corderos para la matanza. Finngyr sintió que la bilis se le subía a la boca, mientras caminaba delante de las filas de enanos que habían llegado para supervisar la ceremonia. Se había asegurado de que su armadura brillara y de que las armas tuvieran los bordes bien afilados.

A los guardias de frontera les falta disciplina. Se pusieron vagos pastoreando a estos humanos. Tendrían que mandarlos a todos a Daomount. Un día en la ciudad montaña más sagrada del imperio les recordaría a estos pueblerinos de campo cuál es el bien mayor al que sirven. ¡Qué manga de remilgados, todos!

Finngyr no veía la hora de terminar e irse de ese lugar. Estaba acostumbrado a incursionar en el grueso de la batalla junto a sus hermanos Jueces Caballeros, todos armados con el martillo antiguo, igual al que sostenía Finngyr ahora. Esos martillos eran el objeto más sagrado y distintivo de la secta, y los usaban para identificar a los instrumentos del Dios Hambriento. Cuando el martillo zumbaba entre sus dedos, sabía que había encontrado a un traidor y entonces recitaba las oraciones a Daomur mientras sacrificaba a la oveja negra de la manada. Casi parecía un insulto caminar entre las filas de estos humanos ignorantes.

El Magistrado y ese concejo de comerciantes gordos.

Se había hartado de sus quejas incesantes pidiendo por la paz. Le habían pedido que señalara a cualquiera que eligiera y que ellos se ocuparían después en el Bastión. Pero no iban a decirle cómo desempeñar su tarea sagrada.

Caminó delante de la fila, blandiendo el martillo ante los rostros de los jóvenes. No tenían idea lo que contemplaban. En un momento, pareció que uno de ellos extendía los brazos para tocar el martillo. *Atrévete*, pensó Finngyr. Como sospechaba, el martillo estaba dormido entre sus manos. No sentía ningún amor por las criaturas humanas, pero iba a seguir la ley de Daomur. Estaba prohibido sacrificar a alguien que el martillo no señalara como un instrumento del Dios Hambriento, pero sí en defensa propia o para castigar a aquellos que entorpecieran su desempeño. Por el amor de Daomur, ojalá intentaran detenerlo.

El zumbido lo tomó por sorpresa al comienzo. Se paró frente a un humanito desgarbado. Tenía los hombros hundidos y sus gruesos rulos negros todavía ostentaban rastros del bosque, signo de que venía de pasar las pruebas de madurez.

El zumbido se volvió más fuerte.

El martillo nunca había emitido sonidos. No estaba seguro de lo que estaba pasando. Lo máximo que había sentido era un tamboreo suave. Algunos

Jueces le habían confiado que no siempre estaban seguros de lo que sentían y que sacrificaban a un humano solo porque sí.

Algunos de los humanos de la fila lo miraron cuando el martillo empezó a temblar entre sus manos. Finngyr vio un destello de luz repentino que lo encegueció.

El humano lo miraba fijo, primero con confusión y luego con un horror creciente en su rostro. No se trataba de un instrumento del Dios Hambriento. ¡Era el mismo Haurtu que había vuelto para destruirlos!

—¡Te sacrifico a ti!—rugió Finngyr.

Blandió el martillo y lo atacó con un golpe descendente, reuniendo todas sus fuerzas en el ataque.

Finngyr sintió el impacto y esperó encontrarse, como era habitual, con la elasticidad de la carne blanda y el aplastamiento de varios huesos. Sin embargo, se sintió como si golpeará contra una piedra. Un destello enceguecedor y una especie de aire caliente lo envolvieron y lo empujaron hacia atrás, mientras el martillo se desprendía de sus manos.

Finngyr cayó con fuerza y contrajo los músculos para evitar quedarse sin aire. Se dobló lo máximo que le permitía la armadura, rodó con el envión y se puso de cuclillas, sosteniendo el hacha con una mano.

Finngyr oyó gritos y apenas distinguió unas figuras borrosas que pasaron corriendo por al lado. No podía enfocar la vista. La imagen residual del destello todavía colmaba sus retinas. Había perdido del martillo. ¿Qué había golpeado? ¿Habría matado al chaval?

—¡Enanos, vengan aquí!—rugió Finngyr.

Avanzó. Las sombras bailaban delante de él. Había algo que lo empujaba; se lo quitó con un golpe de hacha y fue recompensado con un grito placentero.

—¡No se paren delante de mí! Camino en la gracia de Daomur y quienes se opongan morirán en su nombre.

Escuchó los rítmicos sonidos del metal golpeando contra cadenas. Había empezado a aclararse la visión cuando empezaron las explosiones.

El rescate

Riff se protegió los ojos del destello. No tuvo tiempo de preguntarle al Maestro Almoriz cómo sabía que iba a pasar eso. Repasó la acción: Ghile y el sacrificador volando en direcciones opuestas, repeliéndose. Todo para nada. *Fue inútil*, pensó mientras se abría de la multitud y se acercó corriendo al punto donde había aterrizado Ghile en un revoltijo de piernas. *Nadie podría sobrevivir a ese golpe.*

Las personas gritaban y corrían para todos lados. Riff se acercó a Ghile, no podía creerlo: no tenía ni una marca. Su cabeza tendría que estar rebotando en el Cuerno ahora mismo. Riff no tuvo tiempo de comprender qué había pasado. Ghile estaba retorciéndose en el piso, apretándose el pecho.

—¡Enanos, acérquense!—Riff escuchó que gritaban. Al parecer, el sacrificador no estaba tan herido como Ghile. Riff lo levantó y lo envolvió con un brazo para darle apoyo.

—Estoy maldito, Adon. ¿Qué me hiciste?—murmuró Ghile.

—No soy Adon, pastor de ovejas. Vamos, tenemos que irnos—le contestó Riff mientras apartaba a la multitud. ¿Por qué habrá pensado que estaba maldito por sobrevivir a un golpe así?...más bien estaba bendecido.

—¡No se paren adelante! Camino en la gracia de Daomur y todos los que se opondan morirán en su nombre—gritaba alguien desde atrás.

Fantástico, pensó Riff. *¿Dónde está esa distracción que prometió el Maestro? Cuanto antes, mejor.*

De pronto, explotaron unas fogatas y todo el campo se iluminó. Las llamas se elevaban como troncos dorados y rojos y explotaban en ramificaciones enturbiadas y feroces.

Las llamas con formas de ramas cobraron vida, se parecían a abejas enjambradas alrededor de las fogatas que les dieron a luz. Luego siguió una segunda explosión que arrojó cenizas y vigas para todos lados.

Riff nunca imaginó que el Maestro Almoriz era capaz de controlar tanto fuego. Era imposible. El viejo hechicero artero le había estado ocultando

cosas.

En ese momento la gente entró en pánico de verdad y se golpearon entre sí tratando de huir. Empezó a descender sobre el campo una nube de cenizas ardientes. Riff se cubrió el rostro con una manga. Se animó a mirar atrás y vio que las cenizas se estaban transformando en un gran nubarrón.

¡Eso sí es una distracción!

Su palabra es la ley

—Es malo para el negocio—exclamó el Magistrado Obudar. Estaba sentado, jugando con su mentón barbudo. Otra vez estaba reunido en la sala de audiencias. Antes le gustaba ese lugar, porque era donde le servían las comidas mientras recibía los informes de ganancias. *Últimamente no*, pensó.

Los miembros del clan estaban sentados alrededor de la mesa de piedra larga y negra. Discutían entre sí entre susurros graves y solo se callaban cuando alguno de los guardias entraba corriendo para brindar los últimos reportes. Hacía varias horas que tendría que haber llegado el próximo guardia. Ciudad Lago era un caos.

Obudar se sentaba encorvado y pensaba en silencio. Le dolía la cintura por estar en esa posición incómoda, pero el dolor encajaba con su humor. A excepción de los ojos, el resto del cuerpo era como una estatua. Los ojos se movían de un miembro del clan al otro, desafiándolos a devolverle la mirada. Cuando los otros enanos entraron apurados a la sala, pidieron cerrar las compuertas inmediatamente. ¿Cómo podían pedir eso? Muchos de los humanos que vivían en Ciudad Lago seguían gritando y buscando un refugio. Pero junto a esos humanos, también estaban los otros, los revoltosos y saqueadores. Obudar tenía la obligación de proteger a los que vivían en la ciudad. Entendía los miedos del clan. Por Daomur, él mismo nunca había estado más asustado en su vida. Pero los humanos no son enanos, ellos no controlan sus emociones.

Ya había hablado con los humanos ancianos de Ciudad Lago. Hicieron más preguntas de las que deseaba, preguntas para las que no tenía respuestas. Ese despliegue de poder solo podía ser obra de los dioses. Nunca habían visto tanto poder. Obudar tampoco. Les recordó la precariedad de su situación si no ayudaban a restaurar la paz. Hecha la advertencia, los despachó del Bastión bajo la protección de los guardias.

Cuando la nube de cenizas descendió sobre el campo del festival, el Magistrado ordenó un toque de queda. Una vez que selló el Bastión y los enanos estaban a salvo, mandó a los guardias a la ciudad para restaurar el

orden. Entre las muestras de magia divina y el sacrificador que se abría camino aporreando a los humanos, le sorprendía que las cosas no estuvieran peor. *¿Dónde estaba las druidas?* Había visto a la Madre Brambles presidiendo las pruebas de madurez después del discurso de inauguración. *¿Por qué no cumplía con su deber? ¿La joven druida no le había dicho nada? Menos mal que querían mantener su precioso equilibrio. Si no servían para mantener la paz, entonces iba a mandar órdenes escritas a la ciudad capital para que revisaran las leyes que permitían su existencia ante el concejo.*

Obudar se jaló la barba. Finngyr había ignorado todo lo que le dijeron. *Maldito sea, Finngyr y su fervor.* Obudar volvió a preguntarse si las leyes que concernían a los Jueces Caballeros y la Purga Sagrada no les concedían demasiado poder a su secta.

—Señor, el hechicero Hengon está aquí, como lo solicitó—anunció un guardia, que había entrado junto a otro guardia, escoltando al hechicero regordete.

—Magistrado Obudar, estoy para servirle—ronroneó el hechicero mientras inclinaba su cabeza calva y extendía las palmas de las manos hacia arriba, revelando sus dedos con forma de salchichas.

—Ponte cómodo, humano—escupió el Juez Caballero Finngyr cuando entró a la sala de audiencias del Magistrado. Su armadura, otrora brillante, estaba cubierta de cenizas y tenía salpicaduras de sangre que se agrupaban sobre las ranuras del metal como si fueran manchas negras. Aferró con fuerza el martillo, también manchado por el trabajo del día.

—¡Juez Caballero!—gritó el Magistrado—. ¡No te olvides el lugar que ocupas!—Obudar no recordaba la última vez que había perdido los estribos, pero sentía que su ira iba creciendo. Un equipo completo de doce guardias seguían al Juez Caballero. Ellos también estaban cubiertos de cenizas.

—¿Por qué no están patrullando la ciudad como lo ordené?—preguntó Obudar.

No les veía las caras detrás de las viseras de los cascos, pero por el lenguaje corporal, se daba cuenta de que preferían estar en cualquier otro lugar en ese momento.

El Juez Caballero señaló al hechicero.

—¡Arresten al humano! Si se resiste, lo mato.

Hengon comenzó a retroceder con actitud suplicante y mirando al

Magistrado, en busca de ayuda.

—¡No obedezca, Sargento!—gritó el Magistrado.

Los guardias vacilaron y miraron al Juez Caballero y después al Magistrado.

El Sargento al mando de los guardias se desajustó la hebilla, se sacó el casco y avanzó.

Obudar conocía al Sargento Montul desde el día que había llegado a la Cuna. Montul era un líder firme, que acataba las órdenes y nunca usaba más fuerza de la necesaria para cumplir con su deber. Tenía la misma edad que Obudar y esperaba terminar su carrera con esta misión. Su deseo era retirarse a un remanso tranquilo y pasar sus últimos días pescando en el Lago Cristal.

El área alrededor de los ojos de Montul era una máscara cenicienta que le cubría el rostro, pero no podía ocultar el miedo.

—Lo siento, Magistrado—dijo el Sargento Montul y miró a los guardias—. Escucharon al Juez Caballero: arresten al prisionero.

—¿Qué está pasando?—preguntó anonadado Obudar.

Con aires de superioridad, Finngyr observó cómo los guardias apresaban al humano. Atravesó la sala, se sacó el casco y los guanteletes, y los colocó con cuidado sobre la mesa ubicada frente al magistrado. Obudar vio que la sangre medio seca y las cenizas embadurnaban los pergaminos de contabilidad.

—Obedecemos la ley, Magistrado. Eso es lo que pasa—explicó Finngyr—. Hay un humano poseído por Haurtu en la Cuna. Hasta que lo capturemos, quedo a cargo de todos los soldados del imperio asignados a esta zona.

—Pero lo sacrificaste—declaró con firmeza Fjorn, desde un costado de Obudar. Al menos lo dijo controlando las emociones.

—¡No está muerto, idiotas! ¡Dije que hay un humano poseído! Esto va más allá del sacrificio. Lo habría capturado yo en el campo si este mago no lo hubiera ayudado a escapar.

A Hengon le caía la sangre por la cara y, de no ser por los guardias que lo sostenían, se habría desplomado contra el piso.

—No hice nada. Ni siquiera puedo controlar tanto fuego—balbuceó Hengon. Miró a Obudar—. Magistrado, yo nunca...

El Magistrado levantó una mano.

—Juez Caballero, necesitamos a los soldados para garantizar la seguridad de los ciudadanos y de los bienes de Ciudad Lago.

—Eso hacemos—retrucó el Juez Caballero—. Puedes vigilar tú mismo los depósitos. Y no te molestes en llamar al Capitán, él está bajo mi mando y está reuniendo más escuadrones en este momento.

El Magistrado se dejó caer sobre el asiento para evaluar las consecuencias de todo lo que había escuchado. Ciudad Lago iba a quedar desprotegida. Pero Obudar entendía que no podía hacer nada, las leyes eran claras. Mientras hubiera un humano poseído en la Cuna, el Juez Caballero tenía jurisdicción plena. Además tenía licencia para sacrificar a cualquier humano, o enano por si acaso, que se interpusiera en su camino. A Obudar le pesaban cada uno de sus ciento treinta años.

Hengon sintió el cambio de poder, era tangible. Por encima de todas las cosas, el hechicero era un sobreviviente. Estaba bien posicionado sirviendo a los enanos y a los humanos ancianos de Ciudad Lago. No iba a permitir que un pueblerino descalzo de las tierras altas lo arruinara todo.

—Juez Caballero, el chico que busca es Ghile de la Última Aldea. Es un pueblo pequeño del Valle Superior, ubicado en la parte más alta de la Cuna a los pies del Cuerno—declaró Hengon. Generalmente, se habría guardado alguna información para aprovecharla en otra oportunidad, pero este enano lo aterraba—. No soy el único hechicero de la Cuna, Juez Caballero. El otro es Almoriz de la Piedra Susurrante. Él y su aprendiz suelen visitar los poblados de las periferias.

—¿Es cierto, humano?—preguntó Finngyr, mirando al hechicero de repente como si recién se diera cuenta de su presencia.

A Hengon nunca le había gustado Almoriz y su modo de vida vagabundo. No le debía nada a su antiguo maestro, hacía años que no hablaban. Sin embargo, Hengon no creía que el viejo hechicero fuera capaz de controlar tanto fuego. Era imposible, pero era mejor que los enanos lo culparan a Almoriz. Hengon prefería no pensar en lo que le pasaría si los enanos lo veían como una amenaza y no como una herramienta útil.

—Desnúdenlo y enciérrenlo. No queremos que use su magia de porquería—ordenó el Juez Caballero, volteándose hacia la mesa—. Espérenme en el vestíbulo de entrada. Partimos para la Última Aldea.

—¿Para qué necesitas un pelotón entero para capturar a un solo humano?—preguntó el Magistrado Obudar.

El Juez Caballero se puso el casco y los guanteletes primero, ignorando la pregunta. Solo cuando los guardias empezaron a intercambiar miradas de

reajo, se dignó a responder en voz calmada y controlada:

—Ese humano está poseído por Haurtu. Según nuestra doctrina, esa es la primera señal del regreso del Dios Hambriento. No podemos matarlo de manera normal, porque su Dios lo protege. Debo capturarlo y llevarlo a Daomount. Solo los ancianos de mi orden pueden destruirlo.

El Juez Caballero contaba con la atención de todos, se abrazaba a cada palabra que pronunciaba.

—Como si fuera poco, tiene aliados poderosos entre los humanos. Hay que garantizarle al imperio que lo tenemos totalmente controlado. De hecho, si este Almoriz fue el que provocó esos fuegos mágicos y la nube de cenizas, entonces lo mataré a él, a su aprendiz y a esa pelota de carne grasosa, porque son todas amenazas para el imperio—declaró Finngyr.

EL Juez Caballero levantó el martillo y giró sobre los talones.

—Y es la última vez que explico mis acciones ante ustedes, manga de comerciantes bobos.

Dicho eso, Finngyr se marchó de la sala, seguido de los guardias que arrastraban al llorón de Hengon.

Sacrificio

Ghile se apoyó contra la pared húmeda y fría de la cueva. Su calor corporal se disipaba, pero se sintió aliviado por la incomodidad. El estómago le crujía otra vez. *Bien*, pensó. Tenía que sufrir, era lo que se merecía. Estaba maldito, era un instrumento del Dios Hambriento.

Todavía le dolía el pecho, sabía era por la piedra, pero ya era un dolor más suave. Fantaseó con desgarrarse la piel y quitarse la piedra negra con los dedos.

El poder de la piedra lo había protegido del golpe del sacrificador, pero había sufrido muchas quemaduras por los carbones calientes y las cenizas por los que Riff lo había arrastrado. Escuchó hablar a los otros y se enteró de que fue el Maestro Almoriz el que provocó el fuego y el humo. Después de todo lo que vivió, había pocas cosas que lo sorprendían.

Había intentado escaparse de la custodia de Riff, cuando el dolor agudo del pecho aflojó y pudo pararse por sus propios medios. Riff lo había guiado hasta los bosques, donde se encontraron con una druida y su Guardián de Escudo. De pronto, se sintió muy enfermo y se largó a correr a los trepezones. El Guardián de Escudo lo levantó y lo acarreó como si fuera una ovejita extraviada. Intentó usar sus poderes para liberarse, pero no los tenía más.

Lo habían traído hasta esta caverna ubicada en alguna parte de las profundidades del Bosque Rojo, allí los estaban esperando el Maestro Almoriz y la Madre Brambles.

La primera vez que intentaron hablarle, les gritó en la cara. Después se sintió un poco tonto, pero en ese momento estaba sobrepasado por el dolor que sentía por Gar y las personas que vio quemándose vivas por los fuegos. Demostró todos los miedos que sentía desde que encontró la piedra en un torrente de lágrimas e insultos. Fue especialmente cruel con el Maestro Almoriz. Si alguien le dijera que había llamado al Hechicero de la Piedra Susurrante asesino de mierda y mentiroso, no lo habría creído. Pero eso hizo.

Lo habían acomodado en una pequeña cueva lateral que, a juzgar por el olor, le pertenecía al oso. La bestia comenzó a mirarlo con una expresión de aburrimiento. Aunque la gigante montaña de músculos y pelos se quedara dormida, Ghile dudaba que pudiera escabullirse por la entrada y escapar, porque el animal cubría casi por completo la única salida que conducía al espacio exterior, a excepción de una porción pequeñísima. El olor era nauseabundo.

Ghile intentó dormirse para entrar al mundo de los sueños y enfrentarse a Adon en la isla, pero tampoco lo consiguió. Cuando finalmente concilió el sueño, durmió como un tronco. Se despertó con sentimientos contradictorios: por un lado, tenía la esperanza de que la piedra se hubiera roto cuando le salvó la vida y, por otro, tenía miedo de que estuviera rota de verdad.

Estaba sentado en la cueva, sintiéndose un estúpido. Vio una luz y olió unos aromas muy deliciosos que provenían del exterior de la cueva pequeña. Escuchaba voces, aunque hablaban entre susurros. Seguro que estaban decidiendo qué hacer con él. ¿Por qué lo habían salvado?

De los humanos que más temía en el mundo, las druidas, los hechiceros y los bárbaros de las Llanuras de Nordlah encabezaban la lista. Sin embargo, estaba dispuesto a luchar contra los tres y el oso gigante si eso significaba no tener que enfrentarse con el enano otra vez. Cómo lo miró el enano cuando le asestó el golpe le provocó a Ghile unos escalofríos terribles por todo el cuerpo. Ese enano estaba loco de remate. Ghile pensaba en los enanos como seres sin emociones, pero el sacrificador las tenía a baldazos. Era difícil de describir la sensación, pero el recuerdo lo perturbaba y no podía sacarse la imagen del enano de la cabeza, como si fuera la cáscara de una cicatriz que es imposible dejar de rascar.

El estómago le protestaba de nuevo, tenía tanta hambre. No recordaba la última vez que había estado tan hambriento. No sabía qué iba a hacer, pero no pensaba tomar las decisiones con el estómago vacío. Meditó sobre la situación durante mucho tiempo.

Se levantó y con mucha cautela se acercó al oso dormido.

—Muy bien, osito. No estoy tratando de escapar. No me comas, por favor —dijo Ghile.

El oso levantó la cabeza hasta igualar la altura de los ojos de Ghile y lo miró fijo.

—¡Ya me calmé!—gritó Ghile hacia la caverna exterior.

—Déjalo salir, Bebé—escuchó decir a la Madre Brambles, desde atrás del oso.

Bebé bostezó y mostró una fila de dientes enormes, que les recordaron a las navajas que lleva el tío Toren. Moviendo el pelaje de un lado al otro, Bebé se contoneó para despejar la salida y apoyarse sobre sus patotas.

—¿Bebé?—preguntó Ghile. Salió caminando detrás del oso, lo más de cerca que se atrevía.

Cuando finalmente pudo ver algo más que a Bebé, notó que esta otra caverna no era mucho más grande que la suya, tenía el tamaño aproximado de una casa redonda. También poseía un hogar central, que lanzaba con indolencia bucles de humo hacia el techo. La Madre Brambles se sentó a su lado, mientras sacudía una pava.

—Así estaba cuando lo encontré. —Vertió una cucharada generosa del sustancioso guiso en un cuenco. —Toma, curarte te habrá dado hambre.

—Pensé que había escuchado otras voces...—preguntó Ghile mientras caminaba para sentarse junto al hogar. Le agradeció y aceptó el cuenco.

—Les pedí que comieran afuera. Pensé que ibas a dejar de castigarte a ti mismo cuando olieras el guiso que preparé. —Se acercó para sentarse cerca de él.

Ghile se sentó y clavó la mirada en el cuenco, avergonzado. Ghile se acercó el cuenco a la boca y probó la temperatura con cautela.

—Supongo que sabes quién soy, ¿no?—preguntó ella.

—Eres la Madre Brambles, la Jefa de las druidas—contestó Ghile. El guiso estaba un poco caliente, pero tenía mucha hambre para esperar.

—Y tú eres Ghile de la Última Aldea, hijo de Erec y Elana. Tienes una hermana menor llamada Tia y tenías un hermano mayor llamado Adon—afirmó, más que preguntar.

Ghile asintió. Le molestó la manera en que dijo “tenías”. Ghile agregó:

—A Adon lo sacrificaron.

—¿Lo sacrificaron o lo asesinaron?—preguntó la Madre Brambles. Tomó un palito del fuego y encendió una pipa que sacó de alguno de los numerosos pliegues de su túnica verde.

—¿Perdón?—dijo Ghile, masticando. Se quedó mirando a la mujer anciana. La parte calva del cuero cabelludo estaba casi completamente azul, con dibujos de numerosas runas.

—Perdón es lo que deberías pedir. Pero interpreto que estás diciendo que

no entiendes, no te estás disculpando por cómo nos trataste a los que te salvamos de Ciudad Lago.

Sus preguntas eran más afirmaciones que verdaderas preguntas.

—Lamento como me comporté—agregó Ghile, sintiendo que se enrojecía—. Te escuché. Lo sacrificaron.

—¿Y por qué no “asesinaron”?—Esta vez se trataba de una pregunta. Lo miraba por encima de la pipa, sus ojos viejos no se perdían de nada. Ghile se sentía como un cordero que había divisado un lobo.

—Los enanos sacrifican a los que pueden provocar el regreso del Dios Hambriento—contestó Ghile tal como se lo habían enseñado—. Es para proteger al mundo de su regreso. Somos una raza maldita.

—Qué corderos son, todos ustedes—dijo la Madre Brambles, apartándose de la cara el humo de la pipa, además de las palabras.

Ghile se tocó el pecho y sintió la piedra dura a través de la túnica de lana. ¿Cómo podía negar con tanta soltura la historia?

—Yo no soy un cordero, Madre Brambles.

—¿Y qué eres, Ghile de la Última Aldea?—retrucó ella.

—Estoy maldecido, soy un instrumento del Dios Hambriento—contestó Ghile con voz más alta de lo que quería. Había dejado de comer y sintió que las emociones iban brotando otra vez. Tenía ganas de salir corriendo y gritar.

La Madre Brambles seguía mirándolo y fumando la pipa.

—¿Y qué se siente?—preguntó entre humaradas.

—¿Qué?—Ghile no podía creer lo que escuchaba. ¿Estaba loca? ¿Tanto la habría afectado vivir con un oso gigante en una cueva durante tantos años?

—Dijiste que eres un instrumento de Haurtu, el dios de la sabiduría y del aprendizaje, y que estás maldito. ¿Qué se siente?—repitió la Madre Brambles.

¿Cómo podía estar sentada tan tranquila? ¿Qué quiso decir con lo del dios de la sabiduría y del aprendizaje? Ghile no entendía nada.

—Me refiero a Haurtu como lo conocimos nosotros, no como lo conocen los enanos—explicó. Se recostó y siguió fumando de la pipa. Le hizo un gesto a Ghile para que siguiera comiendo. —Cómete todo, Ghile de la Última Aldea, y te contaré sobre tu pueblo y su creador.

Ghile se terminó el cuenco y dos más, igual de llenos. La Madre Brambles le contó historias que nunca antes había oído. Según su versión, Haurtu era un dios sabio y los humanos habían resplandecido bajo su mando. No solo había creado a los humanos, sino también a muchas de las otras especies que todavía

existían y otras que estaban extintas. Haurtu creía en la selección natural y en la supervivencia de los más aptos. Brambles le explicó los conceptos a Ghile. Haurtu creó la diversidad para que sus mejores creaciones sobrevivieran y adquirieran conocimientos a partir de la lucha por la supervivencia.

La druida anciana le explicó que Allwyn, la Madre Superior como la conocía Ghile, era todo lo que había en este mundo. Ella era el mundo en sí, al aire y las nubes, y estaba en un estado perpetuo que nosotros entenderíamos como un sueño.

Por razones que solo Allwyn conoce, un día se despertó y dio a luz a los Primordiales. Al comienzo, había muchos y estaban todos dispersos por su superficie. Algunos murieron, otros sobrevivieron. Con el tiempo, los que sobrevivieron se volvieron más fuertes y a la larga, evolucionaron. Ya no morían y podían procrearse como lo había hecho Allwyn. Y así como su creadora tuvo que dar parte de sí para crearlos, ellos también debían hacer lo mismo. Porque a diferencia de las criaturas que eran de la Madre Superior y que, por ende, eran la Madre Superior, los Primordiales fueron creados a partir de ella y ya no eran parte de ella.

Ghile no lo entendió, pero la Madre Brambles intentó explicarle lo que eran los Primordiales diciéndole lo que no eran. Los Primordiales no eran criaturas de Allwyn, no podían aparearse y tener descendencia, aunque al parecer hacía muchos años había elegido ser machos o hembras por motivos desconocidos. Originalmente, fueron una entidad física pero habían evolucionado al punto de que ya no necesitaban esa forma. Sin importar qué forma adoptaran, estaban ligados a Allwyn y existían dentro de ella. Ghile interpretó que eso significaba que podían aparecer como humanos o enanos si querían, pero que también podían ser humo o agua. Los Primordiales se convirtieron en dioses.

Los Primordiales que habían logrado la divinidad crearon vida a partir de ellos como lo hizo Allwyn. Las criaturas creadas vivieron en Allwyn, pero no eran su creación. Descendían de los dioses y como tales eran inmortales. Ghile entendió ese punto, por eso cuando una persona muere, su alma sobrevive. La Madre Brambles estuvo de acuerdo con la observación de Ghile y agregó que el cuerpo era la parte de Allwyn; al morir, el cuerpo regresaba a Allwyn y el alma inmortal partía.

Solo unos pocos Primordiales sobrevivieron el largo camino hacia la divinidad. Haurtu, el Dios de la sabiduría y del aprendizaje. Daomur, el Dios

de la ley y la justicia. Islmur, Diosa de la magia. Alyssiana, Diosa de la música y del arte. Katriko, Diosa del amor y la pasión. Y Hideon, el Dios del odio.

Como eran inmortales, no necesitaban dormir ni comer. Ghile entendió ese punto sin problemas. Sin embargo, la Madre Brambles explicó que obtenían cierto tipo de alimentación espiritual a partir de sus seguidores. Cada uno de los dioses había adoptado ciertas creencias o códigos morales. Cuando la vida que crearon ejecutaba actos primarios de veneración, los dioses se alimentaban con esa energía. Era diferente a la alimentación de la comida, pero los revigorizaba igual.

Los dioses creyeron que habían encontrado la razón de su existencia. Habían sido creados para crear vida y a medida que esa vida atravesaba los ciclos de Allwyn, alimentaban a los dioses mediante sus acciones.

Hacia rato que Ghile había terminado la comida y se había sentado al lado del fuego para escuchar a la Madre Brambles. Los demás llegaron en diferentes etapas, se acomodaron cerca del fuego del hogar, y escucharon en silencio.

Ghile los analizó a todos mientras se acomodaban. La joven druida y el Guardián de Escudo bárbaro apenas lo miraron y eligieron sentarse cerca de la Madre Brambles. Riff se paseó detrás del Maestro Almoriz y se sentó en el lado opuesto de Ghile. El Maestro Almoriz miró fijo a Ghile a través de las llamas. Ghile creyó que nadie podía verse tan miserable como él, pero el viejo hechicero lo estaba logrando. Debía sentirse mal por las personas que había herido con los fuegos. Riff simplemente se acercó, se sentó rápido y le hizo un gesto de confianza a Ghile, con esa sonrisa de suficiencia que siempre llevaba.

A medida que la noche avanzaba y la Madre Brambles le iba enseñando su versión de la historia, Ghile se dio cuenta de que tenía hambre de conocimiento. Quería saber. Se lo contó a la Madre Brambles y ella señaló que era natural, era un humano y descendía de Haurtu, el Dios de la sabiduría y del aprendizaje. *Haurtu el Hambriento*, pensó Ghile para sí.

Pero fue por esa misma hambre de conocimiento que Haurtu terminó exiliado. Llegó a pensar que los otros dioses se equivocaban, que su propósito no era crear vida. Haurtu también se alimentaba con la veneración de sus creaciones, pero pensaba que los dioses habían dejado de evolucionar. Todos los seres que eran parte de Allwyn luchaban por sobrevivir y a través de esa

lucha, crecían. Haurtu sentía que los dioses estaban estancados, que ya no evolucionaban más. ¿Pero para qué? Haurtu lo pensó durante mucho tiempo, pero finalmente llegó a la conclusión de que la Madre Superior buscaba en realidad al Padre Superior. Por eso se había despertado y los habían creado a partir de ella. Quería un Padre Superior que se uniera a ella en el sueño y la completara. ¿Acaso todas las creaciones no tenían un macho y una hembra?

Haurtu expuso su descubrimiento y fue atacado por los otros dioses. Al principio, los dioses no entendían lo que estaba haciendo. No podían ser destruidos, eran eternos. Haurtu también lo sabía y nunca había intentado destruirlos. Después de derrotarlos, los consumía.

En ese punto Ghile volvió a confundirse. ¿Haurtu los comía? La Madre Brambles le contestó que se parecía más al musgo que absorbe agua. Haurtu los derrotaba y después los absorbía dentro de su ser. Los dos se convertían en uno. Ghile no entendía adónde iban los otros dioses cuando Haurtu los absorbía pero ninguna explicación que le brindara la Madre Brambles tenía sentido.

Uno por uno, Haurtu fue desafiando y comiéndose a los otros dioses. Primero a Alyssiana, después a Katriko. Pero esta guerra no se libraba solo entre los dioses: sus creaciones también se peleaban. Los humanos lucharon contra las otras razas de Allwyn, así como su Dios luchaba contra los creadores de las otras razas. Se dice que incluso otras creaciones de Haurtu lucharon junto a los humanos, hasta donde la Madre Brambles sabía, esas razas habían sido los duendes y los vargan.

Hideon comprendió que tenían que unirse y atacar a Haurtu. Pero con cada triunfo, Haurtu se hacía más fuerte al igual que sus seguidores. Hideon tenía un plan. Los dioses que quedaban, Daomur, Islmur y Hideon, se enfrentaron a Haurtu. Hideon batalló contra Haurtu, quien terminó derrotándolo y absorbiéndolo. Pero el sacrificio de Hideon le permitió a los otros dos atrapar a Haurtu. Islmur usó su magia para abrir una puerta en el espacio afuera de Allwyn, un lugar en ningún lugar, un espacio intermedio. Allí fue desterrado Haurtu. Daomur prohibió la puerta con sus leyes y decretó que solo Haurtu podía liberarse a sí mismo. Era la trampa perfecta, o eso pensaban los dioses.

Ghile repasó lo que le habían enseñado sobre el Dios Hambriento. La versión que le habían enseñado decía que Haurtu se había vuelto loco y se había comido a los otros dioses. Pero la Madre Brambles estaba sugiriendo que Daomur, Islmur y Hideon lo habían derrotado y desterrado de Allwyn.

La Madre Brambles explicó cómo después del destierro de Haurtu, los dioses volvieron a su existencia dócil que consistía en alimentarse de sus seguidores. Los humanos fueron diezmados y, los que sobrevivieron, fueron dispersados. Las otras razas de Haurtu fueron aniquiladas, o sobrevivieron apenas en números reducidos y se vieron obligados a merodear por las ruinas y las tierras salvajes de Allwyn.

Creían que se había acabado todo. Pero Haurtu era sabio, y con el tiempo descubrió la manera de regresar a Allwyn y esparcirse en sus creaciones, y través de ellas, liberarse de su prisión.

Cuando Daomur lo descubrió, le encargó a su raza más abundante, los enanos, y a los elfos de Islmur, erradicar de la faz de Allwyn a todas las razas creadas por Haurtu de una buena vez. Ghile conocía esa época, fue la Gran Purga.

Ghile le dijo a la Madre Brambles que esa época fue cuando las druidas le cantaron a la Madre Superior. La Madre Brambles dijo que era correcto, pero explicó que en ese momento no eran druidas, sino sacerdotisas sobrevivientes de Haurtu. Después del destierro de su Dios, habían perdido los poderes que les habían sido otorgados por servir a su dios.

Las sacerdotisas sabían que ningún otro dios las escucharía, entonces le pidieron misericordia a Allwyn, era la única que podía salvarlas. Muchas de ellas habían intentado rezarle a la Madre de los Dioses antes, hasta los mismos dioses habían intentado despertarla para aprender más de ella, pero ninguno lo había logrado.

Pero fue en ese momento de necesidad, cuando la raza humana estuvo al borde de la extinción, que una sacerdotisa de Haurtu logró escuchar la Canción del Sueño de la Madre Superior y, por segunda vez desde la creación, ella se despertó.

Allwyn se había despertado para defender a los descendientes de Haurtu y le ordenó a los otros dioses que terminaran con la Purga. Daomur e Islmur le suplicaron a Allwyn sus razones y llegaron a un acuerdo: iban a terminar con la purga, pero Haurtu debía de quedar prisionero. Según la Madre Brambles, la Madre Superior nunca comentó si lo que estaba haciendo Haurtu estaba bien o mal. Todo lo que estaba pasando le parecía extraño y regresó a sus sueños.

Luego Daomur decretó leyes para sus seguidores, que consistían en el pastoreo de los humanos y en el sacrificio de aquellos que Haurtu pudiera usar para promulgar su retorno. En señal de desaprobación por lo sucedido, más

adelante también les prohibieron a los humanos actividades que eran sagradas para Daomur. Por ejemplo, el trabajo con las piedras y la creación de metales eran actos que honraban a Haurtu y, por ende, quedaron vedados para las razas de Haurtu.

Islmur también le pasó sus doctrinas a los elfos y les prohibió compartir el conocimiento de la magia con las razas sobrevivientes de Haurtu. Antes de retirarse a los lugares sagrados en lo profundo del bosque, los elfos les enseñaron a los enanos el arte de teñir objetos con magia. Se dice que la diosa Islmur vive con los elfos y los cuida hasta el día de hoy.

Pero no todo estaba prohibido para los descendientes de Haurtu. Las razas que habían perdido a su dios no estaban completamente abandonadas. Algunas, por razones desconocidas y siempre mujeres, podían escuchar la Canción del Sueño. Podían escucharla y aprender cómo quería la Madre Superior que vivieran sus hijos. Ese fue el origen de las druidas.

Ghile preguntó por los hechiceros. La Madre Brambles no sabía bien por qué, pero un grupo selecto de hombres llevaban la habilidad innata para la magia en lo profundo de sus venas. Algunos dicen que eran descendientes de los poderosos magos que habían sobrevivido a la Gran Purga y que todavía poseían la magia que alguna vez habían practicado. Pero no se sabía a ciencia cierta.

Aquellos que mostraban el talento eran apenas sombras de sus antepasados y en la actualidad eran simples reparadores de objetos. Las otras razas no los consideraban amenazas.

Ghile preguntó cómo podía ser que lo que había hecho el Maestro Almoriz con los fuegos no fuera considerado una amenaza.

—Parece ser que la presencia de la piedra del elegido aumenta nuestra magia—intervino Almoriz. Ghile sintió la culpa de la voz de Almoriz como propia.

La Madre Brambles le palmeó la rodilla.

—No lo sabías, Almoriz.

—¿Qué significa? No entiendo—preguntó Ghile.

—Significa que eres mi nuevo mejor amigo—respondió Riff.

Después de un tiempo los demás se fueron a buscar sus pieles para darse un merecido descanso. Ghile se recostó cerca del hogar y se quedó mirando las llamas. Parecía que confiaban en que no intentaría escaparse otra vez. Bebé parecía contento de haber recuperado su guarida para él solo, los

estruendos de sus ronquidos comenzaron a rebotar por las paredes irregulares de la caverna.

¿Qué significaba todo esto para él? Era el elegido de Haurtu, un instrumento para su retorno. ¿Cómo? ¿Quería liberar al dios desterrado? No estaba seguro, pero sí sabía que no quería morir.

En algún momento durante la mañana, sintió que le volvían los poderes. Pensó en contarle a la Madre Brambles y a los demás sobre las enseñanzas de sus sueños pero lo pensó mejor. Por alguna razón, no parecía el momento indicado. Ya sabía más que antes y aun así no sabía qué iba a hacer.

Pensó en su familia y supo que estarían en peligro por su culpa. Ojalá pudiera hablar con su tío, siempre estaba ahí cuando Ghile necesitaba un consejo. Fue entonces cuando recordó que el Tío Toren no había vuelto a Ciudad Lago para el festival de verano ni para la Ceremonia de Atrición. Nada le habría impedido estar ahí para Ghile. Algo le tuvo que haber pasado en el Cuerno. Y Ghile necesitaba saber qué.

33

Decisiones

A Ghile le hubiese gustado tener más tiempo. Caminaba de punta a punta la caverna de la Madre Brambles. Riff estaba arrodillada cerca de la entrada, con la espalda apoyada contra un montón de piedras, mirando en silencio.

Ghile sabía que su familia corría peligro, estaba seguro de que los enanos los estaban buscando y el primer lugar donde buscarían era la Última Aldea. Esperaba que su padre pensara lo mismo y que pusiera a su familia a salvo.

Su mera existencia lastimaba a las personas que estaban cerca. Gar estaba muerto porque intentó hacer lo mismo que hizo Ghile. No tenía forma de saber que Ghile había usado sus nuevos poderes para saltar. Ghile entendía que él no lo había obligado a saltar, aun así cargaba con la culpa.

¿Qué harían los enanos cuando no lo encontraran en la Última Aldea? La mirada del sacrificador no dejaba lugar a dudas en la mente de Ghile. Tenía que ir a la Última Aldea e impedir que los enanos lastimaran a alguien más por su culpa.

¿Pero qué haría con sus nuevos compañeros? Ellos querían alejarlo lo más posible de la Cuna, era muy especial para arriesgarlo, decían.

Malditos dioses, no pidió nada de todo esto.

Hasta pensó en quitarse la vida. Era la única manera de garantizar que las personas que amaba estuvieran a salvo. Pero, aunque odiaba admitirlo, tenía miedo de matarse. Recordó que Adon describió que las almas de los humanos flotaban en una especie de limbo de los sueños. ¿Eso quería? Por su culpa, Gar ya se había enfrentado a ese destino, como también las personas que murieron por culpa del fuego y las cenizas en Ciudad Lago. Ahí estaba Ghile ahora, esperando.

¿Qué pasaría con su especie? Estaba ante la oportunidad de liberar al dios que los había creado y, por consiguiente, de liberar a las almas atrapadas en ese limbo y permitirles reingresar al ciclo de la vida. Renacer y vivir vidas nuevas. Si se iba con sus nuevos protectores, podía liberar a su pueblo de la opresión de los enanos, no para ser totalmente libres como los bárbaros, que

sufrían ataques constantes, pero sí para ser un poco más libres e iguales. Volverían a tener a su dios y pedirle auxilio.

¿Pero Haurtu escucharía? Si lo liberaban, ¿volvería a atacar a los otros dioses? La Madre Brambles le había contado sobre la guerra que se luchó en Allwyn mientras los dioses peleaban. ¿Liberar a Haurtu también provocaría una guerra así?

Ghile sentía que el pánico le trepaba por el cuerpo. Acaba de convertirse en un hombre, pero seguía sintiéndose como un niño. ¿Por qué tenía que tomar este tipo de decisiones? Intentó quedarse tranquilo, dejar de caminar y respirar con calma.

Piensa, Ghile. No queda otra, tienes que pensar.

Bien. Si querían que dejara la Cuna, iban a tener que ayudarlo primero. Quería encontrar a su tío y estar seguro de que estaba bien, hablarle. También quería proteger al pueblo de la Última Aldea de la persecución del sacrificador. Si lo ayudaban a cumplir sus deseos, entonces se iría con ellos.

En cuanto a su participación en la liberación de Haurtu, tenía sus dudas. Quería que las almas de los humanos volvieran al ciclo vital. Si esa fuera la única razón, lo haría sin problemas, pero no quería regresar a Allwyn a un dios demente y dar inicio a otra guerra. Tenía que encontrar la manera de liberar a Haurtu y convencerlo de cumplir su misión de convertirse en el Padre Superior. Ghile se rio de sí mismo. *¿Cómo piensas hacerlo, pastor de ovejas?*

—Muy bien, Riff—dijo finalmente—. Lo haré. Haré lo que me pidan. Pero primero tienen que hacer algo por mí.

Riff levantó una ceja y soltó un silbido suave.

—Vaya, miren quién tiene la voz cantante ahora. —Riff se puso de pie de un salto y se quitó el polvo de las manos—. Vamos a entrar y decírselos. Quiero ver las caras que ponen—agregó Riff.

Ghile asintió y se dirigió a la caverna, mientras Riff lo seguía, sonriendo.

Se abrieron camino a lo largo de la base del Cuerno, siguiendo los pasos de Dos Alces. Las nubes infladas estaban suspendidas en lo bajo del cielo como si fueran sábanas apiladas contra las montañas. Comenzó a caer una lluvia constante, Ghile ya había abandonado la idea de permanecer seco.

El bárbaro nunca había estado en el Cuerno, pero Dos Alces les aseguró que podía encontrar al tío de Ghile si estaba en alguna parte de la montaña. Apenas se demoraron un poco para empacar las provisiones y la protección

adicional contra las inclemencias del tiempo, en caso de que tuvieran que quedarse más tiempo en el pico congelado y traidor del Cuerno.

El Maestro Almoriz iba camino a la Última Aldea. Les prometió avisar del peligro que se avecinaba y convencer a los aldeanos de abandonar el lugar, o si ya era demasiado tarde, ayudar a defenderlos. Dijo que no tenía nada que perder. Hasta parecía impaciente por perderlo todo.

Ghile había querido que la Madre Brambles los acompañara, pero ella se negó. La druida no se sorprendió cuando Ghile volvió junto a Riff para imponer sus condiciones. Cuando entraron a la caverna, Brambles ya estaba en medio de los preparativos para partir. Les dijo que había cantado todo lo sucedido hasta ahí y que se suponía que ella tenía que volver a Ciudad Lago, aunque no dijo para qué.

Ghile no entendió a qué refirió cuando dijo que lo había cantado, pero entendía lo suficiente para saber que ella sabía lo que había que hacer. ¿La vieja druida podía ver el futuro? No sería la mayor sorpresa que acababa de descubrir últimamente.

Dos Alces les hizo señas para que se detuvieran mientras inspeccionaba el piso. Gaidel se adelantó para acercarse a él y se hablaron entre sí en voz baja. Finalmente Gaidel asintió, Dos Alces se quitó la enorme hacha de piedra del arnés y subió una cuesta empanada a trote rápido.

—Encontró un sendero muy usado y va a explorar más adelante. No tenemos mucho tiempo, el suelo está flojo y la lluvia está lavando las huellas —anunció Gaidel mientras se acercaba a Riff y Ghile.

—Así que tú y el bárbaro...—comenzó a decir Riff, con esa sonrisa que irritaba a Gaidel. Ghile gimió.

—¿Comprendes lo que está en juego, Hechicero?—preguntó Gaidel, con los labios apretados.

Riff miró para todos lados, se colocó una mano cerca de la boca y susurró.

—¿Qué? ¿Es un tipo celoso Dos Alces?

—Ya deberíamos habernos ido de la Cuna. Cuanto más tiempo nos hace quedar este chico para perseguir a sus familiares, más arriesgamos todo.

—¿Chico?—preguntó Ghile.

Riff puso cara seria y asintió.

—Qué mal que no seas tú la que tenga que tomar esas decisiones tan importantes, ¿no, Druida?

—¡Pasé mi prueba de madurez!—se quejó Ghile, aunque parecía que nadie

la estaba prestando atención.

—¿Y por qué estás aquí, Hechicero? No te necesitamos. Podemos afilar nuestras armas y encender nuestros fuegos. ¿No hay alguna cacerola en el pueblo que puedas arreglar?—exclamó Gaidel.

—No son mucho más grandes que yo—insistió Ghile.

Riff colocó un brazo en el hombro de Ghile, ampliando la sonrisa.

—De nuevo, no es tu decisión, Druida. Ni siquiera sabes de lo que soy capaz con Ghile a mi lado. Te vas a llevar una sorpresa.

Gaidel les lanzó a los dos una mirada fulminante y se dio la vuelta para seguir a Dos Alces.

—¡No soy un chico!—gritó Ghile detrás de ella.

—Esto va a ser divertido—dijo Riff, palmeando el hombro de Ghile.

Siguió a Gaidel.

Ghile no estaba tan seguro.

Los mejores planes

—¡No, no, no!—repetía Muk con cada pisada.

Fauces Sangrientas observaba a Muk en silencio mientras el duende caminaba en círculos y solo se detenía cuando uno de sus pies chocaba contra un charco y salpicaba agua. Habiendo descargado la frustración suficiente, Muk trepó hasta el borde y miró abajo. Incluso con los nubarrones grises que protegían sus ojos sensibles del sol, el duende tenía que entrecerrarlos. Apenas llegó a distinguir cuatro figuras que se acercaban caminando por los senderos inferiores.

Muk presintió que uno de ellos era el chico que tenía su piedra. Así no era como lo había planeado, se suponía que el chico tenía que estar solo. La noche anterior Muk cabalgó sobre Fauces Sangrientas para descender la montaña y usó sus poderes para llamar a uno de los perruchos que usan los humanos para proteger sus casas. Le dio el cuchillo del humano que había capturado y lo mandó al pueblo con la imagen del chico en la mente. Muk casi mata al perro cuando vio que estaba esperando una recompensa en comida por sus servicios. En cambio, decidió darle una buena patada.

El plan era que el chico viera el cuchillo y viniera solo. No iba a ser así. Muk se sentó al lado de Fauces Sangrientas y usó al worg para protegerse de la lluvia. Tenía que pensar en otro plan.

La idea era mantener ocupados a los otros mientras él llevaba al chico a otro lugar. Podía mandarles la manada de worgs, pero quería contar con la mayor ayuda posible para derrotar al muchacho. Al fin de cuentas, llevaba una piedra igual a la suya, no quería correr ningún riesgo.

Necesitaba más bestias. *Eso es*, pensó Muk. Necesitaba más ayuda. Cerró los ojos y se concentró como le había enseñado su maestro de los sueños. Inhaló la cantidad de veces necesarias para ayudar a que la magia funcionara. Inmediatamente sintió la mente de Fauces Sangrientas. Para varias, el worg estaba hambriento y aburrido, y ansiaba cazar algo para atormentarlo y después devorarlo. Muk se alejó más con la mente, ignorando los

pensamientos de Fauces Sangrientas. Continuó moviéndose y se encontró con las mentes débiles de algunas criaturas que vivían en la horrible montaña. No le servían. Buscó en las profundidades de la roca: ahí sí, ahí había una mente.

Era un animal grande. Muy grande. Pero Muk vaciló, nunca había intentado controlar algo tan grande. Además estaba bastante lejos y sabía que su poder menguaba a medida que crecía la distancia entre él y sus esclavos. Si intentaba usar a esa bestia, no podía arriesgarse a acercarse mucho. No había llegado tan lejos para terminar devorado por esa montaña asquerosa.

Muk sintió que el animal dormía e intentó despertarlo. Se resistió, no era hora de despertarse, no hacía el frío suficiente. Era un animal que hibernaba hasta que el clima se pusiera más frío. Muk se molestó: hurgó e hirió la mente del animal. Muk era el amo y necesitaba que el ser enorme y feo se levantara y se comiera a los humanos de la montaña. La criatura se movió. Ya había probado la carne humana y no comía desde que se acurrucó en los profundo de la montaña para dormir. *Ve*, insistió Muk en la mente de la bestia. *Ve y cómete a los humanos. A todos, menos al flaquito. Sabe mal. A él no lo comas.* Muk presintió que el animal bostezaba y comenzaba a trepar hacia la superficie.

El duende abrió los ojos y se tomó un momento para despejar la mente y recuperar las fuerzas. Luego se apresuró a subirse al lomo de Fauces Sangrientas. Se acomodó el arco que le quitó al prisionero y se lo colgó al hombro. Con la mente, le ordenó a Fauces Sangrientas que se moviera. Tenían que bajar y tomar posición. Esperaba que el plan funcionara. Necesitaba acercarse a la bestia para asegurarse de que no se comiera al muchacho. Ya tenía un plan B.

35

Al filo

Ghile se tapó la cara con la mano e intentó entrever algo a través de la lluvia que bombardeaba el Cuerno. Alguien los observaba. Miró las cornisas irregulares y las pendientes empinadas de la ladera de la montaña, pero no logró ver a nadie, simplemente sentía una presencia detrás de ellos. Había alguien o algo.

—Hija Gaidel, nos están observando—anunció Ghile.

La druida no dejó de caminar, pero aventuró una mirada hacia arriba y atrás.

—Yo no veo nada. ¿Estás seguro? Dos Alces no dio ninguna señal—afirmó Gaidel.

Justo cuando terminó de hablar, apareció Dos Alces corriendo a toda velocidad por una cornisa delgada salpicando agua de los riachuelos de lluvia que bajaban en zigzag por la superficie.

Ghile miró con horror las peligrosas zancadas que daba el bárbaro. El escurridizo sendero de barro se aferraba a la montaña de un lado y del otro se abría hacia el vacío.

Riff se acercó a Ghile, con la cara cubierta por la capucha.

—¿Por qué corre el tonto?

Casi de inmediato Riff tuvo su respuesta. Detrás de Dos Alces, venía corriendo una bestia enorme, dos veces más alta que el bárbaro. Tenía al menos ocho patas que trabajaban sincronizadas para propulsarla hacia delante y que la ayudaban a adherirse a la superficie irregular de la montaña. La piel curtida era de color blanco nieve, desde las anchas mandíbulas cargadas de colmillos hasta la cola con forma de látigo. En ese instante, Ghile recordó todas las historias que el tío Toren le había contado sobre los temibles wyrms de las nieves.

Las garras largas y afiladas se veían igual de capaces de desgarrar carne como de clavar al monstruo en la ladera de la montaña. Cerró la distancia que

lo separaba de Dos Alces con una explosión repentina de velocidad. Ghile escuchó un grito de advertencia antes de darse cuenta de que el grito era suyo.

Dos Alces esperaba el ataque: el ágil bárbaro giró, se protegió detrás del plomo y rechazó la mordida del wyrm de las nieves y la barrida frontal de sus garras. Continuó el giro, desplegó el hacha de piedra por los aires y le pegó al wyrm en el hombro. A Ghile le pareció que el filo de la piedra apenas le había dañado el pellejo al animal.

Ghile no entendía por qué el monstruo estaba despierto, tendría que seguir durmiendo. Cualquiera fuera la razón, este wyrm estaba despierto y no parecía muy contento.

—¡Vuelvan, vuelvan!—gritó Dos Alces, mientras seguía girando y corriendo por la cornisa.

Ghile tuvo poco tiempo para maravillarse del equilibrio que mostraba el bárbaro, se dio vuelta e hizo lo que le pidieron. Escuchó que Gaidel corría detrás. Tuvo que empujar a Riff, que estaba desenterrando algo de sus muchos morrales.

—¡No hay tiempo, Riff! ¡Vamos!—le gritó Ghile mientras empujaba al hechicero.

Riff giró y empezó a moverse lo más rápido que pudo a lo largo de la cornisa. Ghile recordó las anécdotas de lo rápidos que eran los wyrms de las nieves y sabía que no podían ganarle en carrera.

Entonces escuchó un silbido agudo y ondulante que provenía de una dirección cercana. Sonaba como si estuviera justo sobre sus hombros, se sorprendió cuando Gaidel lo empujó por la espalda, para pedirle que se apurara.

Riff había alcanzado una parte del sendero donde la cornisa se ensanchaba para formar una plataforma plana y larga. Ghile se acordaba de haberla cruzado y de haberse alegrado por no tener que ver más la caída empinada.

Riff se movió hacia el centro de la plataforma y otra vez empezó a hurgar los morrales. Ghile siguió corriendo por el acantilado para alejarse lo más posible de la cornisa.

Dos Alces corrió hasta ubicarse junto a Gaidel.

—Sigue retrocediendo, Ghile. Lo más lejos que puedas—dijo Gaidel, después se dio vuelta y asumió una postura defensiva, sosteniendo el bastón adelante.

Ghile se apuró para hacer lo que le ordenaron, pero sintió que los pies se

le adelantaban, como solían hacerlo, y se cayó de golpe contra una pared. Se raspó las dos manos al tratar de levantarse, pero apenas consiguió enredarse más. Se cayó como una bolsa de papas.

Ghile vio que Gaidel se meneaba y escuchó el canto. En un segundo, el wyrm de las nieves había aterrizado en frente de la druida y su Guardián y barrió la superficie con su cola enorme. Dos Alces alcanzó a colocar el escudo frente a Gaidel pero el impacto del coletazo lo lanzó volando hasta donde estaba Riff, que finalmente había logrado generar una llama eterna con una fuente de los morrales.

No quedaba nada entre Ghile y el wyrm. Ghile puso las manos adelante. Tenía que relajarse y generar el escudo de fuerza. El wyrm de las nieves se acercó a una velocidad sorprendente. Ghile perdió toda la concentración cuando vio la boca abierta y escuchó de cerca los silbidos terroríficos que emitía la bestia. Se protegió la cara, pero el wyrm pasó corriendo de largo y fue a buscar a sus compañeros.

¿Qué está pasando?

Ghile miró asombrado esas patas con garras que corrían deprisa. El animal actuaba como si él no estuviera ahí.

Ghile se arrodilló para ponerse de pie, cuando una bola de llamas salió disparada de la mano de Riff, acertando y quemando la cabeza y el cuello del wyrm. Había pocas cosas que los wyrms de las nieves le temían más que el fuego. Era como si las patas llenas de garras hubieran cambiado de dirección por decisión propia, en un intento por alejarse del responsable de la nueva amenaza.

El rostro de Riff bailaba entre el brillo de las llamas mientras el hechizo continuaba hinchando el flanco de la bestia.

—¡Ghile, hermoso elegido por la piedra, tú!— La risa de Riff se mezclaba con los gruñidos del wyrm.

Riff les había regalado bastante tiempo a Gaidel y a Dos Alces para que se levantaran. El wyrm de las nieves acechaba por el borde de la plataforma, rodeando a los tres con mucha cautela. Ghile no sabía bien por qué no lo había matado. No había generado un escudo, pero la criatura ni siquiera le prestó atención. Intentó pensar cómo podía ayudar en la batalla. Sentía que el corazón le latía como si quisiera escaparse del pecho y la sangre le golpeaba las orejas. Se le ocurrió correr, pero lo descartó enseguida. Tenía que ayudar.

Algo lo rozó en la parte trasera del hombro y le pasó volando cerca de la

cara, el roce le dejó un dolor punzante. Entonces Ghile vio una flecha que rebotaba por la cara del acantilado y que se caía el vacío.

Se pasó la mano por la espalda y notó un calor húmedo. Supo que si se miraba la mano, iba a verse su propia sangre. En cambio, miró el sendero por el que habían escapado, y todas las preocupaciones por el wyrm de las nieves y la herida se desvanecieron.

Lo que lo sorprendió no fue el lobo enorme. Es cierto, era el lobo más grande que había visto en su vida, pero eso no le llamó la atención. Sus ojos se concentraron en la diminuta criatura verde que estaba montada sobre el lomo del animal. Hasta reconoció que llevaba un arco muy parecido al de su tío Toren y, en el fondo de su alma, Ghile presintió que el duende le había disparado una flecha con el mismísimo arco de su tío. Ese pensamiento fue fugaz, porque Ghile se percató enseguida del pequeño ribete que parecía una piedra levantada y que el duende llevaba en su pecho.

El Duende levantó el arco y le gritó a Ghile en un idioma que no conocía, sin embargo, Ghile escuchó las palabras de la criatura dentro de su cabeza al mismo tiempo que sus oídos recibían el discurso ininteligible.

—¡Conoces este arco! Yo lo tengo, cachorrito humano. ¡Tengo al hombre que se parece a ti y lo voy a matar ahora!—gritó el pequeño duende. Acto seguido, el lobo se dio vuelta y retomó el sendero.

Sin darse cuenta, Ghile los siguió. Ese duende tenía una piedra igual a la suya. Era un elegido por la piedra, como él. Ghile sintió un deseo que nunca había sentido antes, era más fuerte que el hambre o la sed. Quería la piedra. La necesitaba.

Entonces se dio cuenta de que esa era la presencia que había sentido antes. Caminó por la cornisa, sin miedo de caerse. No veía al duende ni el lobo enorme que cabalgaba, pero no importaba. Presentía dónde estaban. En algún rincón de su mente, se preguntaba qué iba a hacer cuando los alcanzara. Pero ese pensamiento era apenas un murmullo comparado con el deseo que sentía por la piedra.

—¡Ghile, detente! ¿Adónde vas?—le gritó Riff, que lo vio corriendo por la cornisa lodosa. Habría pensado que el pastor de ovejas estaba huyendo del wyrm, si no hubiera visto al worg y al duende de las tierras bajas montado sobre su lomo.

¿Qué hacían esos seres en la Cuna? Mejor dicho, ¿qué hacía Ghile siguiéndolos? ¿Se había vuelto loco? El chico apenas era un contrincante

para el duende solo.

Riff tomó la llama eterna, expulsó otra llamarada y la lanzó al aire entre él y el wyrm de las nieves. Se regañó por no haber encontrado antes el bolsillo donde había guardado las fuentes, pero son cosas que pasan. La llama se había reducido considerablemente desde que Ghile se había alejado.

—Bien, Ghile, muy bien.

Por el momento, el wyrm mantenía la distancia, pero Riff sabía que las cosas no iban a quedar así. Al fin, la druida y el bárbaro se habían puesto de pie. Dos Alces no se veía mucho peor a pesar de que lo habían abofeteado de lo lindo, pero Gaidel parecía un poco inestable.

Mejor que recupere los sentidos pronto.

—¡Oigan, ustedes dos! No vendría mal un poco de ayuda—les dijo Riff.

Parecía que el wyrm estaba aprendiendo que las llamas eran más una molestia que una amenaza. Riff deseaba que Ghile no se hubiera escapado corriendo. Deseaba haber practicado más el hechizo. Escuchó al Maestro Almoriz decir, “llegará un día que vas a desear haber practicado más. Aprendiz, entonces será demasiado tarde”. ¿Cómo iba a saber que tendría que vérselas con un wyrm de las nieves, en las laderas del Cuerno en un verano cualquiera? El desafío era duro para cualquiera.

Dos Alces golpeó el hacha de piedra contra el escudo y le rugió al wyrm mientras lo atacaba. Riff tenía que reconocer que el bárbaro no se asustaba con facilidad.

El wyrm arremetió y agarró el escudo del bárbaro con sus dos patas delanteras, con la cabeza extendida hacia delante encima del escudo y las mandíbulas chascando. Dos Alces aferró con fuerza el escudo y le tiró un hachazo a las piernas, mientras intentaba escaparle a las mandíbulas movedizas.

Riff se acercó al flanco de la criatura y le lanzó otra bola de llamas débiles al trasero. Se cayó al piso, esquivando por poco la cola de la bestia que surcó como un látigo el espacio donde estaba la cabeza de Riff.

La voz clara de Gaidel rebotó por la ladera del acantilado cuando entonó una música desconocida. Riff comprendía que esa era su forma de pedirle ayuda a la Madre Superior. Ojalá la señora estuviera escuchando, porque iban a necesitar toda la ayuda posible.

36

La cueva

Ghile trepaba el empinado terraplén en búsqueda de la piedra, bajo sus manos el suelo empapado por la lluvia se desmoronaba y el barro se escabullía entre sus dedos. Caminaba bajo la lluvia presintiendo el camino, mientras pensaba dónde habría encontrado la piedra el duende. ¿A quién veía en sus sueños? ¿Qué secretos antiguos había aprendido? Todas estas preguntas se le cruzaban por la cabeza mientras trepaba la pendiente.

Se levantó sobre otra cornisa. Los pelos mojados le colgaban encima de la cara. Intentó aclarar la visión sacudiendo la cabeza como hacen los perros para secarse, porque tenía las manos cubiertas de barro. Al final, decidió que no importaba ensuciarse y se secó los ojos con las manos.

Se encontró en una cornisa ancha. Se dio vuelta y miró para atrás. Ya no podía ver a sus compañeros, aunque todavía escuchaba los sonidos de la batalla en alguna parte. Lo que sí podía ver, a lo lejos en el valle, era la Última Aldea. Las sábanas de lluvia daban la impresión de que estaba viendo un pueblo sumergido en las profundidades de un lago. Ojalá el Maestro Almoriz hubiera llegado a tiempo para proteger a su familia.

Una parte de su consciencia seguía preocupada por ellos, pero su cabeza estaba íntegramente enfocada en la piedra que había visto en el pecho del duende. Sabía que era un deseo irracional. ¿Para qué quería otra piedra? La primera le había desgarrado la piel para meterse adentro y quemarle hasta los huesos. ¿Por qué querría experimentar eso de nuevo? Si tuviera un poco de sentido común, estaría huyendo de la piedra, no arriesgando su vida para poseerla. Pero ahí estaba persiguiéndola, la deseaba y codiciaba.

Del otro lado de la cornisa, escondida por un afloramiento rocoso, Ghile vio la entrada a una de las muchas cuevas del Cuerno. La atracción de la otra piedra provenía de ahí. Ghile no vaciló, se inclinó hacia delante y empezó a correr por la cornisa, directo a la oscuridad y a las fauces abiertas.

Ghile no vio nada hasta que sus ojos se ajustaron de a poco a la oscuridad, pero el sentido del olfato se activó de inmediato: fue asaltado por una mezcla

de almizcle y orina. Reprimió el reflejo de náuseas y se cubrió la nariz con la manga mojada. De algún sector superior, provenía el sonido de algo que raspaba contra las rocas. Sus ojos ya se habían adaptado a la oscuridad y distinguió tres sombras oscuras que merodeaban cerca.

Deseaba poder ver y en ese instante, casi como si algo o alguien respondiera a su pedido, pudo ver. Todo se enfocó. Estaba parado en la entrada de una cueva mucho más grande. Había tres lobos gigantes, como el que montaba el duende, que se le acercaban sigilosos y en silencio. Al fondo de la cueva, vio al duende parado al lado del lobo que jineteaba. Los dos estaban apoyados contra la pared más alejada, esperando que los otros lobos lo atacaran.

El duende saltaba de una pierna regordeta a la otra. El lobo grande caminaba de un lado a otro. Cuando el animal se corrió, reveló la presencia de un hombre atado y tirado en el piso. Ghile lo reconoció: era el tío Toren.

Comprendió que su tío no lo podía ver con la luz tenue. Ghile no entendía por qué él podía ver con tanta claridad. Debía ser otro talento de la piedra. No tenía tiempo de reflexionar, porque tenía que luchar contra tres lobos gigantes.

Apenas le quedaban algunos segundos antes de que los lobos lo atacaran. Estaba solo en una cueva con cuatro lobos enormes y un duende que seguramente tenía poderes iguales a los suyos. Si hubiera sido el Ghile de hacía cuatro meses, habría salido corriendo y gritando de la cueva. El Ghile de ahora sabía que tenía que igualar las posibilidades. Respiró hondo para recomponerse y se concentró.

El escudo de fuerza sería útil, pero tenía que cambiar la dirección del ataque de los lobos. Extendió el brazo y se sacó del cinturón el morral que contenía las piedras de práctica. Las vertió en una mano, cuando el primer lobo le saltó encima.

Las cuatro piedras salieron disparadas hacia la bestia en una sucesión rápida. Ghile siempre había practicado con cosas que estaban lejos y nunca había pensado lo rápido que podía lanzar las piedras. Le sorprendió que las piedras no rebotaran contra el lobo, sino que le desgarraron el trasero con cuatro explosiones de sangre y pelos. Ghile se corrió a un costado para evitar el cuerpo del lobo, que acabó desplomado contra el piso. Apenas tuvo de tiempo de procesar que había matado a un lobo, cuando atacó el segundo.

Lo único que lo salvó fue el instinto, generó el escudo de fuerza justo antes de que el lobo lo embistiera para derribarlo y morderle el cuello. Sintió la

potencia de sus mandíbulas, mientras el escudo de fuerza se tensaba bajo la presión. Las fauces apretadas del lobo estaban a centímetros de la cara de Ghile, la saliva embadurnaba el escudo. El lobo luchaba por doblegar y despedazar la fuerza invisible que le impedía alcanzar a su presa.

No le quedaban más piedras, tenía que ocuparse del contrincante rápido. El escudo se estaba estirando y estuvo a punto de perder la concentración. Ghile recordó los ojos de Gar cuando caía al precipicio y se preguntó si él tendría la misma expresión de horror y miedo. Pensar en Gar le hizo acordarse del salto y de cómo se había aferrado a la ladera del acantilado. Ghile concentró la fuerza del escudo entre las mandíbulas del lobo, sentía que iba llenando la brecha y se adentraba en la garganta de la bestia.

De repente, sintió un dolor agudo en el tobillo que casi le hace perder el control del escudo. Se concentró en una parte pequeña del escudo, lo modeló y lo fue encogiendo. El otro lobo le había clavado los dientes en el pie y lo estaba devorando. Ghile nunca había sufrido tanto dolor, sentía que la carne se le desprendía y que los dientes del animal le rasgaban el hueso.

Ghile gritó de dolor, pero de alguna manera logró concentrarse en el escudo de fuerza. Sabía que tenía que apurarse y terminar con el segundo lobo. Sintió unas oleadas de náuseas, porque el otro lobo seguía desgarrándole la pierna y tironeándolo para alejarlo del otro miembro de la manada. Si Ghile no hubiera usado el escudo de fuerza para protegerse el cuello, entre los dos lo habrían partido al medio. Así y todo, si no actuaba rápido, iba a perder un pie.

Se concentró y empujó el escudo más adentro de la garganta del lobo. Sintió resistencia y se enfocó en aumentar el tamaño del escudo. El dolor de la pierna ocupaba gran parte de su consciencia mientras concentraba la voluntad en el escudo. Con mucha agonía, centímetro a centímetro, obligó al escudo a expandirse.

Finalmente, la resistencia del lobo cedió cuando se le dislocó la mandíbula inferior emitiendo un fuerte chasquido. El lobo se cayó al piso retorcido de dolor y frotándose el hocico con las patas.

De pronto, Ghile se encontró deslizándose por la superficie de piedra. El lobo que le mordía el pie y el tobillo ya no luchaba contra la fuerza del otro escudo, estaba entrando a la cueva arrastrándose. Ghile cerró los ojos y se concentró en el tobillo herido. Se imaginó que el escudo de fuerza era una venda que le envolvía el tobillo y se expandía. Otro reconfortante chasquido

rebotó por las paredes de la cueva cuando se rompió la mandíbula del otro lobo, que también se cayó al piso a retorcerse de dolor.

—¡Mátalo, Fauces Sangrientas! ¡Mátalo!

Ghile sintió que las palabras en ese idioma gutural y marcado le retumbaban por la cabeza. El duende saltaba frenético y lo señalaba.

Ghile hizo una flexión e intentó pararse. El dolor de la pierna era lacerante. Ante sus ojos, veía unos puntos negros bailarines mientras su cuerpo amenazaba con colapsar y escapar de todo.

Se cayó de espaldas al piso y se agarró el tobillo con las dos manos. La sangre corrió entre sus dedos cuando aplicó presión sobre la herida. Intentó concentrarse y crear otro escudo, pero la imagen se desvanecía de sus pensamientos acarreada por un río de agonía. Tanteó el suelo en busca de algo para lanzarle al lobo.

Fauces Sangrientas se acercaba, acompañando cada paso de sus patas acolchadas con un ladrido agudo. Siguió los ojos de Ghile y se dio cuenta de que estaba buscando algo. El lobo le miró el tobillo herido y luego el piso desértico que los rodeaba y pareció encoger los macizos hombros. Movié las orejas y después dio un paso extraño hacia la izquierda, como si estuviera esquivando algo.

Lejos del inmenso lobo, vio al duende colocando una flecha en el arco. Ghile yacía en el medio de la cueva, agarrándose el tobillo y esperando la muerte.

Gaidel intentó cantar la canción de la Madre Superior mientras el depredador sinuoso corría alrededor. Era como la ladera de una montaña: las miles de gotas diminutas le abofeteaban la piel y el viento la empujaba, llevándose un poco de ella para siempre, erosionándola. Era vieja. Tenía que concentrarse. “Soy Gaidel”, se repetía para sí. Sentía que sus compañeros y el wyrm de las nieves se movían cerca de ella. Gaidel interpretó algo extraño en la canción del wyrm. En ese momento, supo que lo habían despertado de forma antinatural de su estado de hibernación, que estaba molesto y hambriento. La canción del wyrm era disonante. Cantó junto a él, intentado alejarlo del modo de ataque. Había mucho odio. Tenía hambre y le crujía el estómago. Se le hizo agua la boca con el sabor de la carne.

Gaidel alejó la Canción del ritmo disonante del wyrm y cantó junto a las piedras cercanas. Si pudiera hacerlos escuchar.

—¡Ve a salvar al chico!—le gritó Dos Alces a Riff, mientras luchaba por

soltar el escudo de las garras del wyrm.

Riff lanzó otra llamarada sobre el wyrm y sacudió la cabeza.

—¿Porque tienes la situación controlada? Creo que no—refutó Riff.

Estaba preocupado por Ghile, pero sabía que sus chances de sobrevivir dependían de que estos dos pudieran derribar al wyrm y no de Ghile, el duende y el worg.

De pronto, los pies de Riff se tambalearon y se cayó de espaldas contra la ladera del acantilado. Gateó hasta alejarse del borde. Sintió el ruido de algo líquido, de una succión, cuando las piedras sobre las que había estado parado se desprendieron del barro. Se resbaló por la pared, protegiendo la llama eterna, mientras otras piedras se copiaron de sus compañeras y se fueron lanzando al precipicio. Se movieron y se fueron cayendo por voluntad propia hacia el wyrm de las nieves.

No está mal, admitió Riff. La vio a Gaidel mecerse, con los ojos cerrados y perdida en la Canción.

Las piedras se estrellaron contra las piernas y el flanco del wyrm, lo soltó a Dos Alces y se esforzó por mantenerse en pie. Sus muchas patas buscaron un apoyo, pero cada vez que encontraban una superficie para aferrarse, otra piedra golpeaba la pata de apoyo e iba llevando a la bestia hacia el borde de la cornisa.

Riff se puso de pie y se adelantó, listo para lanzar otra llama.

—¡El chico, brujo!—gritó Dos Alces.

Le llevó unos instantes comprender a qué se refería el bárbaro con lo de “brujo”.

Dos Alces recuperó el equilibrio y se puso de pie de un salto. Riff lo vio dirigir el escudo sobre la cabeza del wyrm de las nieves y atacarle el cuello largo y los hombros con el hacha de piedra. Hacía rato que había perdido el filo de tanto golpear contra el lomo duro del monstruo, pero Dos Alces la estaba usando más como un palo que hacha. Riff absorbió la imagen de Dos Alces blandiendo el escudo y el hacha, y de repente sintió que sus chances de supervivencia estaban con Ghile.

—Si a Ghile le pasa algo, te voy a hacer doler—le volvió a gritar Dos Alces.

—Aguenta, Ghile. ¡Te voy a ayudar!—gritó Riff.

Fuerza interior

Fauces Sangrientas cavaba profundo con sus garras gruesas y chascaba con violencia las mandíbulas una y otra vez, pero el delgado escudo de Ghile repelía sus ataques. Finalmente cuando Fauces Sangrientas logró cerrar la distancia con un salto majestuoso, Ghile había encontrado la fuerza de voluntad para generar e interponer un pequeño escudo de fuerza. Pero el lobo gigante tenía una fuerza descomunal y, con cada ataque, el escudo se debilitaba y Ghile perdía terreno. Apretó los dientes para aguantar el dolor punzante del tobillo. Sintió que le abría otro corte en la espalda mientras era empujado por el piso irregular.

Esperó la vibración de la cuerda del arco y el dolor subsecuente. No podía arriesgarse a mirar al duende, porque Fauces Sangrientas estaba comprobando el tamaño del escudo caminando en círculos y embistiéndolo desde distintos ángulos. Ghile había intentado poner al lobo entre él y el duende, pero el tobillo no se lo permitió.

Los gruñidos y ladridos del lobo rebotaban constantemente contra las paredes de la cueva, mientras arremetía contra el escudo de fuerza. Ghile sintió que chocó la espalda contra una piedra. Parpadeó para borrar una lucecitas bailarinas de la visión. Estaba contra una de las paredes de la cueva. Su propio escudo de fuerza lo apretaba a medida que Fauces Sangrientas seguía con sus arremetidas. Con cada impacto, Ghile se iba quedando sin aire y el escudo se debilitaba.

De pronto, Fauces Sangrientas lanzó un aullido de dolor y se alejó de Ghile pegando un salto. Ghile sacudió la cabeza y engulló el aire para aprovechar el respiro de los ataques. Del otro lado de la cueva, el duende estaba golpeando con ganas al Tío Toren, que aparentemente le había tirado su cuerpo maniatado encima para evitar que la flecha le pegara a Ghile, el disparo terminó impactando contra el lobo. Ghile vitoreó a su tío y sus fuerzas se renovaron para seguir peleando, a partir de su ejemplo.

—Estoy aquí, tío. ¡Sigue luchando!—le gritó Ghile.

Fauces Sangrientas rompió la flecha que se había clavado en su flanco con las mandíbulas y le rugió a Ghile, mientras se le erizaban los pelos gruesos. Contrajo los músculos, listo para otro ataque.

Ghile miró alrededor. Iba a quedar aplastado entre su propio escudo de fuerza y la pared, no podía hacer nada para evitarlo.

—¡Por la Cuna!—le escuchó gritar a su tío.

Ghile reforzó el escudo y miró por última vez a su tío. Finalmente el duende se había incorporado y estaba sacando un cuchillo del cinturón. El tío Toren forcejeaba con las ataduras, lanzando patadas en un último intento por controlar al duende. Parecía que tanto Ghile como su tío estaban destinados a morir en esa caverna.

Ghile quedó engeguado cuando una bola de llamas pasó volando sobre Fauces Sangrientas.

—¡Perro malo!—exclamó Riff, y lanzó otra bola, y luego una tercera.

El olor de pelos quemados y carne chamuscada penetró en la nariz de Ghile. Agradecido, liberó la concentración sobre el escudo de fuerza y se dejó bañar por el calor del ataque de Riff. Las llamas estaban destrozando a Fauces Sangrientas.

—¡No me abandones todavía, Pastor!—le gritó Riff, riéndose mientras lanzaba otras explosiones de llamas sobre el castigado lobo. Parecía que Riff se estaba deleitando con sus poderes aumentados, la luz de las llamas bailaba sobre su rostro.

Ghile no supo si fue por el dolor o la pérdida de sangre, pero en ese momento vio la cara del Maestro Almoriz cuando desató el hechizo de los fuegos en el festival. De pronto comprendió el poder que su presencia provocaba sobre los dos hechiceros. El sonido de los aullidos del lobo fue reemplazado por los gritos de las personas en el festival.

Ghile tenía que escapar. Usó el brazo como soporte e intentó levantarse, pero las piedras pequeñas de la pared que estaba usando de apoyo cedieron ante su peso y se cayó al piso sobre un montón de rocas. Se quedó pensando en una roca afilada por un momento hasta que recordó dónde estaba.

—Gracias a la Madre Superior—jadeó Ghile, agarró la roca y apuntó hacia el duende. Con un empuje mental, la roca salió disparada por el aire.

En ese momento, el duende estaba agarrando las piernas atadas de Toren y alzando el cuchillo para asestarle el golpe final. La roca de Ghile lo golpeó en el costado de la cabeza. La piedra espiritual del pecho del duende lanzó un

destello cegador de luz blanca, en el lugar donde debió haber impactado la piedra. El duende se alejó corriendo de Toren, con el cuchillo robado repiqueteando contra el suelo de piedra duro.

Ghile se incorporó, achicó la distancia entre él y el tío Toren, entre saltando y rengueando.

—Tío, soy yo, Ghile—le dijo al agacharse a su lado.

—¿Ghile? ¿Cómo...cómo me encontraste? ¿Dónde están Erec y los otros? —Toren lo miró con el ojo sano, el otro lo tenía cerrado e hinchado. Todo el costado de su cara era un moretón enorme, negro y azulado. La luz de los fuegos bailaba sobre las facciones del tío y le daban una apariencia macabra.

Ghile vio que Riff disparaba una bola de llamas final sobre el cuerpo inmóvil y chamuscado de Fauces Sangrientas.

—Perro bueno—le dijo Riff—. Quietos. —Con cautela, caminó entre las llamas hasta Ghile, mientras la llama eterna ardía sobre su mano levantada.

—Veo que encontraste a Colmillo, Toren—anunció Riff prosaico. Miró hacia el lugar de donde provenían los gemidos del duende, que estaba tirado en el piso, intentando tocarse el pecho con flexibilidad.

—Es un elegido de la piedra—dijo Riff, acercándose y parándose junto al duende. Lo miró en silencio, con una expresión ilegible. Despacio Riff extendió el brazo para tocar el pecho descubierto del duende. Se movía como si estuviera en un sueño.

—No, no lo hagas—le gritó Ghile. Le apretó el hombro al tío en señal de seguridad, se levantó y se acercó a Riff.

Con cuidado, Riff tocó la piel que cubría la piedra espiritual del duende, justo cuando Ghile lo alcanzó.

No pasó nada.

—Se suponía que iba a ser yo, Ghile. Nunca tendrías que haber ido a esas ruinas. El Maestro Almoriz quería que yo encontrara la estatua y la piedra de la semilla—se lamentó Riff.

—Lo siento, Riff. Yo nunca quise...

—¿Te imaginas el poder que habría tenido? ¿Te das cuenta?—Riff miró con odio a Ghile, con una expresión seria. La luz de la llama eterna se encendió por un instante. Volvió a mirar al duende.

Ghile se agachó y tomó el cuchillo que había dejado caer el duende. El acero raspó la piedra cuando lo levantó.

Riff se dio vuelta y se enderezó para mirar a Ghile a la cara.

—¿Ghile?—llamó el tío Toren.

Ghile y Riff se quedaron parados unos segundos, hasta que Ghile le ofreció el cuchillo.

—Por favor, desata a mi tío—le pidió.

Riff miró otra vez más al duende, relajó los hombros como si se hubiera deshecho de un peso que cargaba hacía mucho tiempo.

—Mejor que seas tú, pastor de ovejas—declaró Riff, sonriendo.

Aceptó el cuchillo.

—No hay que ser mezquinos con esos otros worgs, Ghile. Tendrás que decirme cómo los mataste—preguntó Riff.

—¿Ghile los mató?—repitió confundido Toren, mirando a los dos rescatistas.

Riff sonrió con suficiencia y se arrodilló cerca de Toren.

—Ah sí, ¿no lo sabías? Ghile es el elegido de Haurtu. Todos están hablando de eso. —Se dispuso a cortar las ataduras. Riff continuó explicándole todo al tío Toren, como si estuviera conversando sobre el clima mientras tomaba la mejor cerveza de Piedra Susurrante.

Ghile miró a la criatura que se retorció a sus pies. Se acordó del dolor y de la desorientación que había sentido cuando lo golpeó el martillo del sacrificador. Sintió compasión y se arrodilló. Impulsado por un sentimiento, más que por cualquier otra cosa, removió las pequeñas manos de uñas largas que se habían enroscado para proteger a la piedra. Qué grande se veía en su pecho, no obstante, era idéntica a la de Ghile. Sacudió la cabeza mientras miraba por última vez a la criatura agonizante. Sabía que si lo hacía, el camino estaba marcado y no había vuelta atrás. Con más calma que la que sentía en realidad, Ghile extendió los brazos y colocó las palmas sobre la piedra del duende.

El dolor cortante fue agudo e inmediato. El calor incesante le chamuscó las manos. Los ojos del duende se doblaron hacia atrás mientras dejó escapar un chillido.

Por reflejo, Ghile intentó liberar en vano la mano que tenía pegada al duende. Muk se iluminaba desde el interior, la piel estaba brillante y de color verde transparente. Después desapareció, como si nunca hubiera existido. Desde ese momento, el dolor de la mano de Ghile empeoró, y se cayó cuando la piedra nueva comenzó el doloroso viaje subcutáneo hasta el pecho.

Ghile luchó contra las ganas de desmayarse. Su mente pedía a gritos ceder

al dolor y dejarse arrastrar al olvido pacífico, pero estaba decidido a soportar el ritual de transformación. Sentía que se lo debía a todos los que habían sufrido o tendrían que sufrir por él. Vio a Riff y Toren que lo miraban fijo, con una mezcla de curiosidad, sorpresa y temor. Su tío había sufrido por su culpa; Gar estaba muerto; la Última Aldea corría peligro; todo porque el destino lo había elegido a él.

La piedra se deslizó por el hombro con un enfermizo sonido de explosión, sintió un sudor frío sobre la frente, seguida de bilis que se le subió a la boca. Se acostó sobre un lado y vomitó.

Acostado así, temblando, vio a Dos Alces entrar rengueando a la cueva, ayudado por Gaidel. Lo vio encargarse de los dos worgs cuyas mandíbulas habían sido destruidas por Ghile. Toda la fuerza los había abandonado y simplemente estaban tirados ahí gimoteando, hasta que Dos Alces los golpeó con el hacha.

Ghile sonrió un poco. Habían vencido al wyrm de las nieves.

Gaidel caminó hacia él, pero Riff se interpuso y la detuvo.

Finalmente, el dolor llegó al pecho. Ghile escuchó el sonido de carne asándose sobre piedra caliente. Lo vio a Riff tratando de razonar con Gaidel mientras ella lo empujaba para pasar, pero no escuchaba lo que decían. Un grito se coló entre sus dientes apretados y lo envolvió la oscuridad.

Encuentro de mentes

El Magistrado Obudar estaba parado junto a los parapetos del Bastión, mirando Ciudad Lago. Su humor estaba tan negro como las columnas de humo que seguían elevándose hacia el cielo claro de verano. La mayoría de los fuegos se habían extinguido, pero los pocos que quedaban vagaban a la deriva antes de ser arrastrados por los vientos hasta el Lago Cristal.

Sintió un dolor en el estómago; iba a tener que visitar al herborista para que le diera otro de esos brebajes relajantes.

Nunca imaginó que los humanos eran capaces de generar semejante revuelta. Les habían dado todo lo que necesitaban para ser miembros productivos del imperio, les había cedido libertades y respetado sus tradiciones, hasta había provisto a sus Colmillos de cuchillos enanos. ¿Así le pagaban por su generosidad?

Apretó los puños y golpeó con fuerza la piedra áspera para liberar sus frustraciones, mientras calculaba las ganancias perdidas. El rumor de lo acontecido circularía por el imperio y se pondría en duda su capacidad de liderazgo. ¡Maldito sea ese Juez Caballero de Finngyr y su arrogancia! Él era el culpable de todo. Si hubiera seguido las recomendaciones del conejo y se hubiera llevado al muchacho al Bastión para el sacrificio, no habría pasado nada.

Obudar observó otra patrulla de las druidas de la Madre Brambles que caminaban por el centro de la Calle Mercado, con sus Guardianes de Escudo protegiendo los flancos. A Obudar no le gustaba depender de la vieja druida para restaurar el orden. Su llamativa ausencia durante la Ceremonia de Atrición era sospechosa y más curioso era que cuando todo había empeorado, aparecieron todas las druidas juntas para restaurar el orden. Pero tenía que admitir, aunque a regañadientes, que efectivamente restauraron el orden.

Miró el valle del norte. Se preguntó qué haría el Juez Caballero cuando llegara a la Última Aldea. Obudar temía las repercusiones que vendrían después. Sabía que sus guardias iban a cumplir cualquier orden que les

pidieran, eran buenos enanos y leales al imperio. Si el Juez Caballero masacraba a las personas de la Ultima Aldea, dudaba que alguien pudiera mantener la paz, incluso las druidas. Por primera vez desde que había llegado a la Cuna, el magistrado pensaba en serio que estaban al borde de la civilización. Debía de encontrar una manera de normalizar la situación.

El chirrido de la pesada puerta de madera anunció el arribo de la Madre Brambles, escoltada por el delegado de Obudar, Gretchkin.

—Su palabra es la ley—los saludó Obudar.

Gretchkin respondió enseguida de la misma manera. La Madre Brambles se acercó a los parapetos, golpeando fuerte su bastón para mantener la cadencia de sus pasos cortos. Miró fijo la ciudad durante unos segundos antes de responder.

—Parece que las cosas se calmaron un poco. ¿Tiene alguna novedad de la Ultima Aldea, Magistrado?

Gretchkin tragó saliva.

—Gracias, Gretchkin. Puede retirarse—solicitó Obudar.

Gretchkin inclinó la cabeza, doblando las palmas hacia el cielo.

—Por supuesto, Magistrado. Esperaré a la invitada en las escaleras.

Obudar se quedó escuchando el sonido sibilante de las ropas del delegado hasta que quedaron silenciadas por el chirrido de la puerta de entrada.

Los dos se quedaron callados, mirando la ciudad.

—No he tenido noticias de la Ultima Aldea—dijo al fin Obudar.

—Imagino que te preocupa que esto no haya terminado—opinó la Madre Brambles, sin quitar los ojos del paisaje.

Obudar suspiró.

—Si hiere a alguien más...

La Madre Brambles no respondió.

—¿Dónde estabas tú y las otras druidas durante la Ceremonia de Atrición? —preguntó Obudar. No veía razones para no mencionar las cosas directamente. Siempre era mejor ir al fondo de las cuestiones.

—Nos reunimos en concejo en el Bosque Rojo, como lo hacemos durante todos los festivales de verano.

—Qué conveniente que no estuvieran presentes cuando el sacrificador atacó al muchacho y el hechicero conjuró esas llamas y cenizas para escaparse más fácilmente—exclamó Obudar.

La Madre Brambles sacó la pipa de madera y frunció el ceño cuando se

dio cuenta de que no podía prenderla.

—¿El hechicero dices? Nunca he conocido un hechicero que pueda controlar tanto fuego a la vez—refutó la druida. Se colocó la pipa vacía en la boca y apretó los labios con fuerza.

—¿Estuvieron todas las druidas presentes en el concejo?—preguntó Obudar.

La Madre Brambles no pareció ofenderse por la pregunta, y si lo estaba, el tono de su respuesta no lo reveló.

—Ninguna druida puede dirigir el fuego o el agua, Magistrado.

—¿Quién puede entonces, mujer?

—Nadie de la Cuna se beneficia con esta locura, sea enano o humano. Mi interpretación es que el único beneficiado es el que mostró ese poder—afirmó. Volvió a mirar Ciudad Lago y agregó como distraída. —¿Cuándo crees que el Juez Caballero volverá de la ciudad junto con el guardia, Magistrado?

El dolor de estómago se convirtió en una sensación superficial. Nunca había sospechado del Juez Caballero. Sabía que eran capaces de convocar grandes poderes en caso de necesidad. Si así era, ¿quería decir que el mismo Daomur aprobaba lo que estaba sucediendo? ¿Las llamas y las cenizas habrían sido un intento de evitar que el muchacho escapara porque no murió por el golpe?

Obudar era el primero en reconocer que no sabía mucho sobre las profecías. Tenía cabeza para los negocios, no para las historias. Sabía que había que detener y sacrificar al chico de una vez por todas, pero no quería derribar todo lo que había construido en la ciudad. Cuánto más lo pensaba, más sentido tenía.

—Por las barbas de Daomur, ¿qué tengo que hacer?—caviló Obudar.

—Si te refieres a qué tienes que hacer con el fanático religioso responsable de este lío, creo que la respuesta es clara. Tiene que irse.

Obudar se jalaba de la barba distraídamente. El dolor de estómago volvió para vengarse.

—Según las leyes del imperio, el Juez Caballero tiene control sobre la Cuna hasta que capture al chico.

—O deje la Cuna—agregó la Madre Brambles.

—¿Cómo dices?

—O deje la Cuna. Si el elegido por la piedra abandona la Cuna, entonces el Juez Caballero se irá con él. —La Madre Brambles ya no miraba Ciudad

Lago. Tenía los ojos focalizados en el magistrado como los ojos de un gato sobre un ratón.

—Pero cómo...cómo probamos que...El Juez Caballero va a destrozar la Cuna buscando—tartamudeó Obudar, mientras la mente se le inundaba de pensamientos.

—Porque las mismas profecías que le dan poder se lo pueden quitar—explicó la druida.

Obudar se quedó pasmado.

—¿Qué sabes sobre las profecías?

La Madre Brambles se sacó la pipa de la boca y lo señaló a Obudar con cada palabra que pronunció.

—La Madre Superior no necesita grabar en piedra sus enseñanzas como lo hace Daomur, pero eso no significa que sus fieles no las conozcan.

Obudar miraba perplejo.

La Madre Brambles resopló con desesperación.

—Verás al Juez Caballero antes de lo que crees, Magistrado. Cuando lo veas, repite estas palabras exactamente como te las estoy diciendo a ti ahora. Va a abandonar la Cuna cuando las escuche y las cosas volverán a la normalidad.

La Madre Brambles señaló con la mano Ciudad Lago.

—Todas estas pavadas son malas para los negocios.

Obudar no podía estar más de acuerdo.

Invitados inesperados

Ghile se despertó en la conocida playa de la isla. El suave chapoteo del agua del lago y la brisa cálida ya no tenían el mismo efecto relajante de antes. Se tocó el pecho y sintió las dos piedras debajo de la piel.

—¿Dónde estás, Adon?—llamó Ghile, poniéndose de pie—. O quienquiera que seas.

Caminó rápido hacia el bosque. Por primera vez, sintió el estallido de un trueno en su paraíso de ensueños. Las nubes estaban más oscuras que antes y se arremolinaban agitadas. Ghile distinguió su destino: el roble alto, con sus incontables ramas que se balanceaban anticipándose a la tormenta inminente. Se movió a través del bosque con las manos cerradas formando puños apretados. Percibió el movimiento de la criatura sombra en el costado de sus ojos, que corría como una flecha escondiéndose de un árbol a otro, siguiéndolo. Ghile la ignoró. No tenía tiempo para jugar.

—¡Adon!—gritó otra vez—. ¡Sal! ¿Dónde estás?— Ghile no había estado aquí desde que el sacrificador lo golpeó, a pesar de que había intentado entrar al sueño muchas veces. Estaba a mitad de camino hasta el roble cuando se dio cuenta de que ya no cojeaba. Se echó una ojeada y no encontró heridas. Tomó esta nueva información con calma y continuó caminando, agachándose debajo de las ramas bajas y pisando entre troncos grandes, mientras el viento revoleaba escombros alrededor.

La Sombra había acertado la distancia corriendo y miraba con timidez detrás de un árbol, como hacía siempre. Ghile siguió avanzando, sin desviarse del camino más directo hacia el roble y deseando que lo atacara primero. Pero muy a su pesar, solo le hacía señas para que la siguiera.

—¿Qué quieres? ¡Estamos solos! Atácame si es lo que quieres—le gritó Ghile. Se quedó parado, esperando. Los truenos retumbaban en el cielo.

La criatura sombra se encogió detrás de un árbol cuando Ghile le gritó y después, como tantas veces, le hizo gestos para que lo siguiera.

—¡De acuerdo!—dijo Ghile. Buscó en su morral y sintió la suavidad familiar de sus piedras, aunque las había usado contra los lobos en el mundo real. Retiró una y la colocó al frente, pero para entonces la Sombra ya se había ido. Ghile se quedó ahí, mientras el corazón le latía fuerte y examinaba el bosque en busca de la criatura. Cuanto se convenció de que se había ido, continuó la marcha.

Las hojas volaban por el claro cuando Ghile llegó al gran roble. Ahí estaba Adon, como Ghile había sospechado, sentado en las raíces gigantes esperándolo. Sin premeditarlo, Ghile levantó una mano y lanzó con la mente la piedra que había sacado para la Sombra en dirección a Adon. La piedra voló infalible hacia Adon, que permaneció inmóvil. En el último instante, la piedra pegó contra un escudo de fuerza y se destrozó en polvo fino.

—Hola, hola, hermanito—dijo Adon.

—¡Tú no eres mi hermano!—Ghile buscó otra piedra. Los truenos retumbaban contra las montañas, el cielo estaba cada vez más negro y los relámpagos iluminaban las nubes.

—Tienes que calmarte, Ghile. ¿Por qué me atacas?—le preguntó Adon.

Ghile descartó la idea de lanzar otra piedra. Estaba tan enojado. Muy bien, basta de piedras. Pero le debía varias respuestas.

—¿Quién eres?—demandó Ghile.

—Ya sabes quién soy.

—Esa no es una respuesta, Adon. —Ghile se acercó al lugar exacto dónde estaba Adon, debajo de una rama, y lo miró.

—¿Por qué no me dices tú quién soy entonces?—le pidió Adon.

—¡Haurtu, el Devorador!—aventuró Ghile—. Creo que eres el dios desterrado que intenta regresar a nuestro mundo.

Si las palabras de Ghile tuvieron algún impacto, no se notó. Adon lo observaba pacientemente.

—De acuerdo, te sigo el hilo. Supongamos que soy Haurtu. ¿Y ahora qué? —retrucó Adon.

Ghile estuvo a punto de responder varias veces, pero siempre se detenía. Era una muy buena pregunta. ¿Y si era Haurtu? Ghile no podía lastimarlo de ninguna forma, no tenía el poder suficiente para hacerle daño. Y para ser sincero consigo mismo, Ghile había extrañado a su hermano desde que el sacrificador lo golpeó. Había deseado verlo. No sabía muy bien quién era ese

sujeto. Si era Haurtu, no podía hacer demasiado, más que seguirle la corriente. Cerró los ojos y respiró hondo antes de hablar.

—¿Por qué no podía venir aquí después de que el sacrificador me golpeó?—preguntó finalmente.

—Ese golpe te habría matado. La piedra te protegió, pero no es tan simple. Los dos necesitaban tiempo para sanar—explicó Adon. Levantó la cabeza y miró la claridad del cielo; parecía satisfecho, se empujó de la rama y bajó flotando hasta donde estaba Ghile.

Ghile se pasó la mano por el pelo y suspiró.

—No queda otra, parece.

Ghile se sentó cerca de una raíz retorcida y se llevó las rodillas al pecho. Adon se sentó al lado. Los dos se quedaron en silencio durante un tiempo observando cómo se apaciguaba el viento y las hojas se iban acomodando sobre el suelo del bosque.

Ghile se frotó los dos bultos del pecho.

—¿Cuántas piedras de estas hay?—preguntó.

Adon le echó un vistazo y encogió los hombros.

—No lo sé.

—Cuando vi la otra piedra, necesitaba tenerla, Adon. Solo podía pensar en poseerla. Hasta sabía lo feo que sería el dolor cuando la agarrara, pero lo hice igual—confesó Ghile.

Adon asentía y escuchaba.

—Se atraen entre sí. Ahora que tienes las dos, si hay otras piedras, podrás encontrarlas también. Eres el elegido, Ghile. Estuve escuchando los sueños de los ancianos sobre este tema. Tienes que hallar las otras piedras.

—Porque ellas te están buscando—dijo una voz femenina.

Ghile ya tenía una piedra en la mano antes de darse cuenta. Adon fue más rápido: ya había lanzado una piedra, que surcó el claro del bosque a toda velocidad, para terminar atravesando inofensivamente el cuerpo transparente de la oradora.

La joven era humana y no mucho mayor que Ghile. Llevaba un vestido sencillo del mismo gris turbulento que ella. Parecía que estaba hecha de humo. No supieron si llegó a sentir el pedrazo. Se acercó a ellos caminando, sin quitarle los ojos de encima a Ghile.

De repente, Ghile sintió la atracción de otra piedra, que lo abrazaba como el calor de un fuego.

—Eres una elegida de la piedra—dijo Ghile, saltando sobre sus pies.

—Tú también—respondió ella. Ghile tenía que concentrarse para entenderla, porque tenía un acento extraño. Se movió hasta quedar justo frente de él.

Ghile sintió el deseo de colocar su mano sobre el pecho de la muchacha. Ella debió sentir los mismos estímulos porque sus ojos se movían constantemente del punto donde estaban incrustadas las piedras hasta los ojos de Ghile.

Había algo diferente a la atracción irresistible que había sentido con el duende. La sensación era menor, más apagada. Vacilante, Ghile intentó extender el brazo y tocarla. Como lo sospechó, su mano simplemente la atravesó de lado a lado.

—¿Cómo lo haces?—preguntó.

Ella iba a responder, pero entonces se percató de que el humo que la componía se estaba dispersando.

—No queda tiempo. Siento que la conexión desaparece. Nunca había llegado tan lejos dentro de los sueños, tal vez sea por las piedras, no lo sé. Pero no puedo despertar.

Su forma se desvanecía más rápido. Ghile no quería que se fuera, tenía tantas preguntas. Era una elegida, igual que él.

—Por favor, no te vayas.

—Demasiado lejos. Ve a la Ciudad Caída. Algo anda mal. Mi hermano está...—La chica desapareció.

Ghile miró a Adon.

—¿Adónde se fue? ¿Escuchaste sobre esa ciudad, Adon?

Adon sacudió la cabeza, todavía se veía un poco conmocionado por la visitante inesperada.

La atracción de la piedra había desaparecido, pero seguía sintiendo un leve tirón en lo profundo de su pecho. ¿Sería una atracción suficiente para guiarlo hasta la chica? Parecía que ella, o su hermano, estaban en problemas. Ghile estaría igual de molesto si alguien de su familia estuviera en peligro.

—¡Nuestra familia, Adon! ¡Tengo que despertar! El sacrificador me está buscando en la Última Aldea. Están todos en peligro.

Adon se despabiló.

—¡Tienes que despertarte, Ghile!

—¿Cómo?—Ghile trató de recordar cómo había hecho antes para salir de

estos sueños. Siempre se había dormido en este mundo y se despertaba en el otro. Ghile pensó en Tia y movió la cabeza. La preocupación le carcomía las tripas. No había forma de dormirse.

—Yo sé cómo—graznó una voz. Ghile la reconoció.

Se dio vuelta.

—¿Qué estás haciendo aquí, duende?

Del otro lado de la raíz, merodeaba el Duende. Las orejas largas le colgaban fofas a ambos lados de la cabeza rectangular.

—Muk—dijo el duende—. Me llamo Muk. —Se quedó parado delante de ellos, con los brazos colgando al costado, expectante.

Ghile estuvo a punto de atacarlo cuando se dio cuenta de que el duende ya no tenía la piedra espiritual. Ghile lo miró a Adon, pero Adon lo miraba a él. ¿Por qué no parecía sorprendido?

—¿Sabías que estaba acá?—preguntó Ghile.

Adon asintió.

—Apareció tirado en el suelo, justo donde estamos parados, poco tiempo antes de que tú aparecieras zapateando por el bosque.

—¿Por qué no dijiste nada?—recriminó Ghile, agitando las manos en el aire.

—No me diste tiempo, Ghile. Escucha, Muk está aquí para ayudarte. Creo que él llegó por la misma razón que yo—afirmó Adon.

No había tiempo para discutir.

—Dime cómo despertarme. ¡Ahora!—ordenó Ghile.

Las orejas de Muk se pararon de golpe y empezó a saltar de un pie a otro.

—Sí, Muk enseña. Puedo enseñarte cómo tocar las mentes de los animales y dominarlos. Puedo...

Ghile tomó al duende de los hombros.

—¡Quiero saber cómo despertarme!

Muk hizo un gesto de dolor y empezó a mover la cabeza con energía.

—Sí, Muk te enseña.

Muk se dejó caer al piso con una posición de sentado y empezó a respirar hondo. Inhalaba grandes bocanadas de aire y las soltaba con mucha fuerza, Ghile se mareaba con solo observarlo. Muk abrió un ojo y le hizo señas a Ghile para que se sentara. —Haz lo mismo que Muk—dijo el duende de orejas blandas.

Ghile lo miró a Adon, que se limitó a mover los hombros. Se sentó y se

acomodó. Escuchó que Muk graznaba instrucciones entre cada respiración exagerada.

—Relaja el cuerpo, empezando por los pies. Ve despacio hasta la cabeza, hasta arriba. Siente que se ablanda todo el cuerpo. Después, cuando estés listo, siente como se hunden los pies en el piso. Los pies pesan, se hunden mucho. Siente que la cabeza se aliviana como si fueran pelos acarreados por el viento. Siente que la cabeza flota—decía sin parar Muk.

Ghile relajó el cuerpo. Era familiar, Adon le había enseñado esa forma de relajarse. Sintió que todos sus músculos se relajaban. Se obligó a pensar imágenes de su familia, sabiendo que así los iba a alcanzar.

Entonces los pies empezaron a pesarle más, se hundieron en el suelo y se expandieron como si fueran raíces, incorporando los nutrientes de la tierra. Cuando aflojó la cabeza, esta se extendió hasta el cielo, mientras los pelos se le erizaban como ramas. Ghile era el roble grande. Desde arriba, veía toda la isla, el lago circular y las montañas que lo rodeaban, sus raíces se extendían hasta la eternidad. Había posibilidades ilimitadas en las alturas, pero algo le decía que no tenía que ir hasta allí, porque había confusión y muchas decisiones.

A lo lejos, Ghile escuchó el croar de una rana. De otro sector, emergió un piar incesante, que casi le hace perder la concentración, hasta que se dio cuenta de que era el duende Muk.

—Baja a casa—le dijo.

Ghile buscó en sus raíces y sintió que iba a la deriva. Era el camino de regreso.

El cuerpo sentado de Ghile desapareció debajo del roble gigante. Adon estaba parado sin decir nada mientras Muk se elevaba y lo miraba en silencio.

—Ahora ayúdame a buscar a la Sombra—le pidió Adon.

Muk asintió y lo siguió a Adon hacia el bosque.

Los seres queridos

Ghile se sentó de golpe para sorpresa de Gaidel, que estaba arrodillada a su lado. Le costó levantarse, le dolía la cabeza y no podía tragar saliva porque tenía la boca muy seca.

—Que estés en paz, Ghile—lo saludó Gaidel. Ghile luchó un poco más para acomodarse y sentarse. Ella le ofreció un recipiente pequeño de madera. —Bebe esto.

Al principio el agua le quemó, pero después fue bajando despacio por la garganta, generando oleadas de alivio. ¿Quién iba a decir que el agua sabía tan bien? Ghile sintió que el líquido patinaba por las paredes del estómago vacío.

—Hambre—graznó Ghile.

—No me extraña que tengas hambre, Pastor de ovejas. Hace dos días que estás durmiendo—explicó Riff.

Esa actitud casual e irritante de Riff le soltó una sonrisa a Ghile. Empezaba a sentir un poco de alivio. Solo después de unos instantes, se dio cuenta de lo que había dicho Riff.

—¿Qué? ¡No!—Ghile recordaba haber estado en la isla poco tiempo. ¿Cómo pudo dormir tanto tiempo? Todavía estaban en la cueva de Muk. Vio una fogata pequeña, y sus pertenencias desparramadas alrededor. Los cuerpos de los worgs no estaban más. La luz del sol se filtraba por la entrada. Si había dormido por dos días, Ghile temía lo peor para su familia. —¡No, mi familia! Tenemos que ir a la Última Aldea—anunció. Ghile empezó a levantarse y casi derrama el cuenco grande que Gaidel estaba tratando de darle.

Algo de lo que fuera que contenía el cuenco se volcó y le quemó los dedos, Gaidel puso cara seria.

—No vamos a ningún lado hasta que te comas esto. Apenas conseguí que tomaras algo, esta mañana ardías de fiebre—dijo Gaidel, que vio un argumento que empezaba a formarse en los labios de Ghile y agregó enseguida: —Le voy a pedir a Dos Alces que te sostenga mientras te meto esto en la garganta o comes solito. Tú eliges.

Dos Alces se colocó detrás de Gaidel, elevándose como una torre entre ellos. Cruzó sus masivos brazos sobre el pecho y con una ceja levantada ayudó a reforzar el punto de Gaidel.

Ghile tomó el cuenco.

—No lo entienden. El sacrificador ese va a lastimar a mi familia.

Gaidel movió el cuenco contra la boca de Ghile hasta que cedió y bebió un sorbo. Era una sopa carnosa y Ghile empezó a tragar más, a pesar de su preocupación.

—Dos Alces y el Colmillo Toren regresaron a la Ultima Aldea esta mañana—afirmó Gaidel.

—¿Están bien?—preguntó Ghile sin dejar de masticar.

—No queda nadie—informó Dos Alces. Después se sentó para calentarse las manos junto al fuego.

Riff se sentó junto a Ghile para explicarle que habían visto humo proveniente de la Ultima Aldea, en la mañana siguiente a la batalla contra los worgs y el duende. Dos Alces y su tío se pusieron en marcha inmediatamente. Cuando llegaron se encontraron con que habían incendiado el pueblo y que estaba desierto. Hasta faltaban los que se habían quedado cuando los demás partieron para el festival de verano. Estudiaron las huellas y concluyeron que los enanos habían llegado a un pueblo vacío y por bronca lo prendieron fuego. Las huellas indicaban que habían vuelto al valle.

Quemar un pueblo por bronca no parecía algo que harían los enanos. Pero después Ghile recordó la mirada del sacrificador y comprendió que era totalmente capaz de actuar así.

—¿Dónde están entonces?—se preguntó Ghile.

—Mi suposición es que el Maestro Almoriz reunió a los pobladores que quedaban y se los llevó al valle para encontrarse con los que venían de Ciudad Lago. Los habrá llevado a un lugar donde los enanos no pensarían buscarlos—dijo Riff.

Ghile estaba seguro de que los enanos estarían buscando cada pueblo y aldea del Valle Superior e Inferior. No se le ocurría ningún lugar donde se pudiera esconder un pueblo entero, salvo...

—Las ruinas...—pronunció Ghile.

—Exactamente. Ayer tu tío viajó hasta la Ultima Aldea para encontrarlos y avisarles al Maestro Almoriz y a tu familia que estás vivo—informó Riff.

—Es un rastreador habilidoso—agregó Dos Alces desde su lugar junto al

fuego.

—Un momento...el tío Toren apenas podía pararse—dijo Ghile, cuyo último recuerdo del tío había sido atado y tirado en el piso malherido junto a Muk.

—Yo lo curé—dijo Gaidel.

Ghile recordó su pierna herida: la movió con cuidado, esperando el dolor agudo y las náuseas posteriores, pero nada de eso sucedió. Solo sintió un dolor sordo y algo de rigidez en las articulaciones. Extendió el brazo y se tocó el hombro que había sido rozado por la flecha. Tampoco había dolor. De pronto, sintió que se enrojecía; Gaidel lo había curado a él también y lo había cuidado mientras yacía en el piso como un inútil.

—Gracias por ayudarnos, Gaidel—le agradeció Ghile. Revolvió el cuenco de guiso que le había dado, lo menos que podía hacer era ser un buen paciente.

Gaidel tragó saliva y apartó la vista.

Ghile tuvo miedo de haberla ofendido de algún modo.

—Hija Gaidel, quise decir—agregó Ghile.

Tan pronto como esa expresión apareció en el rostro de Gaidel, se fue y le sonrió.

—No, Ghile, no es eso. Por favor, llámame Gaidel. —Parecía que se esforzaba por encontrar qué palabras decir, o cómo decirlas. —Yo no curé tus heridas—dijo finalmente.

Ghile se probó el tobillo otra vez, confundido.

—¿Y cómo pasó?

—Tus heridas se sanaron solas mientras dormías—explicó Gaidel—. No entiendo bien cómo, había intentado cantar para tu curación, pero...—desvió la mirada otra vez.

Ghile no podía evitar pensar que estaba asustada.

—Es bueno que estés curado, Ghile Elegido de la Piedra. —Dos Alces se levantó y se acercó a Gaidel, le entregó una cuerda circular con un diente largo y amarillo colgado en la punta. —Peleaste bien. Ponte esto, para que los demás sepan que eres un guerrero—agregó Dos Alces.

Ghile miró al bárbaro y después el collar. Estaba hecho de cuero estirado y colmillos de worg. Todavía tenían un poco de sangre y algunos hilitos de carne en alguno de los dientes. Se resistió a las ganas de retirar la mano, por miedo a ofender a Dos Alces, y tomó el collar con cautela.

—Gracias—dijo.

Dos Alces asintió. Por alguna razón, Ghile se sentía a gusto complaciendo a Dos Alces.

Riff le palmeó la espalda a Ghile.

—Agradece que no fuera una pata clavada en un palo o algo así—le susurró.

—Ahora abandonemos este lugar. La Cuna no es segura—anunció Dos Alces.

—¿Qué? No, no podemos irnos todavía—dijo Ghile.

—Ghile, cuanto más permanezcas en la Cuna, más peligro corres—afirmó Gaidel.

—Todos acordaron ayudarme a encontrar a mi tío para que pudiera hablarle y asegurarme de que mi familia estuviera a salvo. Hasta que no hable con él y vea de verdad a mi familia, me niego a dejar la Cuna. —Ghile se tragó el resto de lo que tenía para decir. Los tres ya habían arriesgado sus vidas, sabía que lo único que querían era protegerlo. Otra vez estaba actuando como un nene malcriado. Se pasó la mano por el pelo y se apretó la nuca. — Oigan, lo siento. Gracias por ayudarme a salvar a mi tío—se retractó y lo miró a Riff—y por salvarme—agregó.

Riff le guiñó un ojo, sonriendo.

—Sé que tenemos que dejar la Cuna. Incluso sé adónde tenemos que ir. — Levantó una mano cuando vio que cambiaban sus expresiones. Habría tiempo para explicar sobre la chica y la Ciudad Caída más adelante. —Por favor entiendan que es posible que nunca vuelva a verlos. —Había tantas emociones que burbujearon debajo de la superficie y que amenazaban con derramarse. — Necesito despedirme—agregó Ghile.

Ghile sintió que algo pasaba entre ellos unos instantes, mientras estaban parados en la caverna al costado del Cuerno. Para Ghile, era como si sus destinos estuvieran entrelazados.

—A las ruinas entonces—dijo finalmente Gaidel y rompió el silencio.

—Toma otro cuenco del guiso de worg de Dos Alces, Ghile—sugirió Riff. Ghile frunció la cara mientras miraba fijo el recipiente.

—¿Es worg?

—Delicioso, ¿no?—dijo Riff, sonriendo.

41

Está escrito

Finngyr entró como un torbellino en la sala de reuniones del Magistrado. Arrastraba de los pelos al joven aprendiz, Bjurst, y le dio una última sacudida por si acaso antes de arrojarlo al piso.

—¿De qué parlotea este muchacho, Magistrado?—preguntó Finngyr. Estaba de mal humor. No hacía más de diez minutos que había aterrizado en la terraza del Bastión. No había podido encontrar al poseído del Dios Hambriento, o a ningún humano de hecho, en ese pueblito condenado. Como si fuera poco, parecía que los humanos de Ciudad Lago habían decidido comportarse. Finngyr los había visto retomando sus vidas normales cuando llegó volando a la ciudad. Ansiaba ayudar a sofocar la rebelión. Tenía muy mal humor.

El Magistrado y los otros ancianos del clan estaban sentados alrededor de la mesa de piedra con expresiones petulantes. Si Finngyr no se equivocaba, habría jurado que parecía que lo estaban esperando.

No tenía tiempo para estas tonterías.

—Cuando le ordené que trajera un herrero de runas, me dijo que tenía que ser escoltado de inmediato al concejo—anunció Finngyr escupiendo las palabras, con tono cada vez más elevado.

—Lo hizo maravillosamente bien. Gracias, Bjurst. Te puedes ir—ordenó el Magistrado.

Finngyr no podía creer lo que escuchaba. ¿Este comerciante de monedas idiota había perdido toda la razón? ¿Por qué estaban todos sentados ahí sin decir nada? Finngyr reprimió las ganas de patear al aprendiz cuando se incorporó y salió inclinado del salón.

—¿Qué tramas, Magistrado? ¿Quieres que te recuerde quién está al mando? Hay un instrumento del Dios Hambriento en alguna parte de este asentamiento que el imperio te ha ordenado vigilar. Hay que convocar a un herrero de runas para que envíe el mensaje a Daomount. Voy a necesitar ayuda

si encuentro a ese chaval maldito. ¡Esos guardias de porquería que tienen no pueden ni encontrar un pueblo entero!

El Magistrado hizo un gesto y uno de los niños humanos que usaban como mensajeros avanzó.

—Envía a los corredores al Valle Superior e Inferior. Pídele al Sargento Montul que regrese al Bastión. —Envió al niño corriendo con una palmada rápida en la cabeza.

Finngyr había visto demasiado. Iba a destrozar al Magistrado con sus propias manos.

—¿Te atreves a usurparme? ¡Estás negando los derechos que me dieron las Profecías!—Dio un paso al frente, apretando los puños de los guanteletes.

El Magistrado Obudar se levantó de su silla y golpeó los puños contra la mesa fría e inmóvil.

—¡Es por las Profecías que reasumo el control de la Cuna, Juez Caballero! Finngyr continuó avanzando.

—¿Qué sabe alguien como tú sobre las Profecías?

El Magistrado comenzó a recitar unas palabras que Finngyr reconoció como citas directas del Libro de Hjurl. Se detuvo. Era apenas un crío cuando leyó por primera vez esas runas. Le trajo muchos recuerdos del templo de Daomur cuando pasaba su juventud en las altas cumbres de Daomount.

“Ahora el elegido debe reunirse
Donde floreció su descendencia
El hambre los obligó a refugiarse
en las ciudades, para su supervivencia”.

—No puedes encontrar al chico porque ya no está en la Cuna, Juez Caballero. Es sabido que las únicas viviendas humanas antiguas en la Cuna son esas ruinas pequeñas ubicadas en la base del Cuerno. Uno apenas diría que es una ciudad. Cada día que te pasas mirando debajo de las rocas, es otro día que ese muchacho se hace más fuerte y se acerca a su destino—agregó el Magistrado.

Finngyr se quedó duro, mirando uno por uno a los comerciantes gordos. Aunque le doliera admitirlo, el magistrado tenía razón. ¿Cómo había olvidado lo que estaba escrito en las Profecías sobre el juicio de los poseídos? Por eso las ruinas estaban prohibidas. Iba a tener que consultar el Libro de Hjurl para ver qué más podía aprender. ¿Hasta dónde habría llegado? ¿En qué ciudad humana buscaría?

—¿Cómo conoce tan bien las runas del Libro de Hjurll, Magistrado? ¿Tiene grabados aquí?—preguntó Finngyr con rencor.

El Magistrado se sentó de nuevo y miró a los otros ancianos antes de responder.

—Somos apenas una avanzada pequeña en los límites del imperio, Juez Caballero. No tenemos grabados aquí.

Finngyr luchó contra el odio. Cuando miró los rostros serenos de los otros enanos, comprendió cómo se vería él mismo. Todos los enanos aprendían desde pequeños que las emociones nublan el juicio. Las leyes de Daomur tenían que aplicarse con la mente limpia. Tal vez era él mismo el que había pasado demasiado tiempo con los humanos corrompidos. Respiró con tranquilidad.

—Entonces me retiro, Magistrado. El Templo les agradece por garantizarle hospitalidad a uno de sus hermanos. La Cuna es suya—recitó Finngyr.

—Su palabra es la ley—entonó el Magistrado, seguido por el resto de la mesa.

—Su palabra es la ley—repitió Finngyr, inclinando un poco la cabeza. Se dio vuelta para partir.

—Juez Caballero, ¿qué pasará con su prisionero?—preguntó el Magistrado.

Le llevó un tiempo recordar a qué prisionero se refería.

—Hagan lo que quieran con ese hechicero gordo. Ya no me interesa—dijo Finngyr antes de salir del salón.

Para ser elegido

Ghile estaba sentado en el piso polvoriento de lo que, según interpretó, era un santuario escondido dedicado al elegido de Haurtu. Distráido se frotó el tobillo, todavía lo tenía adolorido por el descenso hasta el Cuerno. Dos antorchas de llamas eternas iluminaban la sala circular, lo que provocaba que las sombras bailaran sobre las grietas de las paredes. Los escombros de madera que recordaba ya no estaban. La estatua humana seguía en el mismo sitio que recordaba, alta y erguida cerca de la pared opuesta. Dividió su mirada entre el espiral de piedra de su pecho y la mirada llena de arrogancia de la estatua.

Ghile pensó que una mirada de terror habría sido más apropiada. *Si el escultor antiguo hubiera sabido lo que realmente le deparaba al elegido de la piedra, le habría esculpido una mirada que les advirtiera a las personas que era mejor alejarse.* Ese pensamiento lo hizo reírse entre dientes.

—¿Qué te causa gracia?—preguntó el Maestro Almoriz desde las escaleras de piedra donde estaba sentado, a la salida del santuario escondido. Esas fueron las primeras palabras que intercambiaron desde que el tío Toren lo envió allí.

El tío Toren los había encontrado afuera de las ruinas donde se había ocultado y vigilado, cerca de una de las muchas entradas. Ghile seguía confundido por la manera en que los recibió Toren: la sonrisa que generalmente tenía había desaparecido, ahora en cambio, tenía una mirada seria y los labios cerrados.

Primero había hablado en voz baja con Gaidel, lo que le molestó a Ghile más de lo que quería admitir, antes de pedirle a él que lo siguiera. No respondió ninguna de las preguntas de Ghile, solo dijo que el Maestro Almoriz iba a explicarle. Después lo llevaron por un camino hasta una rotonda en las ruinas, hasta llegar a la habitación cerrada con múltiples entradas y el haz de luz que brillaba a través del agujero cuadrado.

Por la manera en que lo había tratado su tío y porque lo trajeron al mismo lugar donde habían comenzado sus problemas, el santuario cuya existencia habían negado, Ghile no dijo nada y se sentó mirando con odio al Hechicero de la Piedra Susurrante, quien parecía más que contento con esperar, aunque se lo notaba frustrado.

—Me mentiste—dijo Ghile.

—Ni siquiera pretendes tener modales ahora, Ghile de la Última Aldea.

—Ya no queda Última Aldea—dijo Ghile y se resistió a agregar “por culpa mía”. Si bien había sido el sacrificador el que había incendiado su pueblo natal, nada de todo esto habría pasado si él no hubiera entrado en ese cuarto y tocado la estatua. —Soy Ghile el Elegido por la Piedra.

—Así es, así es—asintió el Maestro Almoriz.

Ghile notó que el tono del hechicero cambió. Por primera vez, el Maestro Almoriz parecía viejo. Obviamente que era viejo, pero nunca había parecido su edad.

Pero ahora se le notaba en la voz. Ghile no había sido el único afectado. El Maestro Almoriz había provocado los fuegos que explotaron durante la Ceremonia de Atrición y que mataron e hirieron a tantas personas, solo para que Ghile pudiera escapar.

—Lo siento, Maestro Almoriz—dijo finalmente Ghile después de un largo período de silencio.

—No, tienes razón, tengo que explicar algunas cosas—concedió el Maestro Almoriz. Le echó un vistazo a la parte superior de las escaleras, una vez satisfecho, se movió para sentarse junto a Ghile contra la pared. Se quejó de varios dolores y de los huesos viejos mientras se acomodaba en el piso y se apoyaba con cuidado. —Tenemos tiempo antes de encontrarnos con tu familia. —Se tomó unos instantes para recomponerse y después se aclaró la garganta. —Lo que te voy a decir no lo sabe nadie excepto un grupo selecto fuera de mi orden, Ghile Elegido. Quiero que sepas que solo lo comparto contigo ahora, por lo que eres y porque creo que te servirá para sobrevivir.

Continuó:

—Los hechiceros no compartimos el verdadero alcance de nuestros conocimientos y de nuestro propósito real. Hay muchos secretos que hemos pasado a lo largo de los años de maestro a aprendiz. Si los enanos nos vieran como algo más que meros reparadores, nos habrían erradicado hace tiempo. No tenemos la misma protección que las druidas bajo las leyes de los enanos.

Ghile pensó en los secretos que se guardaría Riff.

—¿El hechicero de Ciudad Lago también?—preguntó Ghile.

Maestro Almoriz arrugó la cara y envolvió la boca entre las arrugas.

—Lamentablemente, hay algunos que prefieren engordar y convertirse en lo que los enanos creen que somos—afirmó el hechicero—. Aquellos que son fieles a nuestras creencias miran asiduamente las estrellas y buscan las Piedras Espirituales de Haurtu. —Almoriz señaló la estatua. —Las piedras del pecho, como la que tienes tú.

—Tengo dos—corrigió Ghile.

—¿Cómo?—preguntó el Maestro Almoriz, mientras las cejas revivían y le corrían por la frente.

Ghile respiró hondo y prosiguió a explicar el encuentro en el Cuerno. Ghile sabía que una vez que empezara, no iba a poder parar. Largó todo lo que le estaba pasando. Le contó sobre Adon y las enseñanzas durante los sueños. Que Muk también estaba ahí y también tenía cosas para enseñarle. También le contó sobre la extraña muchacha que apareció y le habló de la Ciudad Caída.

El Maestro Almoriz escuchaba con paciencia y solo lo interrumpió para clarificar o agregar algún “ya veo”, “continúa”.

Cuando Ghile terminó, se dio cuenta de que tenía las mejillas mojadas de lágrimas. No sabía cuándo había empezado a llorar. Se apuró a secarse.

—Nuestro pueblo perdió tanto conocimiento, Ghile—dijo el Maestro Almoriz—. Nunca había escuchado historias sobre ese limbo adonde fueron aquellos que murieron durante la Gran Purga y los que fueron sacrificados desde entonces, pero eso explicaría porque somos tan pocos desde esa época. Son noticias alarmantes si son ciertas.

—¿Crees que sea Adon realmente, Maestro Almoriz?

—Sinceramente no lo sé. La Madre Brambles me contó que te enseñó las historias tal como las conocemos nosotros. Sabrás más con cada piedra espiritual que adquieras. Con cada una, tus fuerzas y conocimientos aumentarán. Cómo te comparten el conocimiento es algo que las historias no dicen. Pero cuando se trata de dioses, yo no descartaría ninguna posibilidad.

Ghile esperaba que realmente fuera Adon. La idea de que por él, su hermano podría escapar del limbo y vivir en sus sueños, era muy reconfortante.

—Pero tienes que entender algo, Ghile, la ley de Haurtu sentencia que los más fuertes sobreviven y los débiles mueren. Haurtu regresa a través del

elegido de la piedra. Te pondrá a prueba. Las piedras se atraen entre sí. Solo uno de los elegidos será la clave que libere a Haurtu. Tendrás que ser fuerte para sobrevivir a las pruebas que vendrán—advirtió el Maestro Almoriz—. Los bárbaros de las Llanuras de Nordlah tienen buenos concursos de habilidad y combate para determinar quién es el más apto para buscar las piedras espirituales. Es un gran honor para su pueblo. Por eso se resisten al yugo de los enanos y están en guerra declarada contra ellos.

Ghile se preguntó qué pensaría Dos Alces sobre él. Qué desperdicio debía parecerle al bárbaro. En ese momento, Ghile se acordó de algo.

—Todas esas veces que mandaste a Riff a las ruinas...querías que encontrara la piedra.

El Maestro Almoriz asintió.

—¿Puede quedársela!—dijo rápido Ghile—. Nunca pedí todo esto. ¿No puedes usar tus poderes y sacármela?

Maestro Almoriz suspiró.

—Una vez que la piedra te elige, no hay vuelta atrás, Ghile. Lamento que te haya pasado esto, muchacho, de verdad lo siento. Las estrellas finalmente estaban alineadas para el regreso de las piedras espirituales y esperaba que una apareciera en este templo antiguo. Me temo que no tienes alternativas: o te conviertes en la llave que libere a Haurtu u otro elegido te quitará la piedra mientras duermes y te matará.

A Ghile no le importaba ninguna de las dos opciones.

—¿Qué pasa si muero antes de que pase todo eso?—inquirió Ghile.

—Las piedras espirituales van a impedir que suceda. ¿No has notado que tu cuerpo se cura solo, incluso de las heridas más graves?—dijo Almoriz.

Ghile se tocó el tobillo que el worg le había destrozado. Se acordaba de sentir los colmillos de la bestia rasgando el hueso. Habían pasado solo dos días desde el episodio y solo le quedaba un poco de rigidez. Pensó en el destello de luz que le había propiciado el sacrificador y el golpe que le dio a Muk con la fuerza de la piedra. Le contó de todos estos episodios al Maestro Almoriz, a lo que el hechicero asintió vigorosamente.

—Esas heridas eran golpes mortales. Las piedras espirituales te protegieron de las heridas fatales, aun así, tienen sus limitaciones. En esos momentos, los elegidos están en su situación más débil porque tanto ellos como las piedras espirituales tienen que recuperarse. Solo en esos momentos, un elegido le puede quitar la piedra a otro—explicó al Maestro Almoriz.

Mientras el hechicero hablaba, pensó en las dos veces que había tomado una piedra: ese dolor de la piedra trepando, como un insecto, por debajo de la piel y luego quemándole el pecho. El bilis se le empezó a acumular en la garganta, se pasó la lengua por los dientes y tragó la saliva espesa.

—No te creas que eres inmortal, Ghile Elegido. Si no comes o bebes, te desgastarás como nosotros, pero no morirás. No me gustaría ser testigo de un destino así.

—A mí tampoco—agregó Ghile.

—Te dije que había dos maneras, pero no sé cuál sería el destino si te atrapan los sacrificadores. Si bien las historias no nos dicen cuál es el destino, ningún elegido por la piedra que haya sido capturado por los sacrificadores ha vuelto a ver la luz del día—afirmó al Maestro Almoriz—. Me imagino que entiendes que tienes que soñar para aprender. También tienes que dormir para recuperarte de las heridas graves, no puedes protegerte solo todo el tiempo. Por esta razón, le pedí a mi aprendiz que te acompañe en tu viaje, como también la a joven druida y su guardián de escudo.

—¿Cuántos somos?—preguntó Ghile, intentado pensar en otra cosa.

—Nadie se pone de acuerdo sobre ese asunto, no se sabe. Aunque yo creo que deben haber al menos cuatro.

—¿Por qué crees eso?

El Maestro Almoriz señaló la estatua que los miraba desde arriba: había un grupo de cuatro piedras que formaban el comienzo de un dibujo espiralado ubicado en el pecho de la estatua. Ghile se preguntó quién habría sido ese elegido. ¿Por qué se había construido este santuario en su honor? ¿Habría sido venerado u odiado por su gente? Pensó en la manera que lo había tratado su tío. ¿Qué pensaba sobre él ahora? ¿Y sus padres?

—¿Por qué mi tío me separó de mis compañeros y me trajo a escondidas a las ruinas para verlo, Maestro Almoriz?—demandó Ghile.

El hechicero parpadeó y apartó la vista de la estatua. Debía estar perdido en sus pensamientos porque le llevó un tiempo responder.

—¿Tu tío?

—Me gustaría ver a mi familia ahora—ordenó Ghile.

43

Adioses

Estaban parados ante una de las entradas al sur de las antiguas ruinas. Los últimos rayos de la tarde trepaban por el valle como un par de dedos tratando de encontrar apoyo en las ranuras profundas de la piedra erosionada por el viento, en un intento vano de evitar que el Sol se hundiera en el horizonte.

Ghile observó la puesta del sol sobre las copas del distante Bosque Rojo. Cuando se hiciera de noche, comenzarían el viaje. Ghile había soñado tantas veces con abandonar la Cuna de los Dioses, se había imaginado saliendo a paso elegante de Ciudad Lago para embarcarse en una gran aventura, mientras todos los pobladores reunidos vitoreaban y lo saludaban.

En cambio, ahora se escabullía en la oscuridad para tomar uno de los pocos senderos de caza que bordeaban la montaña del Lago Cristal y salían de la Cuna a lo largo de los muchos ríos que fluían hacia los Pantanales Fantasma.

Los otros habían decidido que esa era la ruta más directa hacia el destino y que era menos probable de que los vieran. Ghile sentía la atracción débil de la piedra espiritual de la chica en esa dirección, así que sus compañeros estaban en lo correcto.

Pero también sabía que había buenas razones por las que nadie usaba este camino para salir de la Cuna. Lugares como los Pantanales Fantasma no llevaban esos nombres por nada. Además, aunque atravesaran los Pantanales, más allá no había más que bosques, territorio de elfos.

Almoriz había escuchado sobre la Ciudad Caída y sabía que estaba ubicada en el medio de los once bosques, no muy lejos de otro poblado humano como la Cuna. Ese poblado era su primer destino, donde buscarían a un comerciante llamado Dagbar.

Maestro Almoriz se paró al lado de Riff, mientras revisaba sus morrales y repasaba las muchas cosas que se suponía que Riff tenía que recordar. Riff escuchaba con atención, moviendo la cabeza de vez en cuando, y bastante impaciente para partir.

Ghile no había podido hablar con él desde su charla con el Maestro Almoriz. Ahora que sabía que Riff tenía que ser el elegido, sentía que de alguna manera le debía una disculpa.

Dos Alces estaba apoyado contra uno de los afloramientos rocosos cercanos, con el hacha de piedra y el escudo gigante a un lado. Incluso en ese momento, miraba a los costados en busca de alguna amenaza. Gaidel estaba arrodillada cerca, repasando las provisiones y tratando de distribuir las entre los muchos bolsos. No había hablado con Ghile desde la cueva, la había pescado mirándolo más de una vez. Tendría que encontrar un momento para hablar con ella después.

Ghile se agachó y agarró a Tia para abrazarla una vez más, intentando grabar el sentimiento en sus recuerdos. Se preguntó lo grande que estaría la próxima vez que la viera. Esperaba volver a verla a ella y a su familia.

Su madre no había dejado de llorar desde que el Maestro Almoriz les trajo a Ghile. Tenía los ojos rojos e hinchados mientras observaba a los dos hijos que le quedaban juntos, con una mezcla de dolor y orgullo. A Ghile le hubiera gustado saludar a otros de la aldea, pero había muchos que lo culpaban por la situación actual, especialmente Dragen, el padre de Gar.

No le molestaba tanto, probablemente porque en cierta forma tenían razón. Por su parte, su padre no había dejado de quejarse de la inestabilidad de algunos de sus parientes, que no volverían a la Última Aldea para reconstruirla. Decía que lo que habían hecho los enanos no podía ser y muchos estaban de acuerdo, incluso el tío Toren.

Elana se adelantó para abrazar a Ghile y a Tia.

—Recién te tengo de vuelta y ya te estoy perdiendo—dijo Elana.

Ghile bajó a Tia, que tomó la mano de su madre y la miró a ella y a Ghile. Parecía que no entendía bien lo que estaba pasando, pero se daba cuenta de que su madre estaba molesta. Se mordió el labio inferior y acercó a Elana, que la abrazó rápido. Ghile estaba contento de que su madre tuviera a Tia todavía.

—Toma esto—dijo Erec, avanzó y le dio una lanza—. Recuerda todo lo que te enseñé, Hijo. —Sus ojos tenían la misma mirada seria que durante las lecciones.

Ghile asintió.

—Gracias, Padre. Así lo haré.

Tío Toren se adelantó junto a Erec y le entregó a Ghile algo envuelto en pieles. Ghile se quedó sin aliento cuando vio que era el cuchillo de pelea de

su tío, el mismo que había recibido cuando se convirtió en Colmillo de la Cuna. El filo largo era de acero y estaba curvado en la punta, el mango estaba hecho de cuerno de ciervo, Ghile notó la punta muy redondeada sobre la que se había caído durante una muda de piel.

—Tío, no puedo...—comenzó a decir Ghile.

—No, Ghile. Lo vas a necesitar más que yo. Dos Alces puede entrenarte a usarlo. A los Colmillos nos dan estos cuchillos para proteger a la Cuna. Están encantados por los enanos. Ecrec me dijo que la Madre Brambles te eligió Colmillo. Al parecer, la druida te eligió para algo más. Te lo mereces—afirmó el tío.

Ghile tomó el cuchillo y sintió el peso, pesaba más de lo que pensaba.

—Gracias, Tío. Gracias, Padre—dijo Ghile.

—Estoy orgulloso de ti, Hijo—anunció Ecrec.

Ghile tragó saliva y eligió asentir con la cabeza. ¿Hacía cuánto tiempo que esperaba escuchar esas palabras? Le ardieron los ojos mientras intentaba luchar contra las lágrimas, que sabía que iban a caer libremente si trataba de hablar. Sintió una mano sobre su hombro.

—Es hora—exclamó el Maestro Almoriz.

Ghile estaba de acuerdo. *Gracias por salvarme*, pensó. Los otros ya se habían juntado, y estaban colocando y distribuyendo el peso entre los bolsos. Gaidel le entregó el suyo a Ghile y se lo colocó sobre los hombros, tratando de equilibrar el peso.

Dos Alces y Gaidel ya estaban caminando por la pendiente rocosa, seguidos de cerca por Riff, que llevaba la llama eterna en una mano. Ghile se apuró para alcanzarlos. Su nueva visión le permitía ver tan bien durante el crepúsculo como en el medio del día.

Detrás, escuchó a los dos Sabuesos del Valle ladrar. Ghile se dio vuelta y sintió una necesidad repentina de llamarlos. Nunca lo habían escuchado antes y hasta se salían del camino para atormentarlo, pero ahora eran parte del pasado y quería tenerlos.

—¡Ast, Cuz! ¡Vengan aquí!—dijo Ghile.

Los dos perros siguieron ladrando, pero no se fueron del lado de Ecrec. Ghile vio con claridad la cara de su padre y lo vio hacerles señas a los dos perros y luego a Ghile. Ecrec no tenía idea de lo bien que lo veía Ghile. Estaba moviendo la cabeza.

Ghile pensó en el sueño y recordó las palabras de Muk. *Sí, Muk enseña.*

Te puedo enseñar a tocar las mentes de los animales y dominarlos.

Ghile no había tenido ningún sueño de entrenamiento, pero tenía la piedra, adherida con firmeza a su pecho. No había mejor momento. Aclaró sus pensamientos, se concentró en Ast y Cuz e intentó extender su consciencia sobre ellos. Al principio no sintió nada, pero después sintió algo. Apenas era perceptible, era esa sensación que tenía Ghile a veces cuando lo observaban o cuando había alguien detrás. Era débil, pero estaba ahí.

Supo que algo pasaba porque los dos Sabuesos del Valle se sentaron más derechos y se concentraron en él. Cuz inclinó la cabeza a un lado y gimoteó.

—¡Ast, Cuz! ¡Vengan a mí!—repitió Ghile.

Una sonrisa orgullosa se dibujó en la cara de Erec cuando los dos perros saltaron y corrieron hacia Ghile. Los dos lo rodearon caminando en círculos y se acomodaron en posición de sentado a ambos lados de Ghile, como lo hacían con su padre tantas veces.

—No soy un lobo, pero es una buena lección, ¿no?—dijo Ghile, acariciándoles el pelaje.

Ghile lo miró a su padre. Erec movió la cabeza y abrazó a Elana y a Tia.

—Cuídenlo, chicos—les gritó Erec.

Ghile se acomodó el bolso sobre el hombro, con Ast y Cuz a ambos lados, seguidos por sus nuevos compañeros hacia el crepúsculo.

Pronunciación de nombres & guía de razas

Pronunciación de nombres & guía de razas

Humanos Fonética Rima con

Adon\ 'ā- 'dən\ 'A-done'

Almoriz\ 'al-mə- 'riz\ 'Al-muh-riz'

Ecrec\ 'ek-rik\ 'Ek-wreck'

Elana\ 'ē- 'lä-nə\ 'e-La-na'

Gaidel\ 'gī-de\ 'Guy-dell'

Ghile\ 'gē-lā\ 'Key-lay'

Dos Alces\ 'dos-alces\ 'dos-alces

Enanos

Dagbar\ 'dag- 'bär\ 'Bag-bar'

Finngyr\ 'fin-gir\ 'Fin-gear'

Obudar\ 'ō-bu-där\ 'Oh-boo-dar'

Duendes

Muk\ 'mæk\ 'Muck'

Primordiales

Haurtu\ 'Här- 'tü\ 'Car-Two'

Daomur\ 'dā-ō- 'mər\ 'Day-O-fur'

Islmur\ 'iz-l- 'mər\ 'Drizzle-Fur'

Gracias por leer la Cuna de los dioses. Si te gustó, por favor recoméndalo a tus amigos o publica una breve reseña. La recomendación es el mejor amigo de un escritor.

Sobre el autor

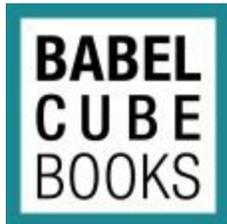
Thomas creció en un pueblo de Illinois donde pasaba la mayor parte del tiempo explorando y jugando juegos de rol. Después de recibirse, ingresó en el ejército, se graduó con un título en ciencias de la Informática y descubrió el mundo. Desde que dejó el ejército, sigue trabajando en computación y viajando por el mundo. Cuando terminó de escribir este libro, estaba viviendo en un pequeño pueblo de Inglaterra, junto a su hermosa esposa e hijos, donde sigue explorando la naturaleza y jugando como en su niñez. Y sí, algunas cosas no cambian nunca.

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com